

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS



MADRID
NOVIEMBRE, 1957

95

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

Revista Mensual de Cultura Hispánica

FUNDADOR

PEDRO LAIN ENTRALGO

DIRECTORES

MARQUES DE VALDEIGLESIAS
LUIS ROSALES

SECRETARIO

ENRIQUE CASAMAYOR

95

DIRECCIÓN Y SECRETARÍA

LITERARIA

Avda. de los Reyes Católicos.
Instituto de Cultura Hispánica.

Teléfono 24 87 91

M A D R I D

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS solicita especialmente sus colaboraciones y no mantiene correspondencia sobre trabajos que se le envían espontáneamente. Su contenido puede reproducirse en su totalidad o en fragmentos, siempre que se indique la procedencia. La Dirección de la Revista no se identifica con las opiniones que los autores expresen en sus trabajos respectivos.

CORRESPONSALES DE VENTA DE EDICIONES MUNDO HISPANICO

ARGENTINA: Eisa Argentina, S. A. Araoz, núm. 864. *Buenos Aires*.—BOLIVIA: Gisbert y Cía. Librería La Universitaria. Casilla núm. 195. *La Paz*.—BRASIL: Fernando Chinaglia. Distribuidora, S. A. Avenida Vargas, núm. 502, 19 andar. *Río de Janeiro*.—Consulado de España en *Bahía*.—COLOMBIA: Librería Hispania. Carrera 7.^a, núms. 19-49. *Bogotá*.—Carlos Climent. Instituto del Libro. Calle 14, números 3-33. *Calí*.—Unión Comercial del Caribe. Apartado ordinario núm. 461. *Barranquilla*.—Pedro J. Duarte. Selecciones. Maracaibo, núms. 47-52. *Medellín*. Abelardo Cárdenas López. Librería Fris. Calle 34, núms. 17-36-40-44. Santander. *Bucaramanga*.—COSTA RICA: Librería López. Avda. Central. *San José de Costa Rica*.—CUBA: Oscar A. Madiedo. Presidente Zayas, núm. 407. *La Habana*.—REPÚBLICA DOMINICANA: Instituto Americano del Libro. Escofet Hermanos. Arzobispo Nouel, núm. 86. *Ciudad Trujillo*.—CHILE: Inés Mújica de Pizarro. Casilla núm. 3.916. *Santiago de Chile*.—ECUADOR: Selecciones, Agencia de Publicaciones. Nueve de Octubre, núm. 703. *Guayaquil*.—Selecciones, Agencia de Publicaciones. Venezuela, núm. 589, y Sucre, esquina. *Quito*.—REPÚBLICA DE EL SALVADOR: Librería Cultural Salvadoreña, S. A. Edificio Veiga, 2.^a Avenida Sur y 6.^a Calle Oriente (frente al Banco Hipotecario). *San Salvador*.—ESTADOS UNIDOS: Roig Spanish Books. 575, Sixth Avenue. *New York II, N. Y.*—FILIPINAS: Andrés Muñoz Muñoz. 510-A. Tennessee. *Manila*.—REPÚBLICA DE GUATEMALA: Librería Internacional Ortodoxa, 7.^a Avenida, 12, D. *Guatemala*.—Victoriano Gamarra. Centro de Suscripciones. 5.^a Avenida Norte, núm. 20. *Quezaltenango*.—HONDURAS: Señorita Ursula Hernández. Parroquia de San Pedro Apóstol. *San Pedro de Sula*.—Señorita Hortensia Tijerino. Agencia Selecta. Apartado número 44. *Tegucigalpa*.—Rvdo. P. José García Villa. *La Ceiba*.—MÉXICO: Eisa Mexicana, S. A. Justo Sierra, núm. 52. *México, D. F.*—NICARAGUA: Ramiro Ramírez V. Agencia de Publicaciones. *Managua*.—Agustín Tijerino. *Chinandega*.—REPÚBLICA DE PANAMÁ: José Menéndez. Agencia Internacional de Publicaciones. Plaza de Arango, núm. 3. *Panamá*.—PARAGUAY: Carlos Henning. Librería Universal. 14 de Mayo, núm. 209. *Asunción*.—PERÚ: José Muñoz R. Jirón Puno (Bejarano), núm. 264. *Lima*.—PUERTO RICO: Matías Photo Shop. 200 Fortaleza St. P. O. Box, núm. 1.463. *San Juan de Puerto Rico*.—URUGUAY: Eisa Uruguaya, S. A. Calle Obligado, 1.314. *Montevideo*.—VENEZUELA: Distribuidora Continental. *Caracas*.—Distribuidora Continental. *Maracaibo*.—ALEMANIA: W. E. Saarbach. Ausland-Zeitungshandel Gereonstr, núms. 25-29. Koln, 1, Postfach. *Alemania*.—IRLANDA: Dwyer's International Newsagency. 268, Harold's Cross Road. *Dublin*.—BÉLGICA: Agence Messageries de la Presse. Rue du Persil, núms. 14 a 22. *Bruselas*.—FRANCIA: Librairie des Editions Espagnoles. 72, rue de Seine. *Paris (VIème)*.—Librairie Mollat. 15, rue Vital Carles. *Bordeaux*.—PORTUGAL: Agencia Internacional de Livraria e Publicações. Rua San Nicolau, núm. 119. *Lisboa*.

ADMINISTRACION EN ESPAÑA

Alcalá Galiano, 4

Tel. 249123

M A D R I D

Precio del ejemplar 15 pesetas.

Suscripción anual 160 pesetas.

El Archipiélago canario ha sido este año el escenario elegido para la conmemoración de las Fiestas de la Hispanidad por el Instituto de Cultura Hispánica.

Se aceptaba así la cordial invitación formulada por los Cabildos y autoridades insulares y se tributaba con ello un público homenaje a las Islas Afortunadas, del que hace tiempo eran ya acreedoras por su destacada participación en la empresa americana.

El señor ministro de Asuntos Exteriores, don Fernando María Castiella, que presidió estos actos hispánicos, quiso por ello comenzar el discurso que pronunció ante los Embajadores hispanoamericanos acreditados en Madrid, en el Patio de Armas de la Casa de Colón, precisando lo que el nuevo Continente debe a las Canarias. El Archipiélago, en efecto, no fué tan sólo la última jornada española del Almirante, que ancló allí sus naves "antes de lanzarse a la calculada aventura del Océano". Sus hijos dieron una contribución amplia y fecunda al descubrimiento, la conquista y civilización del Nuevo Mundo y dejaron en aquellas tierras una impronta que aún perdura, como lo demuestra el estrecho parentesco de su idiosincrasia con el alma criolla. Por ello pudo el señor Castiella afirmar que "esta España insular, culturalmente europea, tiene en el paisaje y en la vocación mucho de americana. Lleva escrita en la constelación de su destino una misión de engarce entre Europa y América que no carece de raíces históricas y tiene razones actuales de ser y prosperar".

También recordó el ministro de Asuntos Exteriores que no se extingue en esta vocación americana "la condición que tienen las Canarias de singular encrucijada en los caminos atlánticos", porque su situación geográfica la coloca de cara al Continente africano, escenario también de las empresas de los pueblos ibéricos y que "al empezar a alcanzar con fres-

co vigor la madurez política, está atravesando uno de los momentos más trascendentales de su historia”.

El tema de Africa ha tenido siempre para España, como país mediterráneo, un interés vital. Y esta nación engendradora de pueblos ha sabido, una vez más, ser fiel a su trayectoria histórica, comprendiendo y protegiendo con espíritu generoso los justos anhelos de independencia del Mogreb. De ahí que el señor Castiella, desde tan vecinas tierras, quisiese dirigir un cordial saludo “al Marruecos amigo, que siempre ha de contar con nuestro aliento y con nuestra ayuda, porque España le quiere fuerte y soberano”.

* * *

El discurso del señor Castiella en Las Palmas bien merece la atención de una glosa detenida, porque ofrece a la meditación de todos sugerencias y definiciones de importancia capital en torno al tema hispánico.

En él se insiste de nuevo en la idea —continuamente alentada por el anterior ministro, don Alberto Martín Artajo— de ir hacia una comunidad hispánica de naciones que “agrupando a nuestros pueblos en un plano de igualdad jurídica, sirva para hacer pesar en el concierto internacional la fuerza de nuestra unísona voz”. Pero también se recuerda “que camina por la Historia, junto a nuestra comunidad hispánica, la comunidad luso-brasileña, animada por los mismos ideales y compartiendo idénticas creencias, impregnada por nuestra manera de entender la vida”. Y, acaso por primera vez, se define cómo España entiende cuáles han de ser las relaciones de estos bloques hermanos: “Ambas comunidades —la hispanoamericana y la luso-brasileña—, manteniéndose como construcciones paralelas, afincadas en una evolución independiente, encontrarán sus mejores perspectivas de futuro en continuar y desarrollar eficazmente una fraternal colaboración”.

Quienes no están capacitados para comprender la fuer-

za vital y espontánea de la Hispanidad y contemplan el potente resurgir de esta idea durante los últimos lustros con tanto recelo como superficialidad, piensan malignamente que detrás de ella sólo existe un artificio que España quiere montar para que le sirva de apoyo en su política internacional. Obvio resulta que esta tesis se derrumba apenas se inicia la búsqueda de lo que representa y significa el concepto de Hispanidad. Porque el impulso íntimo que anima a nuestros pueblos a unirse sin menoscabo de su soberanía, no viene motivado por razones de oportunismo político, sino por las más hondas y perennes de nuestro común origen. Se sentía, sin embargo, la conveniencia de que esta cuestión fuese aclarada rotundamente y de manera oficial. Tiene una importancia trascendental, por ello, el que el señor Castiella, al recordar el agradecimiento de nuestro pueblo por la manera como la defendieron hispanoamericanos y luso-brasileños en circunstancias difíciles, manifestase que, una vez superada esta etapa, "España no quiere hacer política de prestigio"; antes bien, desea "prodigar su concurso en cuanto pueda contribuir a levantar en alto el nombre y a defender los intereses de todas y cada una de las naciones hermanas". Generosa manera de interpretar el juego de la política internacional, que no es extraño resulte de difícil comprensión para quienes no han penetrado en el meollo del ideal hispánico.

Este ofrecimiento —el movimiento se demuestra andando— lo pone en práctica el ministro de Asuntos Exteriores inmediatamente. Porque al recordar que el Descubrimiento del Nuevo Continente no sólo hizo posible el nacimiento de estas dos comunidades —hispanoamericana y luso-brasileña—, sino que incorporó al mundo occidental a los Estados Unidos —"grande y poderosa nación, que ocupa, con resolución admirable, la línea de vanguardia en la defensa de nuestra cultura y en el avance de nuestra civilización"—, el señor Castiella quiso señalar con especial énfasis la conveniencia de que Wáshington prestase "más atención y ayuda a los pueblos hispanoamericanos, cuya fuerza material y espiritual

constituye una de las más seguras reservas para el futuro de la Humanidad”.

* * *

¿Cuál es el significado de la Hispanidad? Ante todo, una empresa religiosa y, además, la proyección del espíritu europeo en el nuevo Continente.

Bien conocidos son los generosos episodios de la evangelización de América, “norte permanente y supremo objetivo de la acción de conquista y gobierno de España y Portugal”. Por esta razón, el señor Castiella sólo quiso hacer hincapié en la herencia concreta que como consecuencia de esta acción infatigable hemos recibido los hombres de nuestro siglo: “Más de la mitad de los fieles que, dispersos por el mundo, integran la Iglesia católica y rinden obediencia al Sumo Pontífice de Roma, rezan a Jesucristo en español o portugués.” Es curioso que este hecho, de capital interés para el inmediato futuro de la Iglesia, no haya sido acaso valorado hasta ahora en todo su alcance. Porque nos indica infaliblemente que “Hispanoamérica y la comunidad luso-brasileña constituyen la inmensa reserva del catolicismo y representan una gran fuerza al servicio del espíritu”.

España puso su primer anhelo en conseguir que la sombra de la Cruz abrazase también al nuevo Continente. Pero, además, fiel a su estirpe romana, “acertó a maridar con el alma latina el genio de la tierra americana”. Por ello, el señor Castiella pudo decir que “Roma nos infundió el aliento para escalar los Andes y para descubrir las fuentes de aquellos ríos fabulosos centenares de años antes de que se conocieran las del Nilo; Roma alumbró la estirpe capaz de recorrer las dos Américas y marcar con el hierro de sus caballos —domados en la escuela de los bronce clásicos— la incorporación de esas maravillosas tierras a los anales de Occidente”.

En consecuencia, “no hay ni puede haber contradicción de ningún género entre nuestra condición europea y nuestra fra-

ternidad iberoamericana". Como en todas las ocasiones de su historia, también aquí España ha sabido dar a su vocación americana de ayer y de siempre "una honda raíz europea, anclada en la tradición greco-romana y conformada decisivamente por el Cristianismo".

* * *

La colosal empresa americana sería suficiente para justificar el quehacer de un pueblo no sólo ante la Historia, sino ante los ojos de Dios. Pero recuerda con razón el señor Castiella que la hazana de aquella España histórica no es patrimonio exclusivo de los españoles de hoy, sino que pertenece al acervo común de todos los países hispánicos. Los hombres que salieron de la vieja piel de toro para edificar América son, "junto con la Madre tierra y la encendida sangre aborigen, los progenitores directos de los actuales americanos", y en este sentido "más bien sus antepasados que los nuestros". No es lícito, pues, ni que los españoles tomen como patrimonio exclusivo la gloria de los conquistadores, ni que algunos americanos subrayen sus humanos defectos como cosa que les es completamente ajena.

En este orden de cosas, lógico resulta que la España de hoy, como afirmó el señor ministro de Asuntos Exteriores, "se sienta copartícipe de la gloria imperecedera de los capitanes de la emancipación americana". No ya por su concreta progenie española, sino porque pertenecen al común patrimonio hispánico. Con su esfuerzo generoso y su visión profética completaron el ciclo de madurez de los pueblos del nuevo Continente, que se había iniciado en 1492.

* * *

Estos conceptos concretos, realistas y sinceros, que conforman el discurso pronunciado por el señor ministro de Asuntos Exteriores el 12 de octubre en Las Palmas, ayudan

positivamente a perfilar los caminos que en nuestro tiempo hemos de recorrer los hispanoamericanos, si queremos que este gigantesco e insoslayable patrimonio recibido de los estratos de nuestra historia común se traduzca en una efectividad operante y beneficiosa para todos. Y dentro de este marco ha de entenderse necesariamente el ideal hispánico "que vive hoy y tiene espiritualmente unidos a más de veinte pueblos non razione imperii, sed imperio rationis. No es razón del imperio material, que no existe, sino por el más alto imperio de la razón".



BRUJULA DEL PENSAMIENTO

SOBRE DOS ESTILOS LITERARIOS DE LA EDAD MEDIA

POR

DAMASO ALONSO

I. BERCEO Y LOS "TÓPOI"

A Diego Ochagavía y José María Lope Toledo.

Entre los grandes filólogos que hemos conocido en nuestro siglo, uno de los mayores ha sido Ernst Robert Curtius. Es que, en él, una escrupulosa técnica iba unida a una asombrosa acumulación de noticias, y a algo aún mucho más importante: a una honda, auténtica pasión por su trabajo y por el tema de su trabajo. Cuando esas condiciones están presididas por una radiante inteligencia, se pueden producir aun en el dejado-de-la-mano-de-Dios, campo de nuestros estudios (donde predominan el "¿qué más da?" o la pomposa simulación), estupendos ejemplares de la más auténtica intensidad y verdad humanas. Uno de ellos era Curtius.

En mis *Ensayos sobre poesía española* se encuentran las siguientes palabras (1):

Allá por el año de 1243, Gonzalo de Berceo vivía en su frío Norte. Siempre nos le imaginamos escribiendo, apresurado, ante el terror medieval de la noche vecina:

*Los días son non grandes, anochezrá privado:
escribir en tiniebra es un mester pesado.*

En un artículo que Curtius publicó en la revista norteamericana "Comparative Literature" (2), dedicó una parte de él a comentar —aunque disconforme, muy amistosamente— esas palabras mías. Según Curtius, no había por qué imaginar a Berceo deseoso de acelerar su trabajo, porque

(1) 1.^a ed. Madrid, 1944, pág. 29 (véase ahora *Estudios y ensayos gongorinos*, Madrid, 1955, pág. 31, "Biblioteca Románica Hispánica", Editorial Gredos).

(2) *Antike Rhetorik und vergleichende Literaturwissenschaft*, I. *Die Angst vor der Nacht im Mittelalter*, en "Comparative Literature", I, 1949, págs. 24-26.

no hace ahí sino emplear un lugar común literario, que desde la literatura clásica pasa a la Edad Media. No habría que pensar en el “frío Norte”, pues el poeta está usando un tópico retórico que, precisamente, viene de las soleadas tierras del Mediterráneo: Grecia y Roma.

Era éste para Curtius un caso más en la larga sucesión de “topoi”, base de la teoría expuesta en su monumental libro *Europäische Literatur und lateinisches Mittelalter*: hay una serie de lugares comunes de la retórica clásica que pasan a la de la Edad Media y llegan al mundo moderno. La tesis del libro es irreprochable, y enorme la cantidad de ejemplos que Curtius aduce como prueba. Muchas de estas pruebas han de ser aceptadas sin vacilación. Pero no todas, como vamos a ver.

En grandes libros hechos para demostrar una teoría —el de Curtius para los “tópoi”, el de Bédier para las leyendas épicas, el de Castro para la interpretación de la historia de España (citaré sólo tres de primera importancia)— lo malo empieza cuando el autor ya no ve sino a través de los anteojos coloreados según su preferencia. Empezamos a dudar de la teoría de las *Légendes épiques* el día en que nos dimos cuenta de que todas las *chansons* se habrían producido como por un mecanismo que siempre funcionó con matemática precisión e igualdad. ¡Pero la vida y el arte son mucho más variadas y mucho menos exactas! Respecto al libro de Castro, en que tantos novedosos temas se airean —y en el que tantos se resuelven brillantemente—, ¿quién podrá negar la gran importancia de la dualidad cristiano-mora en nuestra península durante la Edad Media? Pero ya se nos empiezan a levantar algunas aprensioncillas cuando vemos que allí se prueba ser de nula importancia para la formación de nuestro carácter nacional todo lo anterior a la Reconquista —aborigen, latino, visigodo—. El Tajo, a la altura de Lisboa, es un ser físico, con aportes de todos los momentos de su curso, desde la misma fuente. Y España, este misterioso ser moral, ¿dejará de traer consigo algo

de todos sus instantes, ya cercanos, o ya remotos? ¿Dejarán de traerlo acaso los mismos cuerpos y las almas de todos los españoles? Curtius, por su parte, llegó casi a no buscar en la literatura de la Edad Media sino la raíz que venía de las letras latinas. Sin negar el enorme peso de tradición e imitación en la literatura medieval, ¿cómo desconocer su actividad creativa? Pues de los escritores de la Edad Media, ¿quién podrá negar en algunos la incontrastable fuerza de su genio, en muchos otros su idiosincrasia netamente diferenciadora?

Rompamos una lanza en favor del literato medieval, del pobre literato medieval: también los escritores de la Edad Media “tienen su corazoncito”.

I

Primero será necesario desintrincar dos cosas, muy distintas, que Curtius, sin darse cuenta, confundió. Una es la costumbre de fingir que el contenido argumental de la obra termina con el caer de la tarde (es decir, que el mismo terminarse del día forma parte del argumento). Es la tradición que viene del bucolismo y, concretamente, de Virgilio. Es la que está patente aún en Garcilaso:

*Nunca pusieran fin al triste lloro
los pastores, ni fueran acabadas
las canciones que sólo el monte oía,
si mirando las nubes coloradas,
al tramontar del sol bordadas de oro,
no vieran que era ya pasado el día.
La sombra se veía
venir corriendo apriesa
ya por la falda espesa
del altísimo monte; y recordando
ambos como de sueño, y acabando
el fugitivo sol, de luz escaso,
su ganado llevando,
se fueron recogiendo paso a paso.*

Es el maravilloso final de la “Égloga primera”: la intensa emoción que había fluído, larga y apasionadamente, en los lamentos de amor de los dos pastores, ahora parece quedar resonando en nuestros oídos, y que, con lentitud de diapasón, se va poco a poco apagando, según se sume en nuestra alma. Isócronamente se está extinguiendo la luz del día. He aquí una tradición literaria, manejada libremente por el arte personal de muchos escritores, y en Garcilaso con insuperable suavidad y gradación del nostálgico “diminuyendo”. Garcilaso ha tomado un “topos”, pero lo ha resellado personalmente, ya criatura virginal, joven, nueva.

En ese cuadro el autor no asoma por ningún lado (3): ese caer de la tarde ya no es del día en que vive el escritor, el creador, sino sus criaturas. Y es que esto, además, es lo que en general pasa en la literatura clásica narrativa: el autor escribe, sí, la obra; pero no mete su crudo, áspero vivir, dentro del cuadro que pinta. Ocurre que, en cambio, en la Edad Media, al autor —más modesto que nunca— con frecuencia le place meterse en el cuadro mismo, introducir, un instante, su día, su circunstancia, figurar en él, humildemente, en cualquier parte, en un rinconcito; pero quedar allí, allí y en el recuerdo: en el nuestro, en el de alguien. Grandemente nos emociona el grito de Berceo a la Virgen, al fin de los *Milagros de Nuestra Señora*:

*Madre, del tu Gonçalo seas remembrador,
que de los tus miraglos fué enterpretador.*

De repente, ha surgido dentro de la obra, en un extremo de ella, el autor mismo, arrodillado, humilde y extático.

* * *

(3) No tiene nada que ver, para lo que digo, el hecho de que Nemoroso exprese los mismos sentimientos de Garcilaso, sea un Garcilaso poético. Me refiero a penetraciones, en la obra, del autor real. Son éstas últimas de las que hablo en seguida en el texto.

Hay dos planos: 1.º Creación estética. 2.º Vida real. El poeta narrativo clásico, en general, da el primero sólo; aleja el segundo como temeroso de que pudiera distraer o perturbar la nitidez de la imagen. En el poeta medieval se producen con frecuencia rompimientos en la tela de la creación estética y por el roto aparece la faz humilde del escritor con su ingenuidad, con su oficio, con sus dolamas o su vejez, en fin, con sus necesidades. Pensemos cuánta lenta fatiga: la lucha con el pergamino, la tinta y las plumas; el frío, el calor, la luz escasa, quizá la noche; el lento trabajo hora tras hora: seguir un texto latino, e irlo embutiendo pulcramente en esa cansina serie de cajoncillos cuatripartitos: la cuaderna vía. ¡Cuánto, de oficio, en esa labor! El poeta “enterpretador”, algo más que el mero escriba, no se siente muy lejos del mecánico oficio de este último. También los escribas suelen estar, mínimos y arrodillados, al final de los secos documentos notariales. En el año 1048, un Muño, escriba del mismo monasterio de San Millán, al que tan ligado estaría, cerca de dos siglos después, Berceo, al terminar su trabajo (una carta de donación), exclama en pésimo latín:

Exaratori Munione in celorum vivat regione

“Que Muño, escriba de esta carta, viva en la región de los cielos.” Su grito no es esencialmente distinto del de Berceo al fin de los *Milagros*.

Gonzalo de Berceo es uno de los escritores en que esos rompimientos, esas penetraciones de la realidad en la obra de arte, ocurren con más frecuencia. El es “enterpretador” de la historia latina que va siguiendo. Podía interpretarla, sin más; pues no, muchas veces interrumpe la narración para asomarse él mismo al poema, mostrándonos en algún trance de su trabajo. Unas veces aparecerá para echar al original la culpa de alguna imperfección que los lectores

podrían advertir. Por ejemplo, el dechado no dice si Dios dió más hijos a los padres de Oria:

si lis dió otros fijos non lo diz la leyenda... (4).

A veces no encuentra cómo se llama el pueblo de que está hablando:

*un monje beneito fué en una monjía:
el hogar non lo leo; dezir non lo sabría (5).*

San Millán vivió cuarenta años por los montes, solo, sin comida y sin vestido de hombre (“nunca de ome ovo / nin solaz nin compañía, nin vito, nin vestido”); el obispo le ordena que le vaya a ver; el santo, qué remedio, obedece. A Berceo le asaltó esta duda: si andaba solo y desnudo por esos montes, ¿cómo se las apañaría para procurarse un traje? Con toda lealtad confiesa ignorarlo:

*con cual hábito pudo pensóse de mover:
non vos lo sé dezir dónde lo pudo aver (6).*

Otras veces, en cambio, alaba la materia que tiene entre manos, y teme que sus fuerzas no sean bastantes para empresa tan alta:

*si nos cantar sopiéremos, gran materia tenemos:
menester nos será todo el seso que avemos (7).*

En fin, lo prudente es repetir exactamente lo mismo que dice la historia:

(4) *Sta. Oria*, 15.

(5) *Milagros*, 76, a-b.

(6) *San Millán*, 77, a-b.

(7) *Sta. Oria*, 19, c-d.

*la materia es alta, temo que peccaremos;
mas en esto culpados nos seer non devemos,
ca ál non escrevimos sinon lo que leemos (8).*

Pero hay unos puntos del cuadro por los que es especialmente frecuente que asome la persona del escritor medieval: son los finales y principios del poema o de sus partes.

Curtius ha visto muy bien —aunque atento a otra perspectiva— cómo los poetas, al señalar el final de la obra, nos hablan, a veces, de su cansancio, y cuán verdad podía ser en aquellos días: “un poeta ha tratado las ocho partes de la oración, en verso, siguiendo a Donato; otro ha versificado la vida de un santo; otro, aún, ha compuesto una historia de la literatura en rima”. Había también, agrega con razón Curtius, la necesidad de señalar de manera clara los principios y los finales de los poemas o de sus partes. Así termina Berceo el primer libro de la *Vida de San Millán*:

*Señores, Deo gracias contadovos avemos
del santo solitario quanto saber podemos,
e de las sues andadas secund lo que leemos;
desaquí, si quisiéredes, ora es que folguemos (9).*

Y así, el poema *Del Sacrificio de la Misa*:

*El romence es cumplido, puesto en buen lugar:
días ha que lazdramos, queremos ir folgar (10).*

Ahí se juntan esa tradición de los finales y el evidente gozo del escritor que ve acabada su tarea. ¿Quién podrá dudar que en este casi arranque de la *Vida de Santa Oria*, junto a esa costumbre medieval de dar un resalte a los extremos del poema, aflora algo personal, íntimo, del escritor?:

(8) *Sta. Oria*, 89, b-d. Otras veces nos dice que la materia es tan buena que de ningún modo se la podría dejar. Comp. *Milagros*, 141; *San Millán*, 320.

(9) *San Millán*, 108.

(10) *Del Sacrificio de la Misa*, 296.

*Quiero en mi vegez, maguer só ya cansado,
de esta santa virgen romançar su dictado* (II).

Aquí no hay hablar del “tópico” del cansancio final; el poeta está cansado ya en el momento de sentarse a escribir: es viejo y ha trabajado mucho. Es de sí mismo de quien habla.

Retengamos ahora esto: el uso de los tópicos tradicionales convive perfectamente con la expresión individual del escritor. La obra literaria es un compromiso entre tradición y expresión individual. En la Edad Media esa expresión de lo personal ocurre de dos modos principales. Veámoslo en Berceo. Nadie más aferrado que él a los modelos; pero siempre, a través de las apretadas ringleras de la cuaderna vía, traspasando la historia misma que interpreta, sentimos el borboteo humilde de su oración, el cándido y estremecido anhelo de su alma. Tan peculiar, tan creativo de un estilo personal, que, dentro de la literatura española, resella, como firma auténtica, cuanto escribió, y le da un encanto inolvidable. Primer modo, pues, de expresión personal, no distinto del de cualquier otra época; pero hay que señalar que aquí se produce en un autor que casi no hace más que traducir. Ahora, el segundo modo: esos instantes, breves, pero que se encuentran una o varias veces en casi todas sus obras, en que él, Gonzalo de Berceo, se ha puesto —con sus problemas de “enterpretador”, con sus achaques, con sus deseos o con sus terrores— dentro de la tabla que estaba pintando. Muchas veces, como hemos visto, estas penetraciones del autor en el cuadro ocurren en los extremos mismos del poema o de sus partes principales. Tenía que ser así: servían para señalar bien —en época de mera comunicación manuscrita— el comienzo y la terminación. Este uso se hace muy frecuente en la Edad Media; sirve, a la par, para una necesidad técnica y para la expresión personal del autor.

Y uno de estos casos es el del “escribir en tiniebra”.

(II) *Sta. Oria*, 2.

Berceo ha comenzado la *Vida de Santa Oria*. Casi todos sus poemas tienen un breve preámbulo. El de *Santa Oria* le salió de más extensión (12): en nueve estrofas ha dado una especie de resumen de toda la materia de que va a escribir y los datos concretos más esenciales (nombre y naturaleza de la santa, nombre de los padres y del que redactó el “dictado”, etc.). Se da cuenta de que ha dedicado mucho espacio al “prólogo”, y se dispone a penetrar por el terreno de la narración pormenorizada:

*Avemos en el prólogo mucho detardado;
sigamos la estoria, esto es aguisado.
Los días son non grandes, anochezrá privado:
escribir en tiniebra es un mestar pesado.*

Marca así el paso del preámbulo al cuerpo de la narración; ha empleado demasiado tiempo en el prólogo, quiere acelerar la tarea y aprovechar la luz del día: escribe en el otoño tardío o en el invierno temprano.

Lo primero que es evidente es que esto, contra lo que imaginaba Curtius, no tiene absolutamente nada que ver con la tradición del bucolismo grecolatino, que hemos visto prolongarse en Garcilaso (allí, contenido argumental, que acaba con el día; aquí —y en general en la Edad Media—, penetración en el cuadro del escritor y de su oficio). Pero tampoco tiene que ver propiamente con el tópico medieval “Terminat hora diem, terminat auctor opus”. Pues claro está que en el pasaje de Berceo no acaba el día; se trata de aprovechar, acelerando el trabajo, la luz, porque los días son cortos.

Es curioso que el gran Curtius, que en el caso de la terminación de un poema, asociada por el escritor medieval al “cansancio”, se daba cuenta de la base real de efectiva fatiga que ello podía tener, no comprendiera que es casi seguro

(12) Si se exceptúa el bien conocido prólogo de los *Milagros*. La *Vida de Santo Domingo*, p. ej., tiene cuatro estrofas de introducción; y la de *San Millán*, sólo dos.

que ese pasaje de Berceo nos haya perpetuado las condiciones de aquel mismo instante en que él estaba escribiendo: en la tarde de uno de los días cortos del año.

Cuando yo primero traté de esto, hace ya bastantes años, hablé del “frío Norte”. Ahora —después de que amigos bondadosos me enseñaron Logroño y el pueblecito de donde procede el nombre de Berceo y el inmediato monasterio de San Millán— me imagino a nuestro poeta con la pluma en la mano, en la tarde luminosa de un día de noviembre —la misma estación de mi visita—. Por la ventana entraría toda la gloria dorada de la Rioja. Pero ya el sol comenzaba a declinar:

*Los días son non largos, anochezrá privado:
escribir en tiniebra es un mester pesado.*

Y la pluma volaba sobre el pergamino.

Hay toda una serie de investigadores, atentos ya a ver, como Curtius, la continuidad diacrónica de temas o fórmulas (que es la transmutación estilística del antiguo “fuentismo”), ya a buscar la continuidad más o menos sincrónica de elementos comunes, a través de la literatura europea. Esfuerzos que en verdad me parecen utilísimos, cuando no son meros pretextos para devolver al mundo el lastre de la erudición allegadiza; y claro está que nada de esto último hay en la obra de Curtius.

Sin embargo, debo decir que este tipo de esfuerzo, tan útil como necesario, a mí, personalmente, me atrae menos. Ganamos así datos y perspectivas para la historia de la cultura; y el investigador literario lo necesita como un valioso auxiliar. El error comienza cuando se cree que “eso” es verdadera investigación literaria. El tema de ésta es, por el contrario, la unicidad de la obra, del “poema”. Y lo que yo quisiera sería, precisamente, explicar qué es lo “único”, lo “personal” del escritor, lo “peculiar” de su obra y su

efecto sobre mí, sobre el lector. Para saberlo, sí, será necesario que se haya investigado qué es lo que tienen de común con otros. Pero mi perspectiva —lo que a mi corazón y a mi inteligencia les importa— no es ésa, sino la de la íntima originalidad.

Tomemos Berceo: ningún autor más fiel a sus dechados (a sus “dictados”): él mismo, una y otra vez, lo proclama; y es, indudablemente, fiel también a mil fórmulas y procedimientos estilísticos, comunes entonces a muchos escritores. Bien, bien. Pero ¿por qué es un poeta encantador; por qué nos emociona su voz, ahora, setecientos años más tarde; qué es lo que la hace peculiar, inconfundible? Estos son para mí los temas esenciales de la indagación literaria. Estudiemos lo común, los “tópoi”. Con tal de que sea precisamente para mirar a lo que no es “tópos”: al prodigio creativo, a la unicidad, intacta y esquivada, de la criatura de arte.

II

EL ARCIPRESTE DE TALAVERA A MEDIO CAMINO ENTRE MORALISTA Y NOVELISTA

No era posible igualar la genial creación de Juan Ruiz: los tiempos tendrían que fluir casi medio siglo aún. Pero, hacia 1440, Alfonso Martínez de Toledo, Arcipreste de Talavera, que no puede transmitir en bloque esa imagen del mundo que nos había dado el otro Arcipreste, aprende bien la lección de Juan Ruiz, y en muchos pormenores la ordena y perfecciona. Otra veta de su arte le viene del *Corbaccio* de Boccaccio. Una manía popular ha dado al que debemos llamar *Arcipreste de Talavera* (1) el título de *Corbacho*: cosa bien injusta, porque del libro italiano le viene poquísimo. Tomará, sí, algunos temas de obras latinas del mis-

(1) ¿Por qué contrariar la voluntad del autor expresa al principio mismo de la obra: “Sin bautismo sea llamado *Arcipreste de Talavera* dondequiera que fuera llevado”?

mo Boccaccio, de Andrés el Capellán (2) y de otras procedencias. Pero no son los temas lo que ahora interesa, sino la raíz del arte: en este sentido, el precedente mayor de Alfonso Martínez de Toledo es el *Libro de Buen Amor*.

No es de extrañar que lo que de realismo y de matiz psicológico había en el *Corbaccio* italiano resulte ásperamente intuído y analíticamente exacerbado en el Arcipreste de Talavera. Es una especie de furor de la literatura española cuando se pone frente al alma humana. La distancia entre el *Corbaccio* y el libro español es muy grande (3): del lado del plan y de la precisión intelectual todo es ventaja para el libro italiano; pero por lo que toca al más intuitivo desentrañar del alma humana por medio del lenguaje directo, el libro del Arcipreste es un enorme avance. Un enorme avance —como veremos, involuntario— en dirección hacia los métodos y posibilidades expresivas de la novela moderna.

Son las obras de nuestros dos Arciprestes libros bien curiosos: por una parte, sumamente toscos, desordenados, de una inmadurez verdaderamente medieval, con una excesiva abundancia de materiales, una falta evidente de sentido de la medida; pero, desde otras perspectivas, cuán alegres y certeros de lenguaje, cómo apuran las posibilidades de la expresión humana, cómo transparenta los matices y los movimientos anímicos, los móviles de la intención y los secretos hitos adonde ésta les dirige. Y todo se produce, mucho más que por las explicaciones del autor, por las palabras —variegadas, en borbotón, libérrimas y al par ligadas

(2) Véase Richthofen, *Alfonso Martínez de Toledo und sein "Arcipreste de Talavera"*. *Ein kastilisches Prosawerk des 15. Jahrhunderts*, Halle, 1941.

(3) No hay ni que decir que el título de *Corbacho* con que se ha conocido mucho tiempo el libro del Arcipreste de Talavera es una perfecta estupidez mantenida por la rutina. La obra española no tiene que ver con la italiana. El mismo Farinelli (que arremetió con excesivo celo contra Bernat Metge acusándole de plagio) tuvo que confesar, después de minucioso cotejo con el *Corbaccio* boccacciano la originalidad del Arcipreste de Talavera (véase Farinelli, *Note sulla fortuna del "Corbaccio" nella Spagna medievale*, en *Bausteine zur romanischen Philologie. Festgabe für Adolfo Mussafia*, Halle, 1905, págs. 400-460, en especial 416-417). Por lo que toca a Bernat Metge, véase la edición de *Lo somni*, por Antonio Vilanova Andrés, Barcelona, 1946, pág. XXVI. Vilanova tiene completa razón cuando dice que Farinelli aplicó "a un escritor medieval un concepto de la imitación completamente moderno.

a los giros más comunes— que pone en boca de sus criaturas (4). Boccaccio, que representa un nivel de cultura superior y que tenía una portentosa inteligencia y una magnífica técnica, podría haber hecho algo semejante —cierto que sin dejar su acerado intelectualismo y su clara ponderación—, y lo apunta en una media docena de “novelle” (entre las ciento del *Decameron*) y en unos pocos pasajes del *Corbaccio*; pero bien se ve que eso le interesaba menos, y que su destino era otro. *Les quinze joyes de mariage* están un poquito más próximas al Arcipreste de Talavera; son también más ponderadas que el libro español, más claras, armónicas; es decir, como totalidades de arte, mucho más logradas. En esta obrita francesa (ligeramente anterior o ligeramente posterior al *Arcipreste de Talavera*, no lo sabemos, hay pasajes en que el lenguaje hablado cobra mucha matización y vivacidad. Ni aun así hay comparación posible con lo que es el lenguaje hablado en la tradición que va del uno al otro Arcipreste, y que en el de Talavera se perfecciona. Aquí el lenguaje directo adquiere sustantividad, tanto que muchos pasajes, si por un lado parece que nos llevan a la novela moderna, por otro se diría estar en los bordes de la dramatización.

Conocidas son del público español las famosas lamentaciones de la mujer que perdió un huevo, de la que perdió una gallina. Esos monólogos del *Arcipreste de Talavera*, que suelen andar en las antologías, merecen siempre una nueva lectura, porque cada vez ofrecen nuevas sorpresas a quien los estudia. Pero hay otros pasajes en el libro en los que, junto al monólogo, encontramos un diálogo de una rapidez y modernidad como hasta entonces no nos era conocida en obra de prosa. Quiero dar un ejemplo.

Es necesario, sin embargo, antes de pasar más adelante, decir que el libro no sólo no es novela, sino que no tiene

(4) Para todo lo que respecta al lenguaje de Martínez de Toledo véase A. Steiger, *Contribución al estudio del Vocabulario del Corbacho*, en “Bol. Real Academia Esp.”, IX y X, 1922-1923.

que ver con los propósitos de la novela. El autor es un moralista y ejerce su ministerio por medio de la sátira. Pero sin querer está andando los caminos que harían posible llegar a la novela moderna. Será necesario que algún día se escriba el libro en el que se pruebe que la raíz más importante de la novela realista moderna está en la línea de la sátira moral de la Edad Media. El Arcipreste de Talavera no es, por tanto, una excepción. Pero en él el avance hacia nuestras técnicas es notable. Moralista, necesita ejemplos para su doctrina, y los ejemplos se le convierten en unas estampas, cada una un cuadro, a veces muy breve, a veces con algo más de desarrollo, lleno de la vida más real.

Véanse estas escenas que surgen cuando el autor expone su doctrina acerca de los hombres coléricos (“colóricos”) y de la “disposición” que tienen para amar y ser amados (5).

Las mujeres aman a éstos mucho por vengar sus injurias, e que ninguno nin alguna non les ose dezir peor de “señora”, teniendo los tales por sí. Que si alguno o alguna les dize alguna cosa mal dicha o que le (6) non viene bien, luego revienta su corazón en lágrimas e sollozos cuando entiende que ha de venir él a casa.

E cuando el hombre entra, está ella escondida o faze que se esconde por desgairre (7). E dize a los de casa el marido o amigo cuando él viene: “¿Dó Fulana?” o “¿dó tu señora?”

—Señor, allí está en el palacio (8), mucho triste e llorosa.

E cuando él entra, comienza ella de alimpiar sus ojos de las lágrimas, e a las vezes (9) se pone saliva en los ojos porque parezca que ha llorado, e frégalos un poquito con las manos e dedos porque se muestren bermejos, encendidos e turbados. E luego esconde la cabeza entre

(5) Sigo la edición de Simpson (Berkeley, 1939) y tengo en cuenta la de Martín de Riquer (Barcelona, 1949). Modernizo la ortografía (sin alterar valores fonéticos); anoto mis divergencias en cuanto a puntuación.

(6) “les dize alguna cosa mal dicha o que le non viene bien”: el autor vacila (“les... le”) entre hablar indeterminadamente (de cualquier mujer que tenga hombre colérico) o fijar la atención en un personaje: son los límites borrosos entre ejemplo moral y estampa novelesca.

(7) “está escondida o faze que se esconde”: dos posibilidades; un novelista daría una sola. Nótese además el tiempo presente: no son hechos acaecidos una vez; sino que acaecen o pueden acaecer en cualquier momento.

(8) “el palacio”; la sala de cualquier casa.

(9) “e a las vezes”: como si dijera “y aun algunas veces hasta se pone saliva, etc.”. Posibilidades del matiz de la acción, que interesan al moralista.

los brazos, o la vuelve (10), cuando él entra, fazia la pared. E el otro dize luego:

—¿Qué has, amiga?

Ella responde:

—Non nada.

—Pues dime, señora, ¿por qué lloras?, que goçe yo de ti (11).

Responde:

—Non, por nada.

—¿Pues qué cosa es ésta?

—Así goçes (12) de mí, vos digo que non nada.

—Dime, pese a tal, señora, ¿qué cosa es, o quién te enojó, o por qué son estos lloros? (13). Dímelo, pese a tal, señora.

Responde ella:

—Lloro mi ventura.

E luego comienza de llorar e los ojos de rezio a limpiar, tragando la saliva más veninosa que rejalgar, e dize:

—¿Parésevos esto bien, que Fulana o Fulano me ha deshonrado en plaza? ¡E cómo!: bien a su voluntad (14), llamándome p... amigada. Dixome p... casada; e dixome tales y tales injurias, que más querría ser muerta que ser en vuestro poder venida. ¡Ay de mí cuitada!; agora só disfamada y deshonrada. ¿Y de quién? De una p... bellaca, suela de mi çapata, o de un bellaco vil, suela de mi chapín (15). Pues si esto vos parece que yo debo sufrir, en ante renegaría yo de mí, en Dios e mi ánima; antes me fuese con un moro de allén la mar o con el más vil hombre de pie que en Castilla oviese (16), ¡e non digo más!

Luego el otro, como es colórico, e en un punto movible, sin deliberación alguna arrebatada armas, e bota por la puerta afuera, sin saber si es verdad nin fazer otra pesquisa, sinon sólo a dicho de una que es parte formada, o se dará al diablo por ver destróida e destróido (17) a aquel que la ha injuriado...

(10) "esconde la cabeça... o la vuelve". Véase la nota anterior.

(11) "que goçe yo de ti"; como si dijera 'así goçe yo de ti', modo de aseverar o juramento suave. Lo mismo, un poco más abajo, "Así gocés de mí".

(12) "gocés", 'gocéis'. Esta debe ser la acentuación (*gocés* y no *goces*), porque la mujer trata de *vos* todo el tiempo al hombre.

(13) Tres preguntas, dadas como tres posibilidades de lo que puede preguntar en ese caso el hombre.

(14) Otros editores leen "e como bien a su voluntad", lo cual hace peor sentido.

(15) "bellaca" o "bellaco", según sea mujer o hombre el que la insultó.

(16) Amenazas de mujer que se siente maltratada. Recuérdense las palabras de Doña Urraca: "... irme he yo por esas tierras / como una mujer errada, / y este mi cuerpo daría / a quien se me antojara, / a los moros por dineros / y a los cristianos de gracia" (Romance "Morir vos queredes, padre").

(17) Véase la nota 15.

Cuando le vee tomar armas e salir de casa, comienza ella a dar gritos a voces, diciendo:

—¡Cuitada, mezquina! ¡Corneja triste, desventurada! ¡Venid acá, non vades allá! (18).

E ella non vee la hora de oír dar a la otra gritos e voces de cómo da en ella o en él cuchilladas, palos e coces. Pero de la otra parte sale luego su marido o su pariente (19) de la otra mujer, e fe el ruido en la mano (20): o él mata o le matan; o él fiere o le fieren; que todo es dapno, así dar como rescebir.

E cuando entra ferido por casa o ha ferido, ráscase la bendita de la promovedora de ello las nalgas (con reverencia hablando) (21) diciendo:

—¡Cuitada, mezquina, turbada, corrida!: ¡yuy, y qué será de mí! Señor, ¿quién (22) vos firió por la cara, o quién me vos mató, o quién vos dió tal golpe? ¡Virgen María!; a tí lo encomiendo, Jesús mío bueno, y non me lastimes (23). ¡Ay, triste de mí! Daca huevos, daca estopa, daca vino para estopadas. Juanilla, ve al çorujano (24), dile que venga. ¡Corre aína, p..., fija de p...! Marica, daca una camisa delgada, que se le va toda la sangre. ¡Yuy, Jesús! ¡Ay, Santa María! ¡Dame del agua, que me fino! ¡Ay, triste de mí! Pedro, id, fiyo, en un salto a su hermano, que venga luego. Juan, id a su compadre a dezilde que ovo ruido; non digas, pero (25), que está ferido. Martín, llamad a mi comadre; llamad a mi vecina. ¡Yuy, cativa, ay mezquina, oh triste! ¡Ay, lasa de mí! ¡Ay, Virgen María! Pues, señor, dezid, dezid, amigo, ¿y qué vos duele, amigo, y qué sentís? ¡Triste de mí, que noramala nascí!, etc.

(18) Otros editores: "Cuitada, mesquina, corneja triste, desaventurada, venid acá, non vades allá". Hay que puntuar como lo hago: en las dos primeras palabras la mujer habla de sí misma; en las tres siguientes se considera a sí misma o al suceso, bajo el influjo del mal agüero; las cinco últimas son una imperación, dirigida al marido. Para el agüero de la corneja, recuérdese *Cid*, 11 (y véase M. Pidal, *Cantar de Mio Cid*, "vocabulario").

(19) "su marido o su pariente", otro caso de la generalidad con que se expresa el moralista.

(20) "fe": 'he' o 'he ahí'. (Como si dijera: '¡Hete ahí armada la penencia!').

(21) El autor pide perdón ("con reverencia hablando") por la mención de las "nalgas". Las mujeres se rascaban en señal de dolor o de afrenta. Así, en una de las versiones, doña Lambra se presenta "toda rascada e llorada" a su marido, para que la vengue de los Infantes (M. Pidal, *Infantes de Lara*, página 217, com. *Ibid.* 7, nota 1). De donde el refrán "Yo rascada y tú quellada" (Correas). El rascarse era, además, signo general de dolor, en plantos por difuntos, etc. Comp. "¿De dónde venís rascada? Del llanto del rabadán de mi cuñada". Mal Lara, *Filosofía vulgar*.

(22) Otros editores: "de mi señor ¿quién?", lo cual hace peor sentido.

(23) Los otros editores: "¡Jesús mío! ¡Bueno, y non me lastimes!" Caso dudoso: ninguna de las dos soluciones me gusta.

(24) "cirujano".

(25) Lo mismo que 'empero, sin embargo'.

Verés, que vos ayude Dios, que demanda (26): vee que tiene la cara atravesada, o buena puñalada o lançada, e demándale: “¿Qué vos duele?”, o “¿Qué sentís?”.

¿Qué es esto? Sencillamente el diálogo y el monólogo realista. No se busque nada igual en el *Decameron*, porque allí, en las “novelle” hieráticas y trágicas, los personajes hablan numerosa y ponderosamente: belleza y filosofía. Y en las “novelle” cómicas, aun en las que más se podrían acercar al realismo español (Ser Ciappelletto, Andreuccio, Monna Belcolore y el Prete da Varlungo, Ciacco y Biondello, el Maestro Simone, Bruno y Buffalmacco y el pobre Calandrino, etc.), aun en éstas, lo importante para Boccaccio es el narrar, la gracia o interés de la historia misma. Es un acercamiento a la realidad por medios intelectuales: en el mismo lenguaje directo que emplea predominan los encargos explicativos sobre los puramente intuitivos y casi de puro reflejo, que son los preferidos de nuestros dos Arciprestes. En el arte del de Talavera no había ningún caso extraordinario, ninguna historia especialmente interesante que narrar; lo que él quería era mostrar la realidad desnuda de las almas. Por eso en todo el arte magnífico del *Decamerone* no se encontrará ninguna escena de tan continua movilidad afectiva como la que hemos transcrito, ninguna en la que el alma de los personajes, sin intervención del mecanismo intelectual del razonamiento, esté así, a cada segundo, de un modo tan directo, casi brutal. Lo que allí, en esas historias de Boccaccio, hay de realismo, y aun de realismo popular, está voluntariamente refrendado, porque el genio del autor lo pone al servicio del cuento. Pero aquí hay una vocación distinta: la verísima realidad es el fin único artístico (y el fin práctico secundario, la consecuencia moral).

Ese diálogo del *Arcipreste de Talavera*, que se suelta así de sus verbos de introducción; es decir, que tiende a la má-

(26) “demanda”: ‘pregunta’.

xima rapidez dramática, y que al par, como hemos visto, no sirve a ningún propósito de narrar historias apasionantes o cuentos chuscos (27), sino a reflejar los movimientos afectivos del alma (diálogo que parece que va decididamente hacia la novela, pero que al mismo tiempo lo que menos se propone es novelar) se separa aún radicalmente de la novela por otra razón. El análisis estilístico nos comprueba en seguida la intención del satírico moralizador: en mi anotación de los párrafos transcritos he procurado mostrar cómo Martínez de Toledo trata de presentarnos, no estampas de un hecho único, sino un muestrario de amplias y variadas posibilidades: la mujer ha sido injuriada por “alguno” o “alguna”; “se esconde” o “faze que se esconde”; el hombre “mata o le matan, o él fiere o le fieren”, y “entra ferido... o ha ferido”.

En el párrafo transcrito se trata casi siempre sólo de una doble posibilidad. Pero en muchas otras ocasiones Martínez de Toledo despliega un varillaje de siete, ocho o más posibilidades, ya en la narración, ya en el lenguaje directo que emplean sus criaturas. Los ejemplos abundan.

Hasta siete explicaciones se ponen en boca de la mujer que quiere tranquilizar a su cobarde enamorado, que ha oído un ruido sospechoso:

Dice ella: “¡Yuy, amigo, amigo, non ayayes miedo, que'l gato es, que fuyó desde os vido!” O “la gallina es, que tiene pepita faze ruido”; o “la mula es, que come cebada e faze ruido”; o “dos anadones son, que están en aquel corral chapullando”; o “mi señora la vieja es, que tose”; o “mi madre, que cierne”; o “mi hermana, que amasa”; o “la perrilla, que se rasca las pulgas e gruñe”. “Estad, amigo, sosegad vuestro corazón, que tan seguro estayes como en nuestra casa; desto non dubdés”.

La mujer dice la causa del ruido, que ella conoce muy bien. En esa serie que para nosotros es muy evocativa, el

(27) Sabido es que Martínez de Toledo introduce unos cuantos cuentos en su libro (marido cegado por chorro de leche; haciéndole volverse de espaldas; dejando caer la candela; con una caldera, etc.): claro está que estos y otros cuentecillos quedan aparte de lo que digo.

Arcipreste nos ha dejado una preciosa imagen plurivalente de ruidos posibles en una casa española al ir a mediar el siglo xv. Interpretarlo de otro modo, pensar que todo ello es parlamento de una sola mujer, en una situación única, es absurdo: muchos de esos ruidos son totalmente distintos.

Plurivalencia y abundancia popular son factores; y su producto, esa inacabable exuberancia del monólogo por la pérdida del huevo o de la gallina: tampoco aquí se trata del monólogo de una sola mujer:

“¿Dó mi gallina la ruvia, de la calça bermeja?”, o “la de la cresta partida, cenizienta escuro de pavón, con la calça morada”: ¡Ay gallina mía..., morisca, de los pies amarillos, crestibermeja!

La mujer ha perdido una sola gallina. El autor pone en su boca la descripción de por lo menos dos gallinas (quizá tres). Esta bivalencia trata únicamente de suscitar en el lector, con la mayor vivacidad posible, por uno u otro camino, la evocación deseada.

Se juntan, pues, aquí dos abundancias idiomáticas: la de la expresión popular de intención particularizadora y la del moralista que da una serie de alternativas para que su doctrina tenga gran generalidad.

He aquí cómo un moralista del siglo xv estaba dando a la novela y al teatro moderno una técnica del diálogo mucho más realista (y más moderna, más de nosotros) que la de Boccaccio; y la estaba dando sin propósito alguno de hacer novela ni teatro. Quizá acertaba por eso mismo. Pero al ser su intención otra cosa, nos ha dejado una huella clarísima en el estilo: el rasgo estilístico más sobresaliente en el Arcipreste de Talavera es la constante plurificación.

Prescindamos ahora de la intención práctica (la del moralista). Desde el punto de vista de la génesis de la novela, en el *Arcipreste de Talavera* se ejecutan unos maravillosos

ejercicios de descripción, su diálogo y monólogo. Son puros ejercicios, "estudios", sin finalidad novelesca alguna. Pero estos ejercicios son lo que un siglo después hace posible el nacimiento en España de la novela realista europea. De aquí saldrá el *Lazarillo*. Y, a través del *Lazarillo*, el *Quijote*.

Dámaso Alonso.

Travesía del Zarzal s/n.

(Chamartín de la Rosa).

MADRID.

LA LIBERTAD Y EL PROYECTO VITAL EN ORTEGA Y GASSET

POR

LUIS ROSALES

El pensamiento de Ortega y Gasset, relacionado con los temas de la libertad y el proyecto vital, es sumamente interesante. Como se encuentra disperso en su obra hemos juzgado conveniente exponerle ordenando sus textos. Nuestra labor es humilde; sólo aspira a lograr la más estricta fidelidad interpretativa.

Punto básico en la doctrina de Ortega es la analogía entre el hacer y el ser del hombre. Como esta analogía no es absoluta, conviene que analicemos previamente un concepto que nos aclare su valor.

Veamos primero en qué consiste la vida para Ortega. "Para el hombre existir no es ya, sin más ni más, existir como el hombre que es, sino meramente posibilidad de ello y esfuerzo hacia lograrlo. ¿Quién de ustedes es efectivamente el que siente que tendría que ser, que debería ser, que anhela ser? A diferencia, pues, de todo lo demás, el hombre al existir tiene que hacerse su existencia, tiene que resolver el problema práctico de realizar el programa en que, por lo pronto, consiste. De ahí que nuestra vida sea pura tarea e inexorable quehacer. La vida, de cada uno de nosotros, es algo que no nos es dado hecho, regalado, sino algo que hay que hacer. La vida da mucho quehacer, pero además no es sino ese quehacer que da a cada cual, y un quehacer, repito, no es una cosa, sino algo activo, en un sentido que trasciende a todos los demás. Porque en el caso de los demás seres se supone que alguien o algo que ya es, actúa; pero aquí se trata de que precisamente para ser hay que actuar, que no se es sino esa actuación. El hombre, quiera o no, tiene que hacerse a sí mismo, autofabricarse" (V-337).

De manera explícita resume este párrafo la doctrina de Ortega. Las consecuencias que nos interesan en relación con nuestro fin son las siguientes. La vida consiste en el quehacer que realizamos cada cual; el quehacer que la vida nos da. Pero, además, este quehacer es un quehacer en donde nos fundamos. Para ser lo que somos, tenemos que actuar, puesto que el ser del hombre es advenidero. En definitiva, el hombre, quiera o no quiera, tiene no solamente que hacer su propia vida, sino también su propio ser. Esto es, tiene que hacerse a sí mismo, autofabricarse. Desde esta perspectiva, el hacer del hombre, el ser del

hombre y la vida del hombre son expresiones análogas que miran hacia el futuro y estriban en el proyecto vital, que como tal proyecto, debe regirse por nuestra libertad.

Tanto la vida como el ser del hombre descansan, pues, en su quehacer. Ahora bien, la palabra "quehacer", como subraya Ortega (VI-251, V-23-210), consiste no solamente en lo que hacemos, sino también en lo que *tenemos* que hacer, y, por tanto, el quehacer vital tiene carácter de obligación. La vida, considerada desde el punto de vista del "quehacer" orteguiano, tiene un sentido muy distinto al que le habíamos dado anteriormente, y se convierte en un imperativo. ¿En qué consiste este imperativo? Para Ortega, en hacer coincidir nuestra conducta y el proyecto o programa vital. El proyecto vital es lo que constituye el ser del hombre, en lo que el ser del hombre tiene de más auténtico, irreductible y personal. Ahora bien, no se piense que el proyecto o programa vital es electivo, libre y voluntario. Escuchemos a Ortega: "El yo del lector es, por lo pronto, su proyecto de vida. Pero no se trata de un proyecto ideado por él, preferido libremente. Este proyecto se lo encuentra ya formado al encontrarse viviendo" (IV-77). O bien: "Somos nuestro Destino, somos proyecto irremediable de una cierta existencia. En cada instante de la vida notamos si su realidad coincide o no con nuestro proyecto, y todo lo que hacemos lo hacemos para darle cumplimiento. Porque así como ese proyecto que somos no consiste en un plan libérrimamente dibujado por nuestra fantasía, tampoco se halla ahí, como éste, atendido a nuestro buen deseo de cumplirlo o no. Lejos de esto, es un proyecto que por sí mismo se proyecta sobre nuestra vida, que la oprime rigurosamente porque impone su ejecución" (IV-78-79).

"No hay un vivir abstracto. Vida significa la inexorable forzosidad de realizar el proyecto de existencia que cada cual es. Este proyecto en que consiste el yo, no es una idea o plan ideado por el hombre, libremente elegido. Es anterior a todas las ideas que su inteligencia forme, a todas las decisiones de su voluntad. Más aún, de ordinario *no tenemos de él sino un vago conocimiento*. Sin embargo, es nuestro auténtico ser, es nuestro destino. Nuestra voluntad es libre para realizar o no ese proyecto vital que últimamente somos, pero no puede corregirlo, cambiarlo, prescindir de él o sustituirlo. Somos indeleblemente ese único personaje programático que necesita realizarse" (IV-400).

Tratemos de deducir las consecuencias de la doctrina apuntada. El ser del hombre, en el sentido de su ser auténtico y personal, es el proyecto vital. Vivir auténticamente significa la inexorable forzosidad de realizar el proyecto de existencia que cada hombre es. El proyecto de vida, por consiguiente, es nuestro "imperativo existencial", o si se

quiere, nuestro "requerimiento incondicional". Podemos renunciar a verificarlo, puesto que el hombre es libre, pero, como dice Ortega, "quien renuncia a ser el que tiene que ser, ya se ha matado en vida, es un suicida en pie. Su existencia consistirá en una perpetua fuga de la única realidad que podía ser" (IV-78). Este proyecto vital, que constituye, en última instancia, el ser que somos, no es una idea, ni un programa, ni un plan que nuestra inteligencia haya inventado y nuestra libertad haya elegido. Es anterior a nuestros pensamientos y a nuestras decisiones. Lo encuentra ya formado el hombre al encontrarse viviendo. Por consiguiente, nuestro ser personal es anterior a nuestro ser vital y lo perfunde o moldea a su imagen y semejanza.

En qué consiste ese proyecto vital no nos lo ha dicho Ortega. Hoy por hoy se ha llevado a la tumba su secreto. A la ligera, pero con mano responsable y dubitativa, continuaremos nosotros hilvanando esta investigación del pensamiento del maestro. ¿En qué consiste y a qué obedece este proyecto o programa que constituye nuestro ser mismo y nuestro "imperativo existencial"? Una contestación fácil y adecuada al cientificismo de principios de siglo sería decir que es de carácter biológico. Cada hombre debe de responder a su "bios". El proyecto vital, así entendido, sería la propia ley vital, entendida en sentido biológico. Justo es decir que el mismo Ortega ha desmentido esta respuesta de modo bien explícito. "La vida es, rigurosamente hablando, drama. Ni que decir tiene que nadie tomará en serio estas expresiones, y los mejores intencionados las entenderán como simples metáforas, tal vez conmovedoras. Sólo algún lector, lo bastante ingenuo para no creer que sabe ya definitivamente lo que es la vida, o por lo menos lo que no es, se dejará ganar por el sentido primario de estas expresiones y será precisamente el que —verdaderas o falsas— las entienda. Entre los demás reinará la más efusiva unanimidad, con esta única diferencia: los unos pensarán que hablando en serio, vida es el proceso existencial de un alma, y los otros, que es una sucesión de reacciones químicas. No creo que mejore mi situación entre lectores tan herméticos por resumir toda una manera de pensar diciendo que el sentido *primario* y *radical* de la palabra vida aparece cuando se la emplea en el sentido de biografía y no en el de biología. Por la fortísima razón de que toda biología es, en definitiva, sólo un capítulo de ciertas biografías; es lo que en su vida (biografiable) hacen los biólogos. Otra cosa es abstracción, fantasía, mito" (IV-195).

La segunda respuesta para tratar de definir en qué consiste para Ortega el proyecto vital sería la socialista. "La decisión, según el marxismo, no es asunto privado, no es la afirmación inmediata de los valores que preferimos; consiste en hacer el balance de nuestra si-

tuación en el mundo y en situarnos de nuevo en el curso de las cosas, en comprender bien y en expresar bien este movimiento de la historia, fuera del cual los valores resultan verbales, y por el cual solamente tienen la oportunidad de realizarse” (MERLEAU-PONTY: *Humanisme et terreur*, pág. 23). La respuesta marxista, por consiguiente, podría justificar esa extrañísima característica del proyecto de vida orteguiano que le hace ser anterior a la fijación de la personalidad y a cualquier clase de actuación vital. “Este proyecto se lo encuentra ya formado el hombre al encontrarse viviendo”, son sus palabras textuales. El proyecto vital que constituye lo que somos y es anterior al ejercicio de nuestra libertad, nos lo daría ya hecho —al menos virtualmente— la circunstancia histórico-social en que vivimos.

Nada más lejos del pensamiento de Ortega que esta respuesta. La aceptación de este supuesto rompería el equilibrio de la conocida expresión —“yo soy yo y mi circunstancia” (VI-349)— que constituye la fundamentación de su doctrina, y su doctrina, en fin de cuentas, y como todo el mundo sabe, no es socialista, sino personalista. La “socialización” de la persona, para Ortega, constituye el índice de la inautenticidad vital. “La vida de cada hombre aparece así integrada por dos zonas muy diferentes: aquella en que somos meros autómatas movidos por un mecanismo y repertorio de movimientos que la colectividad nos imbuye, y aquella otra en que actuamos por nuestra personalísima iniciativa. Ahora bien, la proporción o dosis en que somos lo uno o lo otro —autómatas sociales o personas— es por fuerza distinta en cada hombre y también en cada época. Una vez sobornados por la sociedad; una vez “socializados” por la peana de nuestra vida, por la sumisión a innumerables pequeños usos e inaparentes costumbres que nos parecen lo más “natural” e imprescindible del mundo, estamos perdidos. Porque ya no depende de nosotros qué es lo que de nuestra existencia entreguemos a la colectividad, sino que es ésta quien, en definitiva, nos deja más o menos holgura para ser personas” (V-483-484). Obsérvese que es el mismo Ortega quien repetidas veces da el nombre de “socialización” a esta caída en lo gregario anónimo y colectivo. No le interesa rescatar las diferentes posibilidades interpretativas que esta palabra puede tener. Véase otro ejemplo de ello: “Este es el fenómeno de la *socialización*, el reino del lugar común que penetra en el hombre y desaloja su yo auténtico” (V-99). Su repulsa, por tanto, de esta contestación es incuestionable. Para Ortega, de manera curiosa y aguda, el hombre socializado, no solamente el hombre anónimo, gregario e impersonal, es el hombre primitivo. Así lo expresa textualmente: “El hombre primitivo es un hombre socializado, sin individualidad.” Mal día también para el “naturalismo”.

A mi modo de ver, sólo resta una posible contestación a la pregunta que venimos haciéndonos. El “proyecto vital” orteguiano es el Destino. Y, en efecto, la contestación del propio autor, en este caso, es afirmativa: “Los antiguos usaban confusamente un término cuyo verdadero significado coincide con eso que he llamado proyecto vital, hablaban del destino y creían que consistía en las cosas que a uno le pasan... Nuestro ser radical, el proyecto de existencia en que consistimos, califica y da uno u otro valor a cuanto nos rodea. De donde resulta que el verdadero Destino es nuestro ser mismo... Somos nuestro Destino” (IV-77). En rigor, y dicho sea de paso, creo conveniente anticipar que el tema no se encuentra fijado ni suficientemente esclarecido. Si los antiguos comprendieron confusamente lo que hoy Ortega llama el proyecto vital y ellos llamaban el Destino, Ortega no ha expresado —que yo recuerde al menos— directa, sino tangencialmente, su pensamiento sobre el tema. En mil ocasiones se refiere al proyecto vital que constituye uno de los enclaves fundamentales de su doctrina. Nunca se acerca a él de manera definitiva y resolutive. ¿A qué obedece esta actitud? No lo sabemos. Pero para indagarlo hacemos estas reflexiones.

El proyecto vital orteguiano, en la medida en que el autor lo ha dejado entrever, conserva ciertas características del Destino clásico. Veamos algunas de ellas:

1) EL CARÁCTER DE FATALIDAD.—“¿Cómo no se ha advertido que la paradójica condición del hombre radica en que no puede ser lo que quiera, sino lo que tiene necesariamente que ser, y al mismo tiempo puede no aceptar esa necesidad, eludirla, defraudarla? ¿Cómo subsiste la ceguera, la incomprensión para lo que significa ser libre? Porque, en primer lugar, sólo es libre el que no tiene más remedio que serlo. Una libertad de que pudiéramos exonerarnos como de un título oficial no sería constitutiva de nuestro ser. Pero el hombre es libre, quiera o no, ya que, quiera o no, está forzado en cada instante a decidir lo que va a ser. Pero, en segundo lugar, la libertad adquiere su propio carácter cuando se es libre frente a algo necesario; es la capacidad de no aceptar una necesidad. Aquí palpamos la raíz trágico-cómica de nuestra existencia, la situación paradójica en que el hombre se encuentra, que el hombre *es* a diferencia de todas las demás criaturas” (VI-351).

“Después de todo, no tiene sentido hablar de libertad sino junto a la fatalidad. En un mundo donde no existiese la necesidad, el “*fatum*”, no habría de qué libertarse. La libertad es siempre la evasión de una

necesidad, el abandono de una cadena. En un mundo fofo, sin férrea consistencia, no hay libertad" (II-676).

2) EL CARÁCTER DE "IMPERATIVO EXISTENCIAL".—El proyecto vital no es una norma propiamente, sino un requerimiento de origen ético y formativo que, como tal requerimiento, no depende del arbitrio de nuestra voluntad; por el contrario, la determina, y en cierto modo "sobrenaturaliza" nuestra vida. El proyecto vital orteguiano no es de carácter intelectual, sino moral. Es anterior a todas las ideas y, por tanto, no se presenta ante nuestros ojos como un fin, o si se quiere, como un programa vital definido, perfecto y acabado. Yo diría que no es una tendencia estructural, sino incoativa, puesto que generalmente no tiene el hombre de ella sino un vago conocimiento (IV-400). Actúa sobre nosotros como un "imperativo", como un requerimiento o llamada interior que lleva al hombre a realizarse, según su propia ley, haciéndole coincidir consigo mismo; esto es, haciendo coincidir su libertad con su fatalidad (VI-352), igual que era inherente esta característica al cumplimiento del Destino clásico.

3) EL CARÁCTER DE PERPLEJIDAD.—El hombre "tiene que descubrir cuál es su propia, auténtica necesidad; tiene que acertar consigo mismo y luego decidirse a serlo. De aquí su consustancial perplejidad. De aquí también que sólo el hombre tenga "destino". Porque "destino" es una fatalidad que se puede o no aceptar, y el hombre, aun en la situación más apretada, tiene siempre margen —esté margen es la libertad— para elegir entre aceptarla o dejar de ser. La perplejidad es el modo como se da en el hombre la conciencia de que ante él se levanta siempre un imperativo inexorable. Siempre se encuentra con un quehacer latente, que es su destino. Y, sin embargo, nunca está seguro en concreto de qué es lo que hay que hacer. Sólo que tiene que poner su vida a una carta —el que no la pone no vive—, pero se siente perplejo ante la baraja" (VI-352). Es necesario que imaginemos el proyecto vital que constituye el argumento de nuestra vida. "La vocación —dice Ortega—, el argumento de nuestra existencia es una urdimbre tejida por la imaginación" (VI-505). Pero una cosa es descubrirlo y otra muy diferente es que podamos inventarlo. El proyecto vital es necesario y único; tiene carácter incoativo y su descubrimiento nos orienta sin darnos certidumbre; sólo podemos *explorarlo* de manera sucesiva y continua. En fin de cuentas, por su carácter de requerimiento más que de dictamen, el proyecto vital tiene un sentido oscuro, aunque preciso, que necesita ser interpretado, pudiendo el hombre errar en su interpretación. De aquí depende el carácter de constituyente

perplejidad que late siempre en la existencia humana. No tenemos augures que nos ayuden al esclarecimiento de su sentido. Sólo la certidumbre de saber que hemos vivido nuestra vida siguiendo aquella ley de cristalización que es nuestra propia ley. Para encontrar esta certidumbre el proyecto vital es nuestro oráculo.

4) EL CARÁCTER INMODIFICABLE DEL PROYECTO VITAL.—El proyecto de vida no es electivo, sino necesario. No se puede modificar ni corregir. Tampoco podemos sustituirlo ni, en última instancia, prescindir de él: podemos traicionarlo y nada más (IV-400). La acción del tiempo no lo enriquece, ni lo deforma, ni lo cambia. Únicamente lo “sitúa”, le da un perfil genérico e histórico determinado. “Ese programa extranatural que afirmamos ser el hombre suena a algo místico e inconcretable. Alguna claridad, sin embargo, aportó al asunto la rápida enumeración que hice de algunos entre los muchos programas vitales en que el hombre históricamente ha concretado su ser: el bodhisatva hindú, el hombre agonal de la Grecia aristocrática del siglo VI, el buen republicano de Roma y el estoico del Imperio, el asceta medieval, el hidalgo del XVI, el hombre de “bonne compagnie” de Francia en el XVII, la “schöne Seele” de fines del XVIII en Alemania o el “Dichter und Denker” de comienzos del XV, el gentleman de 1850 en Inglaterra, etc.” (V-342).

“El hombre es una entidad infinitamente plástica de la que se puede hacer lo que se quiera. Precisamente porque ella no es de suyo nada, sino mera potencia para ser “como usted quiera”. Repase en un minuto el lector todas las cosas que el hombre ha sido, es decir, que ha hecho de sí —desde el *salvaje* paleolítico hasta el joven surrealista de París—. Yo no digo que en cualquier instante pueda hacer de sí cualquier cosa. En cada instante se abren ante él posibilidades limitadas, ya veremos por qué límites. Pero si se toma en vez de un instante todos los instantes no se ve qué fronteras pueden ponerse a la plasticidad humana. De la hembra paleolítica han salido Madame Pompadour y Lucila de Chateaubriand; del indígena brasileño, que no puede contar más arriba de cinco, salieron Newton y Enrique Poincaré. Y, estrechando las distancias temporales, recuérdese que en 1873 vive todavía el liberal Stuart Mill, y en 1903 el liberalísimo Herbert Spencer, y que en 1921 ya están ahí mandando Stalin y Mussolini” (VI-34).

Sin embargo, la seriación de los modos de vida vividos por el hombre sólo puede brindarnos el molde histórico sobre el cual deberemos realizar nuestra propia existencia y nuestro modo de ser irremediable, auténtico y personal. El molde histórico no agota lo que somos; no basta para definirme. Yo soy yo y mi circunstancia. Tales programas

de vida prueban la infinita plasticidad del ser del hombre y, por tanto, posibilitan y condicionan, pero no determinan la raíz última de mi ser. Esta raíz puede insertarse sobre una u otra tierra, pero, en última instancia, es siempre irrevocablemente personal. Lo que yo sea, en fin de cuentas, dependerá del cumplimiento o incumplimiento de mi proyecto o programa de vida. El es mi modo de ser al mismo tiempo libre y necesario, sin que este cumplimiento donde me verifico a mí mismo pueda perder ninguna de estas dos características. Ahora bien, si el proyecto vital fuera modificable, mi manera de ser —según Ortega— no podría responder a una ley. Si no fuera una ley no podría aparecer en mi vida con el carácter más genuino con que aparece: su carácter de exigencia forzosa y de requerimiento incondicional. La ley es ley por su sentido general, inmodificable y absoluto. El proyecto vital, que es nuestra propia ley, debe de ser, por consiguiente, inmodificable y absoluto. No puede corregirse ni modificarse. Responde al “*fatum*” de la existencia humana y está fuera del ámbito de nuestra libertad. Es más —según Ortega—, el proyecto vital representa el principio categórico, ineludible y necesario, frente al cual la libertad humana se constituye, estrictamente hablando, como tal libertad. Y ahora, atendiendo a la comparación establecida, ¿no vemos cómo vuelve a aparecer en el proyecto vital orteguiano una clarísima acentuación que le identifica o aproxima con la función del Destino en la tragedia griega? El carácter de fatalidad inevitable que el Destino tenía se ha convertido en el carácter ineludible e inmodificable del proyecto vital. Sin embargo, es el mismo concepto visto desde nuestra perspectiva histórica. A partir del cristianismo se ha invalidado la comprensión clásica del Destino entendido como algo inevitable que dirige nuestra existencia y aniquila o suprime nuestra libertad. El cristianismo nos ha salvado de aquella sensación de terror paralizante que invadía al mundo antiguo frente al Destino y nos ha dado la confianza de saber que Jesucristo es la raíz de nuestra libertad. En resumen: el carácter inmodificable, pero no ineludible, del proyecto vital orteguiano es el mismo concepto ineludible e inmodificable del Destino, sólo que puesto al día; esto es, cristianizado.

5) EL CARÁCTER DE INTERIORIDAD OBJETIVADA Y CONSTITUYENTE DEL PROYECTO DE VIDA. — La analogía o identificación establecida por Ortega entre el hacer y el ser del hombre tiene una consecuencia lógica bien conocida. El ser del hombre no es algo fijo y establecido de modo sustancial. “La historia es el modo de ser propio de una realidad, cuya sustancia es precisamente la variación, por tanto, lo contrario a toda sustancia. El hombre es insustancial” (V-94I). El ser

del hombre es historia. Debemos abandonar la idea de que entre el ser del hombre y el concepto de *sustancia* existe alguna relación. Dentro del Universo el hombre es el único ente cuyo ser consiste en algo que le es preciso hacer. Así lo dice y lo repite Ortega una y mil veces. "Hay un ente cuyo ser consiste, por lo pronto, en lo que aún no es, en un mero proyecto, pretensión o programa de ser; que, por tanto, ese ente tiene que afanarse en la realización de sí mismo" (V-342). El ser del hombre no es algo dado. Según Ortega, "lo único que encuentro y que me es dado es la circunstancia" (VI-342). La doctrina de Ortega en este aspecto no admite confusión. El ser del hombre es historia. El ser del hombre es siempre una tarea que tenemos que realizar. (Apuntaremos una discrepancia con la doctrina del maestro: el ser del hombre no se agota con la definición dada por él; el ser del hombre no es solamente una tarea, sino también el fundamento y punto de partida de esta tarea, puesto que para actuar tenemos que partir de nuestro ser.) Llegados a este punto conviene hacer una aclaración. Tal vez podría opinarse que, en cierto modo, la teoría del proyecto vital se contradice con la doctrina general del autor. La historia es justamente el campo de ejercicio de nuestra libertad. Si el ser del hombre es historia, el ser del hombre tendrá que realizarse como tarea y, por tanto, será una consecuencia del ejercicio de nuestra libertad. Ahora bien, si nuestro ser es para Ortega el proyecto vital, y el proyecto vital, según recordará el lector, "se lo encuentra ya formado el hombre al encontrarse viviendo" (IV-77), ¿qué significan estrictamente estas palabras? ¿De qué manera está *formado* el proyecto vital? Téngase en cuenta que este proyecto, según Ortega, no sólo es anterior al ejercicio de nuestra libertad; es lo que constituye la libertad del hombre como tal. Recordemos de nuevo sus palabras: "La libertad adquiere su propio carácter cuando se es libre frente a algo necesario; es la capacidad de no aceptar una necesidad" (VI-351). Si el proyecto vital es nuestro ser, al decirnos "que se lo encuentra ya formado el hombre al encontrarse viviendo", ¿debemos suponer que el proyecto vital —y por tanto, el ser del hombre— son algo dado, algo con que me encuentro *ahí*? Y ¿en qué consiste este *ahí*, donde verificamos el encuentro con nuestro ser?

Contestaremos lo más escuetamente ambas preguntas. En relación con la primera, debe entenderse que el proyecto vital no es algo "dado" en nuestra vida; es la ley misma de nuestra vida. No nos es dado "en" ella; se revela "con" ella, y se revela ante nosotros iluminándola y dándole sentido. Es lo más propio, íntimo y personal del hombre, y al mismo tiempo es normativo y trascendente y, por tanto, *exterior* a él. Se impone, por sí mismo, como un valor o un bien su-

premo, pero también por lo que tiene de valor mueve la voluntad y autentifica la existencia. "Lo que fundamentalmente le pasa al hombre es ser el ser que es. Somos nuestro Destino" (IV-77). En la medida en que el Destino nos trasciende, influye sobre la voluntad de una manera potenciadora, pero también sin dependencia alguna de ella. Calma la angustia humana, o si se quiere, sustituye la angustia por la perplejidad. Descansa al hombre de su carácter contingente, lábil, indeciso, constituyendo aquel ser fijo, irrevocable y personal, que se despliega según su propia ley, modificándose sin cambiar. Sobrenaturaliza nuestra vida, salvándola de lo inestable y movedizo. No se encuentra *formado*, sino incoado ante nosotros, puesto que el hombre sólo vislumbra su sentido de manera aproximativa. No es algo dado "por" nuestra vida; es la ley misma de nuestra vida. Mas, como toda ley vital, se dicta en ella, y su oscuro dictado es el eje diamantino de la existencia.

En relación con la segunda pregunta advertimos que nuestro encuentro con el proyecto vital estriba solamente en descubrirlo como el "requerimiento incondicional" de nuestra vida. Descubrirlo es amarlo. El ser ama su ley. Conocerlo es sentirlo como una suerte de requerimiento que es nuestro "imperativo existencial". Por ello decía Ortega que el proyecto de vida se impone por sí mismo y este verbo "imponerse" precisa aclaración. Imponerse puede tener distintas acepciones: imponerse de manera coactiva o hacerse indispensable. Lo que quiso decirnos Ortega no es que el proyecto vital se nos impone violentando nuestra conducta, sino que el proyecto vital es válido por sí mismo; esto es, que el proyecto vital se nos impone por su valor. Ahora bien, ¿en qué consiste este valor? El proyecto vital es una cosa con que nos encontramos. Es exterior a nosotros, y al mismo tiempo nos constituye. Se encuentra "ahí" de manera objetiva y real, no figurada; se nos convierte en lo más necesario e indispensable, se nos impone por su valor. Creo que además Ortega añadiría que el suyo es el valor radical, pues en él se radican los restantes valores, en tanto que son valores. Lo que venimos llamando el "imperativo existencial" no es otra cosa sino la "llamada" del proyecto vital, y el proyecto vital es la tendencia inequívoca a ser sí mismo que tiene cada hombre. Aclaremos, para evitar equívocos, que no se deben confundir, aunque se suelen confundir, el amor a sí mismo con el amor a ser sí mismo. El primero constituye el amor propio, o mejor dicho, el egoísmo; el segundo constituye para Ortega el proyecto vital; para nosotros, la vocación. Así, pues, el objeto formal del proyecto de vida es la realización de nuestra mismidad. La mismidad es un valor, y como tal valor tiene una realidad objetiva (VI-32, VI-329), pero además, y por ser el valor radical, nos constituye en lo que somos. De aquí el carácter ambivalente, a la

vez interior y exterior, constituyente y normativo, con que aparece ante nosotros el proyecto vital. Añadiremos que el sujeto del proyecto vital es nuestro verdadero protagonista. Este sujeto encargado de protagonizar ante nosotros nuestra mismidad no es el sí mismo, sino la persona. Como dice Guardini: “percibir esta llamada —la llamada del Destino o el proyecto vital— es el privilegio más propio del hombre. Tan sólo puede percibirlo en tanto que persona, pues sólo en tanto que persona se puede el hombre someter a esta llamada y satisfacerla, pero también hurtarse a ella y renunciar sus posibilidades. Claro es que entonces —en la medida en que depende de él— ha perdido la apuesta que el hombre es en el mundo” (“Liberté, grâce et destinée”, pág. 171). Añadiremos de pasada que lo que nosotros llamamos la *personalidad* es justamente esta dimensión objetivada, normativa y constituyente de nuestro ser, que Ortega considera el proyecto vital. En resumen, el proyecto vital orteguiano es *el ser cuya misma realidad considerada como tal realidad es normativa*.

Cuando se llega a esta actitud vital, aunque no lo sepamos, estamos ante Dios, o mejor dicho, Dios es nuestro horizonte. Muy cerca andamos de la religión pisando este terreno. Por lo pronto, muy cerca estamos del Destino, tal como fué vivido por los griegos. Sabíamos, porque nos había sido dicho por Ortega, que el proyecto vital y el destino eran equivalentes. Pero ahora hemos llegado a una conclusión inesperada. La tragedia griega gira en torno a la idea de armonizar en la vida del hombre la libertad y la necesidad, y esta idea constituye la medula de la teoría del proyecto vital. La diferencia existente entre ellos estriba en que el sentimiento de responsabilidad que en el Destino es inherente al plano religioso, en el proyecto de vida es inherente al plano de la autenticidad vital, de la tendencia a ser sí mismo propia del hombre. Pero téngase en cuenta que aún esta diferencia se atenúa porque en la responsabilidad que se deduce del cumplimiento o incumplimiento del destino, el plano religioso es lo primario, pero este sentimiento se funda sobre el plano de la autenticidad vital, mientras que en la doctrina del proyecto vital lo primario es el plano de la autenticidad vital; pero la naturaleza del sentimiento donde se funda es inequívocamente religiosa. La conclusión es interesante. Ya veremos hacia dónde nos lleva.

El concepto de “necesidad” no es un concepto unívoco. Dentro del campo de la historia tiene un valor; dentro del campo de las ciencias, otro. La filosofía, como ciencia presunta, ha utilizado generalmente su sentido científico, y esta utilización ha perturbado, y aún sigue perturbando, el esclarecimiento de la noción de la libertad. Pero nosotros no hacemos ciencia, ni nada parecido, por lo cual he-

mos querido renunciar a esta palabra en nuestro comentario. Es bien sabido que los términos necesidad y libertad suelen considerarse como excluyentes, y se definen, para aumentar la confusión, el uno por el otro: libre es el acto que no es necesario, y necesario el que no es libre. No deja de ser curioso advertir que los tópicos sobre la libertad son los únicos tópicos que nos dan la impresión de no haber sido nunca verdaderos. De atrás le viene el pico al garbanzo. Este no es menos tópico ni menos falso que los demás, pues la elección implica siempre un cierto tipo de necesidad y en nombre suyo nos decidimos a tomarla. Si yo deseo fumar, es natural que sienta la necesidad de comprarme tabaco, lo cual no quiere decir, ¡ni mucho menos!, que el acto de comprarlo deje de ser un acto libre. Pues bien, uno de los méritos de Ortega estriba en haber roto el encadenamiento de esta tradición. Su teoría de la libertad es sumamente interesante, dramática, original y constructiva. Sirve para vivir. Recordemos de nuevo unas palabras suyas: "La libertad adquiere su propio carácter cuando se es libre frente a algo necesario: es la capacidad de no aceptar una necesidad." La frase, poética y afortunada, descubre un mundo nuevo. Su sencillez tiene calado, tiene hondura real. Conviene analizarla. Si la libertad sólo se constituye como libertad frente a lo necesario, pudiera deducirse de la expresión de Ortega que ante los actos que no son necesarios la libertad queda en suspenso, o si se quiere, en vacaciones. Ahora bien, Ortega ha repetido hasta la saciedad que el hombre es libre, constitutivamente libre, forzosamente libre, y, por tanto, que no podemos despojarnos de nuestra libertad. La situación vital no cambia, naturalmente, la estructura de nuestro ser. La libertad no puede suspenderse, y todos nuestros actos la ejercitan o la renuncian. Será preciso, pues, buscar otra interpretación de sus palabras más acorde con su doctrina. Podría pensarse, sin incurrir en determinismo, sino en vitalismo, que no hay actos indiferentes. Todos los actos que realizamos son más o menos necesarios, más o menos instantes, más o menos queridos, y, por tanto, en todos ellos verificamos nuestra libertad en su sentido pleno. Esta interpretación, que sería lógica y congruente, tampoco agota, para nosotros al menos, el contenido de la expresión que comentamos. Creo más profunda y radical la posición de Ortega, y en ella se establece la verdadera relación entre la libertad y el proyecto vital. Ortega nos ha dicho, con muy profundo acierto, que solamente frente a lo necesario se constituye la libertad como tal libertad. Ahora bien, en modo alguno sería correcto suponer que esta necesidad estriba en el carácter necesario de las acciones que realizamos. La libertad es el supuesto de estas acciones, y la necesidad de que habla Ortega es el supuesto de la li-

bertad. Así, pues, tampoco esta interpretación resuelve nada y hay que acudir a otro remedio. Si la libertad es un constitutivo de nuestro ser, la necesidad que constituye su supuesto, según Ortega, debe buscarse en el plano ontológico. Esta necesidad no es otra cosa sino el carácter necesario de la realización de nuestro ser, que ponemos en juego en todos nuestros actos. Tal debe ser la posición de Ortega. Recordemos: “Somos nuestro Destino, somos proyecto irremediable de una cierta existencia. En cada instante de la vida notamos si su realidad (la realidad de nuestra vida) coincide o no con nuestro proyecto, y todo lo que hacemos lo hacemos para darle cumplimiento” (IV-77). Todas nuestras acciones se deben ajustar a la *necesidad* del cumplimiento del proyecto vital. A esta necesidad alude Ortega, de manera indudable, en las palabras que comentábamos, y su lección es la siguiente: nadie es libre sino ante la necesidad de ser sí mismo. Esta necesidad de ser el ser que somos es para Ortega el fundamento de nuestra libertad.

Pero aún queda un aspecto importante de la cuestión por resolver. Responde a esta pregunta: ¿qué es lo que entiende Ortega por “necesario”, o, si se quiere, por necesidad? La definición aristotélica y tradicional considera lo necesario como aquello en virtud de lo cual es imposible que algo sea de un modo distinto de como es. Ortega, en cambio, nos ha dicho que somos libres por la capacidad de no aceptar una necesidad. En el primer caso, la necesidad tiene cara de hereje, y constituye lo que no puede evitarse, ni modificarse, lo que no puede ser de otra manera que como es. En el segundo, lo necesario puede evitarse y modificarse por la acción de la libertad. La diferencia entre una y otra lección es desconcertante. Tratemos de aclarar en qué se funda la posición de Ortega. Vayamos a sus textos: “Hay muy diversas formas de necesidad, de menesterosidad. Si alguien me obliga inexorablemente a hacer algo, yo lo haré necesariamente, y, sin embargo, la necesidad de este hacer mío no es mía, no ha surgido en mí, sino que me es impuesta desde fuera. Yo siento, por ejemplo, la necesidad de pasear, y esta necesidad es mía, brota en mí —lo cual no quiere decir que sea un capricho, ni un gusto—, no, a fuer de necesidad, tiene un carácter de imposición y no se origina en mi albedrío, pero me es impuesta desde dentro de mi ser; la siento, en efecto, como necesidad *mía*. Mas cuando al salir yo de paseo el guardia de la circulación me obliga a seguir una cierta ruta, me encuentro con otra necesidad, pero que ya no es mía, sino que me viene impuesta del exterior, y ante ella lo más que puedo hacer es convencerme por reflexión de sus ventajas, y en vista de ello aceptarla. Pero aceptar una necesidad, reconocerla, no es sentirla —sentirla inmediatamente como

una necesidad mía—, es más bien una necesidad de las cosas, que de ellas me llega forastera, extraña a mí. La llamaremos necesidad mediata frente a la inmediata, a la que siento, en efecto, como tal necesidad, nacida en mí, con sus raíces en mí, indígena, autóctona y auténtica” (IV-546-547).

Distingue Ortega claramente entre dos tipos de necesidades. La necesidad mediata y la necesidad inmediata. La necesidad mediata es aquella que me viene impuesta desde fuera de mí. A ella podrían pertenecer las leyes naturales, el mundo histórico social, las limitaciones físicas, biológicas, psíquicas y espirituales del existente humano; las diferentes y siempre renovadas formas de violencia y coacción; las consecuencias imprevisibles y azarosas de mi conducta, y tantas otras que aquí y ahora no nos atañen. Pasaremos a la necesidad que llama Ortega inmediata, indígena, autóctona y auténtica, mas no sin apuntar la influencia deformadora que tendrá sobre nosotros la aceptación de la necesidad mediata y exterior como necesidad inmediata y personal. “Ahora bien —dice Ortega—, cuando el hombre se ve obligado a aceptar una necesidad externa, mediata, se encuentra en una situación equívoca, bivalente; porque equivale a que se le invitase a hacer suya —esto significa aceptar— una necesidad que no es suya. Tiene, quiera o no, que comportarse *como* si fuese suya; se le invita, pues, a una ficción, a una falsedad. Y aunque el hombre ponga toda su buena voluntad para lograr sentirla como suya, no está dicho que lo logre, no es ni siquiera probable” (IV-547). La aceptación de la necesidad mediata supone, pues, en cierto modo, una falsificación. Más adelante volveremos sobre ello.

¿Cuáles son las características de la necesidad inmediata? Recordemos que Ortega cita tres (IV-547); debe tener carácter de imposición y forzosidad; no se origina en mi albedrío; me viene impuesta desde dentro de mi ser y por esta razón la siento como *mía*. Las pasiones, las apetencias, las costumbres y las tendencias instintivas cumplen con estos requisitos, y constituyen, por consiguiente, el primer estadio de la necesidad inmediata para Ortega. La libertad del hombre se constituye como tal libertad por la capacidad de renunciar a satisfacerlas, y en este caso, estrictamente, “la libertad humana, como dice Ortega, consiste en el abandono de una cadena” (II-676). No dejaremos de señalar, para aquel que le importe, el carácter ascético de esta actitud. Sin embargo, más importante para nosotros es el segundo estadio donde se ligan indisolublemente lo necesario y el proyecto vital. Describiremos esquemáticamente este proceso. La mismidad es nuestro ser cumplido. La mismidad es el logro y, aun si se quiere, el “texto” del proyecto vital. Todos aquellos actos que

favorecen la realización del proyecto vital pasan a ser considerados no sólo como deseables, sino también como ineludibles, y constituyen el "tejido" de nuestro "imperativo existencial". Ahora bien, el imperativo existencial lo es, justamente, por el carácter necesario, normativo, constituyente y fundador con que aparece ante nosotros. Así, pues, si en el plano de la necesidad mediata y exterior lo necesario es lo que se nos opondrá, en el plano de la necesidad inmediata y personal, lo necesario es lo que nos funda. Todo ha cambiado, y la necesidad deja de ser adversativa y dirimente. En última instancia, lo que sentimos como más radicalmente necesario es realizar nuestro ser mismo; esto es, nuestro proyecto o programa vital.

De aquí proviene el carácter dramático y agónico del ejercicio de la libertad, según Ortega:

*Sólo es servir, servir sin ser premiado;
cerca está de grosero el venturoso;
seguir el bien a todos es forzoso:
yo sólo sigo el mal sin ser forzado,*

decía Villamediana, con la voz empañada de gravedad. Decidir la elección que nos parece conveniente, seguir el bien que nos atrae, tratar de conseguir lo que consideramos necesario o imprescindible, es la ley general de la vida, y, por tanto, no revela, no pone al descubierto lo más valioso, singular y desesperado que hay en la libertad. Los animales siguen también su propia ley, pero no pueden renunciarla. Sólo el hombre la puede renunciar, y esta es la prueba donde se nos revela el hondón entrañable de nuestra libertad. Porque soy libre puedo tener hambre y no satisfacerla. Porque soy libre puedo querer a Elisa y casarme con Juana. Porque soy libre puedo renunciar a verificarme como el hombre que soy y enterrarme en el muladar del capricho y la dispersión. La libertad es la aptitud del ser del hombre que le permite realizar su mismidad o renunciar a ella. Este poder de renunciar a sí mismo, de renunciar a aquello que constituye nuestra necesidad más honda y envolvente, separa al hombre del resto de los seres creados, y le da ser y nombre a nuestra libertad. Somos libres contra nosotros mismos. Porque soy hombre "no hago lo que quiero, lo que no quiero hago", decía San Pablo. Este es el privilegio por el cual conocemos la altura justa de nuestra libertad.

Aquí debiera terminar esta exposición, que ha sido larga y demasiada. Sólo quisiera añadir unas palabras que, aunque parezcan desmedidas, reflejaran sincera y llanamente mi impresión personal. No sé si habré logrado transmitirla al lector, pero el que tenga "proximidad" con Ortega la habrá sentido alguna vez. Si comparamos la impre-

sión de lectura que nos produce la exposición del proyecto vital en Ortega y Sartre, observaremos entre otras muchas diferencias una que es evidente. Sartre se acerca al tema de la libertad del mismo modo —atildado y preciso— que a los restantes temas que componen su obra. Da la impresión, imposible y plausible, de que la libertad en el momento en que se escribe sobre ella no es más que un tema intelectual. En el caso de Ortega la impresión es distinta. No trata la materia de manera ordenada, y cuando toca el tema lo hace con violencia, sin la morosa delectación acumulativa que es tan característica de su estilo; antes por el contrario, escribiendo por ráfagas, con pasión, y repitiendo frases afortunadas con un sentido casi ritual. Tal vez sea inútil intentar describir esta impresión. Lo que quiero decir es que Ortega se sitúa frente al tema de la libertad de distinta manera que ante otro cualquier tema. Escritor tan minucioso y claro deja entrever en sus cortes y enlaces expresivos un trasluz de misterio, y en sus cortes y enlaces de ideas un temor paralizante, numérico y respetuoso. El mismo lo advertía: “El programa extranatural que afirmamos ser el hombre suena a algo místico e inconcretable” (V-342). Pone el dedo en la llaga. Para mí, al menos, el sentimiento que se transmite en estas páginas es de origen sacral.

Luis Rosales.
Altamirano, 34.
MADRID

TIEMPO DE HOMBRE

POR

CARLOS SANDER

ALGUNA VEZ

*ALGUNA VEZ les explicaré el porqué
de mi tristeza helada, renegrida.
De la que viene en olas de silencio
y habla un idioma decorado en astros.*

*Alguna vez con voz de campanario,
con actitud de sembrador de mieles,
les diré mis fantasmas prisioneros,
que viven en un círculo escarlata.*

*Alguna vez sin esperar los signos,
ni promediar embrujos o sonidos,
o sentir los empujes de las dudas,
les contaré mi Invierno sin Verano.*

*Ahora sólo desparramo al viento
y a la noche que tiene mis dolores,
estas frases sin sombra, estas ideas
que salen a buscar su casa inmóvil.*

*Nacemos con el canto en las rodillas.
somos la queja de los siglos muertos.
Creemos que el amor nos aprisiona,
y de improviso huímos de nosotros.*

*Hoy, por ejemplo, yo quisiera hablar
de cosas fijas y minutos tibios.
De la madre y la hermana. Del arrullo
de los ajenos pájaros azules.
Del sollozo del niño o del beso
que la amada lejana no nos dió.*

*En esta noche yo quisiera hablarles
de mis años difusos y mis alas,*

*de todo lo soñado allá en la infancia
y que fué destruído extrañamente.*

*Pero medito, digo parábolas febriles
y no me sale el canto como quiero.
Enhebro mi inquietud, lanzo la aguja
del ensueño tardío y no consigo
descifrar esta angustia sin murallas.*

*Alguna vez en tiernos silabarios
cantaré mi ternura suprimida,
nivelaré los días y las noches
que llegan y se marchan cautamente.*

*Ahora simplemente marchó,
sin rumbo por la tierra, casi inerte.
Dejo que junto al alba los obreros
y las mujeres y los perros tristes,
contemplan mis pupilas somnolientas
y crean en mis viajes prodigiosos
y pretendan descifrar mi rostro
que tiene un mapa de preguntas verdes.*

*Así de engaño en fecha, de surco en noche,
llegaré al gran surco de la niebla.
Una mano grisácea y una voz de infinito
me besará los élitros que desean dormir.*

TERRITORIO Y ORIGEN

*COMO SI LAS palabras arrastraran
un corazón con polen derramado.
Como si fueran párpados volantes
que protegieran un rumor metálico.
Como si las palabras fueran labios
yo les oigo su vuelo casi inerte
y les veo sus vientres desolados.*

*Como si el aire se posara tibio
en cabellos noctámbulos y ebrios.
En rostros desgastados por el tiempo*

*o en oraciones puras y vedadas.
Yo dejo que golpee mis ventanas
con su mano enguantada de corales.*

*Como si los sollozos conocieran
el origen del llanto de la luna.
Cual si una mano aromada a mar
aquietara el espanto de los faros.
Yo los recibo como a un peregrino
que sufriera una lanza en su costado.*

*Yo sé que todo pertenece a Ella;
yo sé que todo parte de sus costas.
Las palabras, el aire y los sollozos
vienen en triángulo, desde su morada,
galopan en las hojas y en las cuencas
de sus baldíos sueños derrotados.
Hablo de Ella desde la distancia,
junto a su ausencia ágil y delgada.*

*Puedo decir como leyendo un salmo:
Ella viene de frases forestales,
de palabras crecidas en un vuelo
que no pudo llegar a la esperanza.*

*Y puedo susurrar muy lentamente:
el aire de la montaña azul,
de la llanura donde los trigales
miran medrosamente hacia los ríos.
Tiene algo de Ella y de su grito,
algo de sus misterios abismantes.*

*Tiene su triste andar, su transparencia.
Vaga por la mañana como vagan
las mujeres que van hacia el mercado,
envueltas en su pan, lechoso y suave.*

*Y puedo musitar muy levemente:
los sollozos nacieron de su cuerpo,
de sus marfiles suaves y cerrados.
Tienen la latitud de sus miradas,
son titilantes como miel celeste,*

*y llevan en sus sienes temblorosas
pámpanos rubios con sabor de estrellas.*

*En sus palabras hay suprema angustia.
En el aire tremolan sus hechizos.
En sus sollozos, Cristo se sonríe.*

ELLA SUPO TOCAR

*EN FORMA AÉREA ella supo tocar
la levedad de mi tristeza herida.
Hubo un puñal urgente e invisible
con luna inmóvil y con tierra frágil,
con agua derramada que en desiertos
buscaban ojos de tortura y sed.*

*Yo les quiero decir. Yo les voy a contar:
uno va por la vida descifrando cruces
y de improviso de un sepulcro antiguo,
sale una alondra de plumajes rojos.*

*Esto no pasa siempre. Solamente sucede
cuando Dios nos contempla con ojos otoñales
o cuando alguna virgen con labios de camelia,
enhebra una canción bucólica y ardiente.*

*Ella supo tocar con mano tibia,
con voces extraídas de su caos,
el alma que buscaba negros signos
y el cuerpo que ahondaba surcos leves.*

*Ahora camino solitario como siempre
junto a un Otoño amarillo y frío.
Me llega un rumor de oro desde el bosque;
el viento teje hilos esotéricos
en unos pensamientos vegetales.*

*Yo quiero que me escuchen. Yo deseo
que se coloquen en la pena angosta
que a veces nos tortura con su órbita
y nos devora la sonrisa plena.*

*Ella supo tocar mis pies inmóviles
que estaban claveteados al subsuelo
y sentían raíces que alargadas
amaban la humedad de los insectos.*

*Yo no quiero preguntas. No me digan
que esto es extraño en un tiempo extraño.*

*No quieran conocer su efigie alada,
ni su cabello de arrebol herido,
ni sus manos, que en prisas hurgadoras
iban hacia los senos del sollozo.*

*Ella existió. Yo sé que nunca, nunca
sus ojos y mis ojos se hallarán.
Sé que en un valle alargado y glauco,
junto a una gruta de sonidos lentos
o tal vez en un río con nenúfares,
yo encontraré su cuerpo deshojado.*

*Hablo hoy desde un sitial marchito.
Digo palabras que me suenan ásperas.
Miro hacia mi silencio conturbado
y soy sangrante pétalo que gime.*

*Ella supo tocar con levedad mis lloros.
Supo decirme con palabras mudas
todo lo alucinante y lo macabro
que duerme en las almas torturadas.*

*Yo estoy muy lejos. Ella está en sus naves.
Yo cruzo mapas con ignotos mundos.
Ella me traza su dolor maldito
junto a mis signos de poeta altivo.*

*Somos incoherencia. El hombre y la mujer
vienen hacia la tierra para amar
una semilla con sollozos tardos.*

*Somos temblores de un temblor lejano;
nos creemos los dueños de los júbilos*

*y frente a Dios que reina en el Otoño,
somos apenas un pedazo de alma.*

HISTORIA DE TERNURA

*MI MADRE era,
como todas las madres de la tierra.
Sencilla en sus aguas cotidianas,
bella como una aurora campesina,
buena como oración delgada y pura.*

*Ella vino a la vida simplemente
y la cruzó con pasos religiosos.
Toda su adolescencia fué tal vez
como un salmo romántico.*

*Y el amor llegó a ella en una tarde
en que cien mariposas la seguían.
Sintió en su corazón las rojas flechas
y el beso tuvo un eco suave y tórrido.*

*Mi madre era,
espiga airosa cuyo pan blanqueaba
las sombras más espesas de la tierra.
Tenía algo de fuente en su sonrisa,
un mucho de rosal que sin espinas,
protegía la lumbre de sus hijos.*

*Cuando hablaba del odio, de la guerra
y cuando analizaba lo que es triste.
Yo sabía que todo se tornaba
en mieles con abejas conventuales.*

*Yo no digo,
que ella fuera más madre
que las que miran a sus hijos dulces
con ojos protectores.*

*Pero ella,
era una letra fina y volandera
que buscaba un perdido abecedario.*

*Que creía en sonidos vesperales,
en aguas tormentosas, nocturnales
y en templos con un Dios con faz de niño.*

*Mi madre era,
una fontana donde yo escribía
mis ensueños de hombre flagelado.
Era el racimo cosechado tibio
por Cristo, hombre sufriente y castigado.*

*Hermanos de la tierra:
mi madre se durmió en una mañana
con mediodía huérfano y poeta.
Mi madre se marchó cuando los niños
construían sus lápices azules
en adjetivos todos transparentes.*

*Ella estaba yacente en su horizonte,
como escuchando sus campanas mudas.
De su mirada friamente angosta
venía una soledad inesperada.*

*Hablo casi llorante,
de su efigie de lirio trashumante.
Alzo mi voz al lado del invierno
y siento su ternura.*

*Yo digo, hermanos,
que las madres ascienden lentamente
no hacia un cielo ficticio,
con angelones blancos de alas leves,
sino a una gruta ancha de murmullos,
con cisnes de alas verdes,
con ovejas de vellón de cielo
y con madres que tejen incansables,
ropas para sus hijos terrenales.*

*Mi madre era,
una canción surgida de los bosques
de un pensamiento ágil y noctámbulo.
Vino hacia la tierra y sus hechizos
lograron aplacar toda tormenta.*

*Cuando yo la miraba,
sentía una dulzura en el trasfondo
de mis ríos inciertos y fatídicos.*

*Cuando la oía hablar
comprendía la música del tiempo
y ante la cítara de su pensamiento
mis poemas vestían blancas túnicas.*

*Mi madre y yo,
sabíamos secretos que venían
de llorantes esfinges de salmuera.
En sus silencios yo leía un libro
con páginas de estambres melancólicos.
Y en mis otoños fríos protegía
con sus manos, mis débiles temblores.*

*Ella y yo,
éramos dos cielos y dos tierras.
Ahora ella es tierra con un cielo,
prendido de mi tierra de hijo errante.*

TIEMPO DE HOMBRE

*Una suave epidermis tapizó el ancho océano
cubriendo las quimeras de los peces.
Hubo un límite de alas en la tarde
y el sollozo pidió luz y salmuera.
Una sed existía en las grises arenas
y los años buscaban sus gélidos horarios.
Las místicas palabras salieron al encuentro
de mis ecos que huían de sus formas terrestres.
Sus lamentos, transparentes y estoicos
me cubrieron con túnicas de humo y madreelvas.
Giraron los crepúsculos en huellas azuladas
y me trajeron rumbos extraviados.*

*Aquí estaba mi infancia con sus cánticos
y su quietud caliente en lumbre suave.
Vino la noche con sus negros barcos,
con su tinta brumosa y cavernaria.*

*Ante los ojos de los astros quietos
pasó mi adolescencia soñadora.
Ella marchaba en sus faroles rubios
con las princesas de la melancolía,
iba con el amor ardiente y tembloroso
y prendía los vientos en el alma dormida.*

*Y en el silencio de la playa inmóvil,
cerca del caracol y de las rocas,
tocando la resaca murmurante,
pasó mi edad madura de hombre herido.
Contemplé entonces mi figura mítica,
mis ojos con sus lagos de agua vieja,
mis manos que arañaron rojas gredas
donde el cardo misántropo se alzaba.*

*Mis surcos interiores eran tímidos,
por sus vientres marchaban los esteros
buscando la presencia de los bosques.
Era mi edad madura, mi tiempo, mi semblanza,
la cercana heredad en donde el beso
hervía su cálida estatura y plegaba
sus inmóviles ídolos, sin cuerpos ondulantes.
Era mi edad de hombre y era plácido
sentir la nieve lenta, gemela del olvido.*

*Hoy camino, simplemente transcurro,
voy a climas remotos que rematan su luna,
suavemente enfilo hacia el enigma
y recibo el azote de minutos gigantes
y la muda respuesta de las cosas pequeñas.
Camino en la terrible edad, soy un náufrago
que comprende y que lucha, que contempla
y perdona el grito estrangulado y negro,
que sabe conversar con los pájaros del alba
y escucha las pisadas de los breves insectos.*

*Hoy comprendo la forma de la rosa
y puedo descifrar las lívidas leyendas.
Hoy camino, navego simplemente en mi bajel
y dejo que las marcas se escurran lentamente*

*sin dejar en mis manos sus espumas.
Estoy alto y hierático en la madura edad,
gritando los misterios y esperando tranquilo
todas las tempestades de mi edad de varón.*

Carlos Sander.
Embajada de Chile.
MADRID

VISIONES DE GIACOMETTI

POR

RICARDO GULLÓN

I

Alberto Giacometti nació en Stampa, cantón de los Grisones (Suiza), el año 1901. Hijo de pintor, empezó a pintar desde niño, y muy joven (1914-1915) a trabajar en la escultura; estudió en la Escuela de Artes y Oficios de Ginebra; en 1921-1922 vivió en Italia (Venecia, Roma), y desde 1922, en París, trabajando algún tiempo en el taller de Bourdelle. Según Alfred H. Barr (en *Fantastic Art, Dada, Surrealism*, de donde tomo la mayoría de los datos transcritos), en 1930 se unió al surrealismo, pero hasta 1933 no participó en las exposiciones del grupo, haciéndolo entonces en las de Galerie Pierre Colle y los Superindependientes, y al año siguiente en las de Zurich y nueva York.

El paso de Giacometti por el surrealismo supone para su obra un ciclo de experiencias interesantes: sobre poner en juego sus capacidades para lograr esculturas "automáticas", de acuerdo con los principios de la escuela, fué el primero en construir un objeto de funcionamiento simbólico (idea que no tardó en hacer suya el aprovechado Salvador Dalí, compuesto por una escultura de partes móviles que al tocarse producían en el espectador "una emoción violenta e indefinible, desde luego relacionada con deseos sexuales inconscientes", según afirma Maurice Nadeau en su *Historia del surrealismo*).

En 1938, cuando marchaba por la acera de una calle parisina, le atropelló un automóvil y le aplastó el pie derecho. Giacometti se resignó pacientemente al largo período de inmovilidad forzosa a que hubo de someterse en el hospital; como secuela del accidente le quedó una cojera, aceptada con estoicismo y casi —si hemos de creer a Jean Genêt— con alegría.

Hacia esa época su obra cambia. La presencia de lo real se hace obsesiva; no se resigna a la mera invención de objetos. Por otra parte, siente necesidad de aprehender el movimiento, ese elemento todavía no incorporado a su escultura. Y la urgencia de asimilar lo real equivalía a la de comunicar —dicho en sus propias palabras— "la sensación provocada por su existencia".

El mundo exterior le incita, pero desde dentro; desde una ima-

gen en que se acumulan, junto a materiales llegados a la mente por aprehensión sensorial, datos inmersos en ella, sedimento extraño y difícilmente definible, compuesto por varios estratos de estímulo que llamare subconscientes (aunque en rigor no todos lo sean), pues, con mayor o menor intensidad, y de manera más o menos identificable y clara, según su hondura, apremian a la inteligencia del artista para que éste les dé forma y expresión en la obra.

Tales apremios impelieron a Giacometti a buscar en nuevas direcciones, a intentar una síntesis original que los reflejara cabalmente, y el intento le llevó al punto en donde deseo encontrarle, porque me parece el más personal y característico suyo: aquel en que consiguió crear un mundo de formas marcado, en cada centímetro de materia, por la huella de su talento visionario.

2

Una mañana, hace algún tiempo, visitando las salas de un Museo en donde se exponía abundante selección de la obra de Alberto Giacometti, comprobé de pronto que las figuras creadas por el artista, lejos de frágiles, como a primera vista parecían, tenían la impresionante solidez del puro nervio adiestrado en realizar los movimientos más adecuados para su desarrollo.

Por eso, naturalmente, las pequeñas esculturas ejercitábanse en un dinamismo congénito. Su ser era dinámico, y no sólo su actitud. Marchaban de un punto a otro, aisladas o, con más frecuencia, en grupos, y no cabía imaginarlas estáticas, pues la ley de su creación les imponía el movimiento para expresar mejor y con cabal exactitud la oscura condición de quienes, al contemplarlas, podían reconocer su destino en la imagen propuesta a su curiosidad.

Pues —se preguntaba el espectador—, ¿acaso este hombrecillo que alargando el paso pretende señorear el espacio en torno suyo no es mi prójimo, no soy yo mismo, apresurándome vanamente por recorrer el vacío que me rodea para llegar a zonas cuya tiniebla al mismo tiempo atemoriza y atrae? El bulto avanzaba impávido hacia la frontera de su mundo, y el espectador advertía la imposibilidad de detener una marcha carente de sentido (o con sentido indescifrable a sus ojos), pero experimentaba la necesidad de intentar, siquiera a sabiendas del fracaso, una superación de las limitaciones en que la naturaleza le encerraba.

Ambigüedad inevitable de cuanto pretende ser verdadero, conforme a la esencia de lo natural y lo real. Seguramente algún foliculario habrá tachado la escultura de Giacometti de irrealista, deshumaniza-

da y otras lindezas. Dejemos a los imbéciles el derecho al pataleo y subrayemos la vinculación profunda entre la realidad y esta obra que, siendo invención libre de objetos con existencia y ser autónomos, resulta identificada con los estratos más entrañables de lo humano.

Como que Giacometti ofrece una versión personal de la aventura humana. El reducido tamaño de sus figuras permite notar lo que es el mundo a la escala de la realidad real, no del realismo académico, y la pequeñez del conjunto es lección suficiente para quien sea capaz de entenderla. Si el espectador se sintiera inclinado a creerse, un instante, algo así como un dios de bolsillo, dominador del orbe minúsculo brindado a su curiosidad, la reflexión no tardará en obligarle a reconocerlo como traducción del suyo, imponiéndole el reconocimiento de su propia insignificancia.

Esta constatación no favorecerá las convencionales alharacas en que suele complacerse el contemplador tradicional de las obras de arte, pues Giacometti le obliga a enfrentarse con la verdad última de su ser, sin darle tiempo a cubrirla con colorido y retóricas de almanaque. Probablemente estas esculturas nacieron de un impulso desesperado, pero la desesperación inicial fué superada (creo yo) por la plenitud de la invención. Pues cuando el escultor encontró el lenguaje plástico conveniente para expresar sus intuiciones, aunque estas fueran desesperadas, tal adecuación bastó para templarlas, para alterar su sustancia poniendo en ella algo que le daba otro sentido y rectificaba de alguna manera su significación.

3

No sé de escultor más atenido a lo puramente humano. Si las figuras de Giacometti aparecen desencarnadas, es porque le pareció que el espíritu queda mejor representado en el barro o en el mineral cuando estos no pretenden el engaño a los ojos, sino que declaran su carácter de materia bruta, de materia inicial sobre y en la cual se sustenta el edificio de vibraciones y sensaciones que es el hombre. Giacometti quizá desespera de la situación y hasta, si se quiere, de *los* hombres, pero confía en *el* hombre, en cierta posibilidad de realizarse que todavía, por causa de "las circunstancias", no se llevó a cabo.

Alain afirmó que el hombre escultor es metafísico, en tanto el pintor es psicólogo. El ejemplo de Giacometti confirma este dictamen, pues a través de las figurillas desencarnadas habitantes de su mundo, no intenta una investigación ni una mostración, *en* o *de* individualidades concretas, pero aspira a exponer la agonía peculiar de la vida humana, el conflicto permanente entre el hombre y el medio.

Mientras escultores como Maillol o Julio González, al empeñarse en idealizar lo real, acaso contradicen con su obra la afirmación de Alain, el propósito de Giacometti concuerda con ella, pues exponer plásticamente la angustia derivada del conflicto a que me refiero exige revelar el sentimiento producido por él; sentimiento no individual, sino general, no ocasionado *por* o *en* accidentes concretos, sino nacido con el hombre, fatalidad de su destino y, por tanto, correspondiente a su esencia, que así pasa a ser expresada en la escultura.

Y tal es la razón del patético dramatismo de las invenciones de Giacometti, radicalmente distintas de cuantas tentativas renovadoras pretenden, desde el fin de siglo acá, ensanchar el ámbito de la escultura. El escultor, como el poeta, debe expresar una intuición, y para lograrlo adecuadamente no se contenta con dar forma a los volúmenes, sino aspira a que las relaciones entre ellos y el espacio en donde figuran iluminen el contexto en que aquélla se produjo. El horizonte emocional e ideológico, desde el cual surge la intuición, es aclarado por la obra resultante de ella; las formas logradas son los equivalentes plásticos de las ideas, o, como dijo nuestro Angel Ferrant, expresando lo mismo de otra manera: "en el mundo plástico las ideas son formas". (El escultor discurre con las manos.)

Analícemos ahora, más de cerca, las figuras de Giacometti. Hallamos una delgada línea de materia, llena de rugosidades, de asperezas; cuerpos de extremada delgadez que, sin embargo, no producen impresión de fragilidad; torsos o cabezas cuyos rasgos están sólo apuntados, sugeridos por el hábil modelado, pero no necesitan añadimiento alguno. Curiosa paradoja: los objetos parecen hallarse en período de formación, en trance de crecimiento hacia formas definitivas, pero, tal como se presentan, tienen tanta fuerza, tanta aptitud para la revelación, que demuestran, sin dejar lugar a dudas, lo innecesario de cualquier retoque complementario.

Por eso el mundo de Giacometti parece recién salido de las manos de su creador y en disponibilidad para progresar por sí solo. Es un espejismo: tal disponibilidad no existe; los objetos surgen en el estadio más adecuado para mostrar la verdad del hombre, y basta ver una obra como Plaza de la Ciudad (Museo de Arte Moderno, Nueva York), con sus cinco figurillas transeúntes, para advertir lo innecesario de cualquier "acabado" que, so pretexto de hacerlas más "reales", les quitara su impresionante, su casi mágica verdad.

Jean Paul Sartre dijo que las esculturas de Giacometti eran las únicas en conservar "la inaudita gracia de parecer perezosas". La observación es cierta, mas convendría aclarar si esa caducidad no se deduce de su forma, sino de la condición que en esa forma se revela. Pa-

recerán pereceras por su semejanza con el hombre que las modeló y por cómo responden a la entrañable percepción de lo esencial suyo y mío y tuyo en general.

Por los años en que este artista iniciaba sus trabajos se esforzaban los cubistas en lograr objetos multifacéticos; mejor dicho, en presentar simultáneamente todos los aspectos del objeto. Comenzaron por analizar los componentes de éste, para reincorporarlos a la obra de arte, tras un estudio metódico y objetivo de sus valores. Escultores como Laurens siguieron, en esta tentativa, las directrices de Picasso, Braque y Juan Gris (el primero mucho menos sistemático que los otros), y, cualquiera sea la calidad y la belleza de sus obras, tienen, salvo excepción, aspecto de construcciones.

En Giacometti, por el contrario, no hay análisis del objeto ni, por consiguiente, construcción ulterior. Su escultura nace de una visión intensa y compleja de la realidad total operante alrededor suyo, y no puede ser descompuesta porque la imaginación la concibió como totalidad indivisible y viviente. Es un visionario de la mejor especie; un visionario acosado por sus visiones y obligado por ellas a recrearlas con fidelidad y con los pormenores que las hacen significativas.

Incluirle entre los de confesión surrealista se me antoja inútil y hasta equívoco. Pues si las formas obedecen en su obra a estímulos visionarios, tales visiones fueron a su vez suscitadas por una apreciación de la realidad, que no por declararse subjetiva (y ésta es otra diferencia con los cubistas) dejaba de ser apasionadamente lúcida y racional. Es preferible, por tanto, dejar a Giacometti en su necesaria soledad, sin meterle, tirándole por los cabellos, en alguna de las tendencias en que suele agruparse a los escultores contemporáneos.

4

En los últimos cincuenta años la escultura se esforzó por alejarse del modelo y acercarse a la realidad, que se le ofrecía como inagotable serie de esculturas realizadas en el árbol, en la roca, en los caprichos de la materia entregada a sí misma o al juego excelso del crecimiento. Angel Ferrant lo demostró, hace veinticinco años, montando sobre pequeños tacos de madera una raíz, una concha... La escultura se convertía, por un lado, en humilde tarea artesana, en observancia fiel de lo existente para aprender y seguir sus leyes; pero, al mismo tiempo, y sin contradicción alguna con esta exigencia, como la otra regla del juego, liberaba a la imaginación, para que una vez aprendidas las leyes de formación de los objetos compitiera con la naturaleza en su tarea creadora, sintiéndose, a lo Balzac, y más elevadamente aún, no

ya dispuesta a competir con el Registro Civil, sino con la mano derecha del Hacedor.

El año pasado, la exposición de escultocerámicas de Juan Miró y José Lloréns Artigas me enseñó la riqueza de posibilidades contenida en esa competencia entablada entre artistas y naturaleza; pero la que ha sido corriente general de la época debe ser recordada ahora para fijar el carácter excepcional de la obra de Giacometti; para señalar, por contraste con la inclinación predominante, la actitud que hemos convenido en llamar metafísica y que, de cualquier manera, coincidiendo en la voluntad de dar movimiento a las formas, tiende a convertir al artista en portavoz de un drama cuyos elementos, para lograr plena eficacia, se concentran en conjuntos a la vez muy reales y altamente simbólicos.

La palabra "portavoz" provocará, sin duda, resonancias enojosas. Quisiera eliminarlas precisando su sentido y, sobre todo, quitándoles las adherencias retóricas que lleva consigo. Sí; Giacometti quiso sintetizar en la escultura los sentimientos latentes tras la intuición originaria y tal pretensión implicaba indirectamente la de plasmar anhelos bastante difíciles de precisar en volúmenes, precisamente porque siendo personales no solamente son suyos, sino colectivos, o por lo menos comunes a los individuos más sensibles del presente.

El barro o el bronce le sirvieron para crear una realidad propia, la realidad de su visión; pero esa visión coincidía extrañamente (y en cierto modo anticipaba) con la que de manera difusa trataba de formarse en la mente del espectador (al menos en la de muchos eventuales espectadores). Pues éste es capaz de sentir, siquiera por lo general, con menos intensidad que el artista, en forma semejante a como él lo hace, pero su reacción carece de relevancia estética porque el sentimiento no desencadena la intuición, aparte de no tener las aptitudes y destreza precisas para realizarla.

Las esculturas de Giacometti son fieles a la realidad; pero a la realidad según su visión. En tales obras nada es gratuito, ni improvisado; la mirada del artista abarcó de un golpe las relaciones entre los objetos que constituyen la realidad, las posibilidades de transfiguración contenidas en ellas y el drama que sería preciso traducir al lenguaje de la escultura. El valor de estas creaciones se basa en la perfecta correlación entre realidad e imaginación; en la asociación que entre una y otra se establece con la natural intensificación de ambas; en la indestructible manera como se enlaza cada objeto con los demás, formando un conjunto orgánico lleno de vitalidad y, según antes indiqué, plenamente significativo. Y esa significación convierte al escultor en portavoz revelador y confesor del mundo.

La escultura de Giacometti tiene la espontaneidad de la visión, no la de la improvisación. Se trata de una obra madura, preparada por mil tanteos (y no tanteos a ciegas) en busca de la plenitud presentida, del punto de sazón útil para expresar en términos escultóricos lo que le importaba decir. La reducción del material, el extremo adelgazamiento de las figuras, planteaba delicados problemas técnicos, pues pudo parecer como si intentara negar la evidencia de las tres dimensiones cuando su finalidad era afirmar otra más: la establecida entre los objetos y entre ellos y nosotros por la interposición del espacio.

No era posible improvisar; mas convenía ser fiel a la pureza de la impresión primera (lo cual es cosa distinta) y expresarla con la mayor sencillez. Captar la visión, traducirla plásticamente y, después, detenerse a tiempo: en el momento preciso en que la escultura refleja la idea constitutiva, y los toques sucesivos, lejos de servirla, pueden aniquilarla. Así, Giacometti prescinde de retoques y deja visibles, a plena luz, gestos (incluso la huella de la mano creadora) llenos de vivacidad, que responden a las impulsiones primeras.

Giacometti no es un teórico de la escultura, sino un escultor. Sus obras no parten de una actitud doctrinal, sino de una mirada metamorfosadora. El carácter de sus invenciones se rige por una corriente interior, no por reglas de escuela. Es natural, pues, que las piezas salidas de sus manos tengan aspecto tan libre y se encuentren a tanta distancia de cualquier otro tipo de creación. El espectador advierte que en ellas se funden muchos estímulos, multitud de ideas e impresiones conjuntadas de manera indestructible en la onda creadora surgida del artista. Adonde llegarán las aguas es cosa que ni él siquiera puede decir hasta tanto no está concluida la tarea.

Quizá esa imprevisibilidad (relativa, naturalmente, pues acabo de negarle inclinación a improvisar) es consecuencia de algo antes apuntado: estas esculturas no son construcciones ni fueron ejecutadas por acumulación o reunión de partes acarreadas desde diversos puntos. El germen crece con desarrollo biológico, de dentro afuera, y como ocurre en los seres vivos ese desarrollo ofrece frecuentes sorpresas, aunque obedezca a líneas de crecimiento perfectamente conocidas.

5

Que Giacometti siente la escultura como una actividad poética es cosa nada dudosa. Es decir, siente la escultura según ella es: expresión plástica de intuiciones que engendran un orbe propio, válido en la medida de su autenticidad. Recusable, pues, si no obedece a una ley y exigencia propias; recusable si se pliega a gustos o normas sugeridas o im-

puestas desde fuera. No quisiera hablar (más debo hacerlo) de actualidad, al referirme a su escultura (aun siendo tan evidentemente actual, creada y sentida desde nuestro tiempo y desde la angustia de lo presente), para que nadie considere el lenguaje plástico utilizado por él como obediente a una moda, a una tendencia predominante en tal momento y caducada en tal otro, cuando no es sino el adecuado para expresarse de modo entero y verdadero (de modo auténtico, por tanto).

Si no "actual", en ese sentido, lo es por cómo sus sentimientos arraigan en una circunstancia concreta, que es la nuestra. Y esto obliga a situarle entre los artistas ligados a su época y comprometidos a expresarla, por razones entrañables; porque su visión es, según dije, integradora, e incluye, con los objetos abarcados por la mirada, el sentido que tales objetos puedan tener con referencia a una realidad de otro orden, a la realidad de la escultura.

Un breve paralelo entre otro gran maestro de la escultura contemporánea, Brancusi, y Giacometti, mostrará con qué distinto sentido es posible entender el calificativo "actual". Brancusi, el barbudo rumano recién fallecido, es actual por cómo aplicó a la escultura los principios de la abstracción poética, reduciendo a imágenes de intensa concentración simbólica los seres y objetos reales. Esas imágenes, de un lirismo denso y vibrante, pulidas y resplandecientes en su inequívoca gracia, resumen en la reductora forma, fundidas con armonía muy personal, variedad de corrientes creadoras que por primera vez confluyeron en nuestro tiempo. La obra de Brancusi, representativa de esa confluencia, lo es también del momento en que se produce, el presente, y de ahí su actualidad, que por la perfección lograda es también eternidad. El alimento inspirador es intemporal y la *Señorita Pogany* (su obra más famosa) resulta hermana de las diosas griegas.

Giacometti es actual por otras razones: sus formas son, naturalmente, inseparables del fondo, y éste tiene una fecha: la del siglo en curso, y por llevar el sello suyo y nuestro, por declarar tan explícitamente su adscripción a la pasión del tiempo en curso las reconocemos engendradas bajo las preocupaciones que nos conturban. Las figurillas de Giacometti son hermanas del hombre de Dachau y de Hiroshima.

6

Coincidiendo con la última exposición de este artista en la Galería Maeght, de París, la revista francesa *Derrière le miroir* le dedicó uno de sus admirables números monográficos (junio 1957), que incluye no menos de once grandes dibujos del artista y un extenso trabajo de

Jean Genêt: *El taller de Alberto Giacometti*. Este fascículo me incita a decir dos palabras sobre aspectos menos conocidos de la actividad de Giacometti: su trabajo como pintor y dibujante. Pues no sólo en la escultura se manifestó esa actividad; paralelamente —y si pensamos en el período del primer aprendizaje, antes— le atrajeron el lápiz y el pincel.

Si en todo instante experimentó la necesidad de expresarse con diversidad de medios, esa variable urgencia le llevó, según ocasiones y propósitos, a dar entrada a la pintura y el dibujo en el orden preferente de sus tareas. Entre 1937 y 1947 aseguraba James Lord que cesó por completo de pintar; en 1945 hizo gran cantidad de dibujos, preparatorios o no para sus esculturas, y en los años cincuenta ha pintado muchos retratos, tomando casi siempre como modelos a su mujer, Annette, y su hermano, Diego.

Cuadros, dibujos y esculturas nacen, como es natural, de una misma inspiración, y dentro de la obligada diversidad de los medios empleados revelan su parentesco a la mirada menos experta. En pinturas y dibujos se muestra idéntica imaginación visionaria y a la par fiel, estricta y humildemente fiel a la realidad que la pone en marcha. Veamos, por ejemplo, el retrato de su mujer, y alrededor de la figura, distribuidos para servir a la magia del cuadro (recinto en que parece palpase la presencia de extrañas fuerzas en descomposición) las cosas de uso diario en el taller: telas, materiales, la estufa..., bien diferenciadas y al mismo tiempo distintas a como son, porque las sometió al mismo tratamiento formativo que en la escultura y las hallamos como en estado embrionario, o quizá en trance de diluirse y descomponerse para quedar reducidas a lo esencial.

Los dibujos reproducidos en *Derrière le miroir* reflejan casi todos imágenes del taller de Giacometti. Pero, entiéndase bien, imágenes donde lo real tiene sentido porque forma parte de una visión en la cual lo exterior se ordena según dictados del sentimiento y el pensamiento del artista. Por eso, tras un instante de reflexión, no sorprende que el gran dibujo del taller con la mesa, las botellas, el taburete y la estatua a un lado, parezca también, y a la vez, el de un campo de batalla: la metáfora es admisible y además reveladora del aspecto agónico y combativo de la creación artística.

En este caso no será necesario consultar los coincidentes testimonios de quienes han vivido de cerca el trabajo del artista. Basta mirar y ver lo que revelan sus obras, tan explícitas y sin doblez, para advertir que Giacometti siente su misión como una cadena de esfuerzos ininterrumpidos por conseguir una expresión que, conforme sucede a las

verdaderamente grandes, suele dejarle insatisfecho y en permanente desvelo rectificador. (Rectificador, claro, en las sucesivas versiones, cada vez más interiorizadas y representativas de su pasión.

Si algunas veces se acoge al trazo amplio, como en el dibujo citado, más a menudo el rasgo se afina y mezcla con otros hasta producir, en ciertos fragmentos, contornos de aspecto fantasmal que, sin embargo, no hay duda corresponden a figuras de evidente y próxima realidad. Como que son hermanas de las deambulantes por su escultura y habitantes del mismo mundo.

Acaso desea que el dibujo, sobre declarar los contornos, exprese las sombras y con ellas el ambiente. Y no pretende recargar las tintas, ni complicar innecesariamente las líneas, pero su mano es tan naturalmente fiel a la complejidad de las formas que en vez de fijarlas límites rígidos prefiere crearlos multiplicando los rasgos, para así ensanchar las zonas fronterizas.

Libertad no significa vaguedad, y la zona de sombra aparece como ámbito complementario de la figura, no como nebulosa indecisa. Los pormenores se recogen aquí también, como en la escultura, mas no para detallar aspectos intrascendentes de las cosas, sino con el fin de realzar suficientemente lo fundamental; la mente de Giacometti es capaz de transfigurar el pormenor convirtiéndolo en signo de las realidades que le impresionaron a la vez que lo instituye parte insustituible de la forma, equivalente de esas realidades según se dan de alta en la intuición.

Jean Genêt dice que "todo objeto dibujado o pintado por Giacometti nos propone, nos dirige su pensamiento más amistoso, más afectuoso. Jamás aparece en una forma desconcertante; jamás pretende ser un monstruo. Al contrario; desde muy lejos aporta una especie de amistad y de paz tranquilizadoras. Si inquietan es porque son en gran manera puras y raras". Es cierto: el espectador entra sin reparos en el mundo de Giacometti, porque en lo insólito no ve capricho, sino reflejo de vibraciones captadas por una mirada más penetrante que la suya; reflejo de algo que responde y corresponde al orden de emociones experimentadas por todos y que están a nuestro lado, latentes, informadas, esperando el ojo y la mano capaces de recogerlo en la forma necesaria, en su propia forma única.

Si hubiera de precisar cuál es la característica más singular del arte de Giacometti yo señalaría el sorprendente punto de equilibrio logrado por la coincidencia y fusión en la misma corriente creadora de dos clases de estímulos: las resonancias alzadas en el alma por el impacto de acontecimientos exteriores y las que vienen de dentro, de profundidades y distancias inaccesibles a ese linaje de sucesos, y se desarrollan en

forma autónoma. La obra de Giacometti me parece revelar una excepcional y admirable simbiosis entre dos tipos de inspiración que suelen manifestarse aislados; en este caso, por su insólita concurrencia, dieron lugar a la creación de un orbe singular, patético y vulnerable, pero con la sólida vocación de durar, propia de cuanto, siquiera de modo humano y perecedero, existe.

Ricardo Gullón.
Muelle, 22.
SANTANDER

DOS CUENTOS

DE

JORGE C. TRULOCK

I. LA PIANISTA

La reunión era pequeña. Una habitación. Treinta personas. Amarillos, negros, blancos. Amarillas, negras, blancas. Algún murmullo, alguna risa. El humo envolviendo el ambiente. La vida, los ideales, la amistad, todo sonriendo en la fácil reunión. El inglés, el español, el alemán. El momento del acto iba a llegar. Las caras lo esperan. Ahora se abrirá esa puerta y aparecerá alguien que inicie el acto. La puerta se abre, un botones con dos libros gordos, detrás una muchacha triste y huesuda y un muchacho. Las caras más sonrientes que nunca. Se esperaba algo, y ha llegado.

—La señora Bresnel nos va a deleitar con la...

El botones coloca los libros y el asiento de la silla ha subido. La muchacha tanteó con el culo los libros y por fin se sentó.

—La señora Bresnel nos va a deleitar con la...

La muchacha, triste, lánguida, huesuda, de cuerpo huesudo, de manos huesudas, de cara huesuda, miró sonriente hacia la reunión y bajó la cabeza. Detrás, al bajar la cabeza en la reverencia, se veía a un hombre con gafas oscuras y la vista perdida en los cuencos ahumados de los lentes.

—La señora Bresnel nos va a deleitar con la...

El preludio que iba a tocar lo aprendió hace años, antes de conocer a su marido. Una mañana que su maestro le dijo que tenía que subir, aprender más, trabajar más, empezó con el do y el si de la nueva partitura. Todo estaba lejano y confuso. Do, hace seis años que el maestro me dijo...; sí, el balcón a la calle; re, el trabajo es duro; mi, padre vendrá de la oficina y comeremos.

—La señora Bresnel nos va...

Levantó las manos, crispadas, atenazadas y sueltas a la vez, dispuestas a llegar exactamente a la tecla extrema, la que demuestra la preparación, el difícil y mínimo roce del meñique sobre el marfil. Delante, blanco y negro, la marca del piano. La memoria pronta. La reunión ha callado. Las manos han caído. Las manos caen, han caído. La tensión se ha relajado un poco. Ya ha empezado. Ya empecé. Los ojos pierden la expresión, miran a un punto, el brillar de la luz, la última tecla que ha sonado, el rezumeo de luz de la cara de un negro.

La tensión se quebró, las miradas como de oveja, el pensamiento ligero, disparatado, al ritmo de la música. Todos los pensamientos revueltos, empapados de música: do, esto es muy pesado; fa, la solución de todo está en el agente; sol, si hubiera rematado a tiempo. La muchacha tocaba violentamente, y de pronto se tranquilizaba. Eran unas notas aisladas, suaves. Mi, parece que se tranquiliza, ahora tengo un poco de descanso; luego, cuando venga el allegretto, será peor. Me duelen las manos, do, sí, mi, ya le dije a Juan que el dedo me iba a molestar: no te preocupes, mujer, cuando se toca no se acuerda uno de nada. Si dejara de tocar, me iba a hacer caso; fa, el agente dirá al fin que sí; remató, pero no fué gol; mi, los blancos me miran; las blancas, no. Do, do, do, el francés debe de estar viendo las piernas a la pianista, ¡qué astuto! ¿Cómo tendrá las piernas? Deben ser todo huesos. La señora Bresnel nos vuelve a deleitar..., deleitar, como el pastel, la boca se hace dulce. ¡Mira que es cursi el hombre éste! Mi madre estará junto a la chimenea viendo la televisión. Luego habrá copas, eso han dicho... Juan está a mi izquierda. Me pone nervioso siempre con las gafas negras. Está quieto, no mira, parece que le gusta, luego que si tal, que si cual... Allegretto. Las manos se mueven ligeras, de aquí para allá, de allí para acá. No es mucho público, pero no está mal. Todos atentos, ninguno debe entender una palabra. Dijo el organizador que había otros pianistas. Los pianistas entenderán y puede que les guste. Les gustaré yo. Quiero fumar. Ahora que hace mucho ruido, la cerilla no se oirá. Detrás de ésta que está a mi lado, la luz... Sol, sol, mi, la, fa; la cerilla ha rozado, nada, ni yo lo he oído. Con el humo el negro pierde el brillo de la cara y sólo se le ven los ojos. Detrás, al fondo de la sala, hay un muchacho con grandes bigotes que hace muecas con la cara: estoy aquí, hola, no habíamos quedado y estoy aquí y tu ahí; re, mi, sol, sol, las manos vuelan, golpean, se aquietan; no te has dado cuenta, soy yo, he venido, no se da cuenta; abre la boca y vocaliza algunas palabras, a la vez echa el mentón hacia adelante, las palabras, sin voz, como huecos profundos, insondables, intentan llegar a su destino. El pitillo se acaba, la pianista debe de acabar ya. Se oye un gran estruendo y luego un silencio, las manos suben lentamente hasta la altura de la cabeza de la pianista, luego bajan, pero hacia atrás, dejando el piano mudo, la cabeza ha caído sobre el huesudo pecho, los dedos, en una mueca asustada, caen hasta el asiento de la silla, sobrepasando los libros gordos donde reposa el cuerpo martirizado de la artista. Suenan los aplausos, la señora Bresnel nos va a deleitar, el negro mira, una cerilla se enciende, el francés ya no puede ver las piernas de la pianista. La señora Bresnel, de pie, cansada, con los huesos arrugados, las manos apoyadas en el piano y en el respaldo de la silla, hace reve-

rencias a los aplausos. Un nuevo éxito, un nuevo punto para la consagración. No hay mucho público. Un nuevo éxito. Los aplausos decaen y todos sonríen, se miran sonrientes. La música es un idioma que todos entienden. Todos se comprenden y sonríen. La amistad, la música, fa. El organizador se levanta, y con los últimos aplausos en las manos, desde el centro de la concurrencia, después de mirar, sonreír, agradecer y pedir a la pianista, dice:

—La señora Bresnel, nuevamente, nos va a deleitar con... El autor es el señor Bresnel, su marido.

El hombre de las gafas se inquieta, sonríe ligeramente y vuelve a perder la vista. Todo muy ligero. La muchacha mira para el hombre y se sienta. El asiento está duro. Un pie sobre un pedal. En el recuerdo toda la partitura, caprichosa, absurda; el tiempo de trabajo; los difíciles momentos del trabajo. Trabajo. Ahí está, junto a mí, a mi izquierda, tras las gafas, la pierna izquierda sobre la derecha, las arrugas del pantalón, los brazos cruzados aguantando la barriga, la chaqueta junta, pero sin abrochar. La barba de un día..., no me quiso hacer caso: hoy no me afeito, y eso no está bien. Mi, mi, mi. El piano ha empezado a sonar. Todo el cuerpo, el cuerpo con la inteligencia, los sentidos, la piel, los pelos, todo puesto en el piano. Las notas casi estúpidas de tan conocidas. No hay que equivocarse, la nota justa, la pulsación precisa. No se equivocará. Lo ha ensayado mucho: fa, sol, mi, mi; exacto, sostenido, exacto. No puede fallar, no debe fallar, no quiero que falle, no fallará. Está ahí. No puede fallar. No mira nada, como siempre; no mira nada. Ya no sé si esto es feo o es bonito. Sol, laaa, exacto. Bien. Dentro de un rato todo habrá pasado. Siempre ha salido bien, igual ahora; no hay razón para que salga mal. Dentro de un rato sólo quedará un poco de cansancio. La muchacha suda. Una gota le baja de la frente, se monta por la arista de la nariz y resbala. En la punta se ha quedado parada. La luz brilla en la gota. La nariz le pica; la gota le ha hecho cosquillas. Dentro de un momento, en cuanto llegue ese trozo un poco más movido, la gota caerá. La nariz pica. Fa, la, re, todo se hace ahora violento. El hombre, imperceptiblemente, ha respirado más fuerte que nunca. La gota ha caído en la falda: una pequeña mancha de humedad. Cuando se seque, quedará limpia; todo lo más un pequeño resto..., por el polvo. Los cuerpos de los reunidos, aprovechando el respiro del ruido, se han acomodado de nuevo en los asientos. La señora Bresnel nos va a deleitar; la señora Bresnel nuevamente nos va a deleitar. El hombre compone, el hombre ha compuesto. El hombre es compositor. La mujer pianista.

El muchacho, el organizador, satisfecho, ufano, buscaba con la mirada las caras de los invitados. Sonreía a las muchachas, asentía a

los hombres. El techo recargado de pensamientos: las copas de luego; la partitura casi acabándose; la exactitud de la interpretación; la amistad; el humo; las palabras huecas del uso. En el techo el aire recargado que sube hasta donde puede. Cuando llegue la mañana del día siguiente, la limpiadora abrirá las ventanas, y el aire, la corriente de aire que entre, se llevará todo afuera, hacia arriba, como una nubecita invisible de olor seco, polvoriento.

La gente, el negro, el organizador, la muchacha, el hombre. Los aplausos festejaron a la solista. El hombre agradecido. El negro reluciente. La gente rumorosa. La muchacha fatigada.

Mañana, cuando la limpiadora abra las ventanas, el aire.

II. LA TRAPECISTA

—Pues sí, señoras y señores, otra vez, otro día, otra tarde; otra tarde, señoras y señores, que el circo abre sus puertas a chicos y a grandes. La alegría, la emoción, la fantasía, la risa, aquí, en el circo para chicos y para grandes; para grandes y para chicos; para todos los que tengan...

Las fieras, la cruenta y doméstica fiera, para el que tiene el pensar dulce. El trapecio, el equilibrio, la vida en un si es no es, para el que tiene el corazón roto. El payaso, el estúpido y desconcertante payaso, para el que tiene el mirar serio. El prestimano, el que trueca velozmente el pañuelo por el vaya usted señor a saber, para el que tiene el brazo torpe.

La pista y sus personajes; el circo y los que esperan; el espacio y los ruidos, y los extraños utensilios. La cuerda que sube; el trapecio quieto; el alambre destensado; la reja amontonada.

—Ya estoy casi preparada.

—Sí.

—Sólo me faltan unos polvos, y ya está.

—Sí.

—El de la bicicleta tarda poco y luego voy yo.

—Sí.

—Dentro de tres años nos retiramos, y a vivir tranquilamente.

—Sí... Reza lo último, que ya aplauden.

—Voy, un minuto...

La pista y sus personajes. El tonto y las tonterías: ¿a que no sabes...?, y la bofetada; el músico y la música: cha, ta, ta, cha, entre marcial y ridícula. El servidor y los aparatos: la escala del trapecio suelta, en medio de la pista. El mozo la tiente, se cuelga de ella.

—Está segura, Pruébela usted —dijo el mozo, el servidor, al jefe de pista.

—A ver..., ¡hum!..., está segura.

El jefe chasqueó los dedos:

—Adelante.

Por bajo de la algarabía, un runruneo de órdenes, pensamientos, miedos, nervios reprimidos, que sólo entienden los servidores del circo.

Dentro, en el cuarto:

—¿Qué tal la rodilla?

—Calla..., estoy terminando. Bien.

La mujer con las mallas y la faldita, de rodillas, reza.

—En nombre del Padre, y del Hijo...

Fuera, en la pista, el jefe chasqueó los dedos:

—Adelante.

Con el micrófono en la mano izquierda, la derecha accionando, el cuerpo en el pequeño traje, y

—Ahora, señoras y señores (debajo de la voz, el redoble continuo y mitigado del tambor de orquesta)...

Dentro, el hombre y la mujer se miran. Los cuerpos perdidos, sólo los ojos se miran, un momento, profundos, quietos. Toda una vida, el recuerdo y el indecible futuro en cuatro ojos quietos e inquietos a la vez, perdidos en el mismo mirar. Los cuerpos rígidos, los pensamientos huecos.

—... la gran trapecista...

Las palabras vuelan por el aire, por el hilo del micrófono, por el altavoz desde lo alto. Los chicos y los grandes murmuran. Las palabras no tienen ya ningún significado. Todo se sabe de antemano. Sólo la tensión atenaza los cuerpos, la mirada aquieta la vida de los que miran en la memoria y las reduce, casi las aniquila. En un rincón estrecho y mínimo de la cabeza quedan.

—Vamos —dijo la mujer.

—Vamos —dijo el hombre.

El hombre separó las grandes cortinas de entrada a la pista y la mujer entró en la luz. El foco la recogió y la llevó al centro, junto a la escala. Uno, dos, tres. Tres pasos. El hombre esperó tres pasos y salió. Delante iban el foco y la mujer. Los aplausos rodearon el cuerpo de la artista. La sonrisa amplia y forzada. El cuerpo a punto. Los nervios olvidados. Una trapecista, unas gradas llenas. La música, tranquila. El circo lleno de luz. El jefe de pista volvió a tentar la escala.

—Pruebe..., está bien —dijo el jefe al hombre.

El hombre probó:

—Está bien —dijo al jefe.

—Está bien —dijo a su mujer.

—Hasta luego.

—Hasta luego.

La escala se tensó. Los dos hombres la aguantaban contra el suelo mientras la mujer sube, ligera, con la mirada al trapecio. El trapecio, el trapecio, ¡el trapecio!..., todo pensamiento fuera. El trapecio y el trabajo. La escala se acaba. El cuerpo está bien. El hombre, mirando hacia arriba, ve cómo se le escapa el cuerpo de la mujer. Cuando la escala se retuerce un poco, sólo ve los muslos, poderosos, tensos, brillantes de fuerza. El jefe, la mujer, el hombre, tres desconocidos. Nadie conoce lo que piensa el otro. Sólo se sabe: la mujer no tiene miedo ni nervios; el hombre seguro de su mujer; el jefe, todo bien. Luego, quizá, alguno piense otra cosa, pero fuera del tiempo, fuera de todo. Acaso, no hay ni pensamiento, ni tiempo, ni nada.

Antes de dejar la escala, la mujer miró, la última, la única vez, al hombre. El suelo queda mucho más allá de donde está el hombre. La mirada no ha dicho nada. Ninguna mirada dice nada; la del payaso, nada; la de la presentadora, nada; la del mozo, nada; la de los músicos, nada; la música, nada. El hombre y el jefe, separados, quietos, con las manos ligeramente extendidas, los brazos un poco apartados del cuerpo, miran hacia arriba. A la derecha del trapecio, abajo, el hombre; a la izquierda, el jefe. La mujer está ya encima de la barra. Los brazos, las manos, en las cuerdas laterales. Salta sobre la barra buscando la postura con los dedos de los pies, y los músculos le rebrillan. Suelta las manos. El trapecio está inmóvil. La mujer no pesa. El trapecio, imperceptible, se empieza a mover. Que el cuerpo va hacia atrás, la mujer lo inclina hacia delante; que hacia delante, lo inclina hacia atrás. Arriba la mujer, el cuerpo tenso, la mirada sujeta a un punto, las piernas bastante abiertas. Abajo, los hombres siguen con la vista el vaivén de la mujer. Detrás de la vista, el cuerpo, las manos. El jefe, miedo; el hombre, miedo, extrañeza. La mujer, nada: un montón de carne rígida; unos ojos sujetando, amarrando el cuerpo a un punto. Para adelante, para atrás. A la mujer no le queda corazón, gusto, tripas, sólo los músculos y la vista. A cada momento la contracción precisa, la relajación oportuna. Que el cuerpo se quiere ir, tira de aquí; que se descompensa por acá, aguanta por el otro lado.

El trapecio de frente, el trapecio de lado, el trapecio haciendo círculos. La trapecista encima. Luego, de cabeza, con la cabeza apoyada en la barra.

Lo último es lo peor. Se está consiguiendo pasar un nuevo día, pero falta un poco... Todavía tranquilidad... Ya se acaba... La vida ha vuelto. El premio a la artista: los aplausos. La escala, la pista, la tierra. Gasto un treinta y seis. El trapecio ha quedado arriba. Los saludos, los aplausos.

La música otra vez con su estruendo. El payaso, el tonto, el mozo, el hombre, la mujer.

—Después de la gran actuación de...

La trapecista se retira. El hombre la espera dentro.

—Ahora a descansar.

—Vamos.

Todo ha desaparecido. El circo no existe...

Jorge C. Trulock.
Claudio Coello, 91.
MADRID

SEIS POEMAS

DE

MARIA ELVIRA LACACI (*)

ENVEJECI EN TU IMAGEN

ENVEJECÍ *en tu imagen, Dios,*
qué lejos
de mis sentidos, tuyos. De repente.
Unas horas no más y tu presencia...
Los ojos se apartaban de Ti.
Sobre la sombra
huían tu contorno,
tu contorno aún caliente
que se aferraba
terco
a la retina.
Las palabras
eran años tremendos
de silencios
florecidos de pronto —no te buscaban niñas como todos
los días—.
Qué tormento, Señor, y qué agonía
no querer conocer —reconocer—
tu caminar silente. Enamorado,
al ras
de mi pequeña leve mano tibia.
La fe seguía en pie, pero Tú lejos.
Era yo quien huía,
apartaba con ansia
de mi aliento
tu aire.
Me pesaba en las venas
su tremenda limpieza. Agobiadora,
y por ello, en la sombra...

(*) MARÍA ELVIRA LACACI, último "Premio Adonais" de poesía por su libro *Humana voz*, nos entrega para CUADERNOS HISPANOAMERICANOS estos seis poemas, claramente continuadores de los que constituían el volumen premiado. "Envejecí en tu imagen", "Devuelta", "Querencia", "Los viejos", "Compañía" y "Viernes Santo" son los primeros y únicos poemas que M. E. L. da hasta ahora para su publicación después de *Humana voz*.—N. de la R.

DEVUELTA

SIN GRITO TURBIO, *sin dolor, sin llanto,*
con ternura en los ojos. Apagados,
cojo tu mano, Dios,
quizá tendida
a otros seres más bellos,
más cercanos a Ti,
—rutilantes espectros de tu noche divina—.
No me rechazas. No, pero me miras
acaso con piedad. No resentido.
No ausente tu mirada
de alegría celeste
(mi retorno...)
Y yo te arrastro casi
con mi pequeña mano entre la tuya.
Lejos de la Ciudad te siento mío,
aquí...
Nos sentamos. Te hablo.
Solamente te digo
que yo no tengo amor como los hombres.
Pero nada respondes.
Tu mirada,
en el aire,
acaricia las aves.
Y te vuelvo a mirar, pero no ya a los ojos.
Miro tu corazón
y allí mi canto,
miro tu corazón
y allí la forma
del deformado anhelo de mi pecho,
miro tu corazón
y allí el aliento
de vida que preciso,
miro tu corazón y...
sonrío blandamente
porque ya he comprendido,
y mis ojos,
persiguiendo los tuyos,
felizmente
en el aire, suspendidos,

*acarician también
el armonioso vuelo de las aves.*

QUERENCIA

*Y EN LA TARDE así umbría
sentía más que nunca
mis raíces
adherirse al asfalto,
como temiendo que me arrebatasen
de aquellas sus entrañas.
Del rescoldo
de Humanidad que ha sido
durante largo tiempo,
único vaho sobre mi existencia.
Y arrastraba los pies, casi a capricho —no llevaban dolor
aquella tarde—,
y me pedía ansiosa
—ávida de encontrarme igual que siempre—
entre una multitud,
que como yo,
luchaba con tesón frente a la Vida.
Sentí cómo otras voces
me llamaban de pronto —inesperadamente
en los periódicos
mi nombre apareció aquella mañana—.
La Luz me reclamaba.
Cerré los ojos despaciosamente. Las pupilas
heridas
buscaban el descanso de lo oscuro.
Mi corazón
rebelde
se adhería a lo suyo,
a la corteza gris de la Miseria.*

LOS VIEJOS

*LOS VENÍA OBSERVANDO. Acariciando.
Mis latidos más tiernos
se escondían*

en el sopor herido
de sus vidas.
Tres ancianos
en un banco de piedra
vegetaban
en la Glorieta de Cuatro Caminos.
El sol,
a modo de caricia, larga, lenta,
se posaba en su piel.
Huesos, arrugas, parecían
sonrisa. Iluminada.
Pobres ancianos leves. Soñolientos
pedazos
de madera cortada,
sin floración posible,
contrastando
con ese mundo rápido que observan.
La muerte, impíadosa y cruel —me venía diciendo—,
les estará al oído, amedrentando,
en este gran momento
de silencio
en que en la vida aún flotan. De milagro.
Qué garras sentirán
allá en lo hondo
en su respiración. Dificultosa.
Qué nostalgia
tremenda
de colores o luz
les crecerá
por las nudosas venas. Abultadas.
Ya pasaba muy cerca,
ya podía escuchar —lo que no hablaban—,
ya mi respiración los envolvía
deseando —oh Señor,
que ilusión más tremenda—
darles más vida. Más calor. Aliento.
Los miré —ya a su lado—
y vi que uno de ellos —el más viejo quizá—,
le dió un codazo
fuerte
al otro anciano,
que a su derecha estaba dormitando,

mientras que le decía
con susurrante voz —que yo alcancé—:
“Manuel, fíjate en ésta”.
Una mujer pasaba. Exuberante,
y los viejos
al verla...
Y yo me sonreí,
sentí alegría grande allá en el alma,
guardé mi aliento corazón adentro —me hacían tanta falta
para mi...—
al comprobar
que estaba equivocada,
que los años,
en su acumulación sobre la carne,
no llevan la etiqueta
—para el alma—
de la desolación. Irreparable.

COMPañIA

CRECÍA SOLEDAD por mis tendones,
se adentraba en el hueso perdurable.
Crecía soledad,
no ya de gentes.
Más dentro. Más tremenda. Más sombría.
El miedo
se me enroscaba lento por los ojos.
Con un temblor de flor muy castigada
por alguna tormenta,
incliné la cabeza. Deshojada.
Tan dentro de mi alma aquel vacío
amenazaba con quebrar mi talle,
pero llegaste Tú
en el momento justo en que mi sangre
vestía soledad. Por todo traje,
y me fuiste cubriendo de palabras azules.
Y mis hombros reían
tapados con tu diestra hecha sonidos.
Mi pecho te sentía
crujiendo entre su bulto temeroso
como una tibia seda protectora.

*Ya veía a las gentes —con tu golpe de luz—
menos distantes,
yo también, como ellas,
entre mis manos flácidas llevaba
una mano —la tuya—
que leve y amorosa aprisionaba.*

VIERNES SANTO

TU MADERO

me llegaba, Señor. Desdibujado.

Eludía contornos.

Cualquier forma concreta me arañaba el espíritu,

pero a pesar de ello

tu madero, Señor, se perfilaba

en el cordial ambiente de la tarde.

Aquel niño

que al viento

lanzaba su molino

de papel y colores,

lo acercaba a mis ojos. Los hería de pronto.

Aquellos seres mínimos

y tuyos

que estrenaban vestidos

para festejarte,

me traían tu voz.

Aligeraba el paso (oh Señor, caminar en distancia

sin sonidos hirientes

por lo azul de mis venas).

Pero tu voz seguía

persiguiéndome

por el asfalto sin circulación.

Tus palabras,

tus últimas palabras del Calvario

eran el aire que me circundaba.

No respiraba apenas.

Me dolía tragarlas. Unirlas a mi sangre. Miserable.

Acaso

una sola vibró

en el aliento turbio. Suspendida.

Cuando tuviste sed

dijiste: "ELVIRA".

María Elvira Lacaci.

Fuencarral, 129.

MADRID



BRUJULA DE ACTUALIDAD

Sección de Notas

UN PREOCUPADO DEL SIGLO XVIII: DON JOSÉ NICOLÁS DE AZARA

Al enfrentarnos con la figura y la obra de don José Nicolás de Azara chocamos con un gran escándalo de la historia de la cultura española, uno de esos escándalos, por otra parte tan abundantes, que nos laceran el alma dejándola en carne viva: Azara entre nosotros es un desconocido. Se han perdido su voz y su lección. Y si esto pasa en España, lo mismo ocurre en el extranjero, donde sólo algún minucioso especialista lo conoce.

Azara, hombre moderno, es uno de los más típicos ejemplos de lo que se ha dado en llamar "despotismo ilustrado". Representante de España durante largos años en Roma, y al final de su vida embajador en la Francia del Directorio, Azara es probablemente el último gran diplomático que ha tenido España. Bajo Carlos III España tuvo un momento, demasiado fugaz, de expansión, y por esto, y sobre todo por su gran inteligencia y gran cultura, don José Nicolás de Azara fué respetado, admirado y temido en todas las cortes europeas. Las zancadillas que sufrió, y que le amargaron la existencia, en la medida en que un "filósofo" del siglo XVIII pudo estar amargado por las torpes contingencias de este mundo, provinieron de su patria, agudizadas cuando Godoy, superministro de Carlos IV, tuvo demasiados celos de un embajador tan respetado. Azara fué un gran patriota, y sus cartas confidenciales a don Manuel de Roda (1), publicadas a mediados del siglo pasado, son barómetro inigualable de una preocupación nacional. Por estas cartas se le ha comparado a Goya, comparación acertada para dar idea de su valía, y de su profundo y sorprendente aragonesismo; pero esto no quiere decir que tuviese la genialidad de Goya; fué, si se admite la expresión, un Goya menor, un Goya en sordina, pero ¡qué manoteos, qué epítetos de indignación, esperanza y desolación hay en este tono menor! Es una vergüenza que estas cartas no figuren en la historia de nuestra literatura: prosa viva, suelta, que revela a todo un hombre; una verdadera excepción en la mediocre calidad de nuestra literatura dieciochesca. Privarnos de Azara es privarnos de un trozo de nuestro ser español, un trozo en que la sangre española

(1) *El espíritu de D. José Nicolás de Azara descubierto en su correspondencia epistolar con D. Manuel de Roda*, 3 tomos, Madrid, 1846.

bulle a grandísima presión; así, a fuerza de olvidos y pretericiones, España ha podido parecer un cuerpo exangüe.

No se ha intentado, que yo sepa, un estudio idiomático de las cartas de Azara. Entre muchos italianismos, el estilo de Azara resulta un riquísimo venero de lengua española, no sólo por las palabras, en las que el neologismo no le detiene, sino por las expresiones. Es sorprendente cómo este hombre cultísimo, amigo de Mengs y lector de la Enciclopedia, apasionado de las antigüedades, de gustos refinados y fama europea, llevaba dentro las adobas y los barroes de Barbuñales. Nunca se habrá dado una alianza tan íntima de aragonesismo arriero y cultura universal (el mismo Goya no era precisamente un hombre culto). Es por supuesto espontáneo y tiene un gran vigor expresivo. Abundan las metáforas a base de la mula, inseparable del paisaje aragonés. Casi vemos las boñigas del camino. Insiste en que no es cosa de mal gusto. El desenfado temperamental de Azara, en sus cartas a Roda, tiene auténtico valor.

Desde su puesto de Roma, un poco destierro, porque se siente solo y porque su pensamiento está en España, Azara, pendiente de la política ilustradora de Carlos III, se debate entre el entusiasmo, la duda y el desaliento y su orgullo patriótico. Así escribe el 10 de marzo de 1768: "Salgamos de una vez del estado de bestias al de hombres." Poco después exclama: "Vivan los buenos libros que se darán al público. Viva la condenación de los estudios que nos tienen perdidos, para cuando se haga, y viva nuestro Amo que nos saca de la ignorancia y barbarie en que nos han tenido esclavos. La obra es larga, pero espero en Dios que la acabará" (31 marzo de 1768). No se olvida de exhortar a su corresponsal, ministro de Carlos III: "Ustedes, por Dios, que continúen como han empezado, y darán al Rey un reino de hombres por otro de bestias que han tenido hasta aquí. ¿De qué nos ha servido a los españoles hasta ahora el talento, si nos lo han tenido oprimido con una piedra de cien arrobas encima? Denos un poco de libertad y protección y verán lo que sabemos hacer. Si esto hace el Rey, oscurecerá la gloria de Pedro el Grande con muchas ventajas" (7 de abril de 1768). Y junto a esto, la repulsa, tan actual, de que todo lo español sea malo, en comparación de lo extranjero: "Difícil es juzgar cuál de los dos hermanos [italianos] es más jumento; y yo me alegro que los vean por ahí, para que por semejantes bestias se desengañen los que piensan que todos los extranjeros nos llevan un palmo sobre la cabeza" (4 enero 1770). Don Antonio Ponz, que tuvo una gran admiración por el caballero Azara, da cuenta en el Prólogo de su *Viaje fuera de España* de una carta escrita por éste y publicada al principio de la *Geografía Física de España*, de Bowlo, 2.^a ed., Madrid, 1782, en que Aza-

ra critica los *Viajes por España*, de Swinburne: "Es tan perspicaz su penetración que a los dos o tres días de haber entrado en España ya había descubierto que todos los caminos eran malos; las posadas, peores; el país, parecido al infierno, donde reina la estupidez; que ningún español tiene ni ha tenido crianza, sino los que han logrado la dicha de desasnarse con la *politesse* de los ingleses o franceses; que los catalanes beben a la *gargalleta*, comen carne los viernes y ponen sobre la mesa una imagen muy galana de la Virgen, y un millón de cosas de este jaez..." "En general, toda España le parece estúpida, hasta el lertargo, pobre, puerca, celosa y melancólica. Por no morir de hipocondría, tomó el partido de ir a recrearse en el paraíso de Jibraltar. Dondequiera que halla un inglés le parece un ángel, y le sirve para realzar el retrato de los españoles" (2). Azara, incansable lector, no podía dejar pasar sin protesta las exageraciones del libro de Swinburne, publicado en Londres en 1779.

Sin embargo, el tono confidencial, sólo para el amigo íntimo, es muy otro: "Amigo y señor: Pocos años hace que no se pensaba nada de bueno en España para el público; y ahora que se piensa algo, me dice usted, y me lo veo yo, que luego halla opositores a los mismos que estaban obligados a promoverlo. Ello es desgracia singular, que porque el diablo quiere, hayamos de ser siempre la cola de todas las naciones... En todos los Reinos de Europa se ve un movimiento y calor que denota estar el cuerpo vivo, pero de España no sale más que hedor de cadáver. Estando uno fuera lo nota mejor que no hallándose ahí; quizá porque en política, como en óptica, se requiere una cierta distancia para ver en su verdadero punto los objetos. Esto lo confirmo con algunos amigos de ahí que continuamente me escriben grandezas y más grandezas, sin que yo vea ninguna; antes al contrario, me parece que la masa de la nación se está en su ignorancia *sicut erat*. Pero dejemos de murmurar, porque aflige" (30 agosto 1770). Siempre el dolor ante las cosas de España y el pudor de no hacerlas públicas, para sorna del extranjero indiferente; de la grandeza de España no duda jamás, y vive con la esperanza de que, removidos los obstáculos tradicionales, la Península pueda presentarse ante el mundo con el honroso puesto civilizador que le corresponde. De aquí también un ligero desprecio que parece sentir hacia Portugal, nación que se ha apartado del común destino ibérico, y una gran atención a la acción antijesuítica de Carvalho, Marqués de Pombal (Azara fué un gran paladín en la causa de la disolución de la Compañía, y en el regalismo, pero su espíritu de justicia le hizo proteger generosamente a los jesuítas expulsos, que en

(2) Antonio Ponz: *Viaje de España, seguido de los dos tomos del Viaje fuera de España*, M. Aguilar, editor, Madrid, 1947, págs. 1.667-8.

Roma se dedicaron a obras de investigación y cultura. Todas sus cartas están llenas de esta obsesión por los jesuitas: tenía desplegado en Roma un perfecto sistema de información sobre sus actividades. Por eso acogió con satisfacción la llegada de Moñino, tan decidido enemigo de la Compañía como él).

Uno de esos obstáculos tradicionales era la Inquisición: “¿Qué me dice usted del temperamento escogitado en Parma, para abolir la Inquisición? Mientras en España no piense el Rey seriamente en hacer lo mismo, no hay que esperar bien por ningún camino; ni aunque salga bien la única contribución. ¡Cuánto tendría que decir contra dicho tribunal!, pero ¿qué me sirve saberlo?” (9 marzo 1769). Y más tarde, ante la persecución sufrida por Olavide, escribe: “¿Es posible que se vean aún cosas como la que acaban de hacer con Olavide? Yo no soy su amigo, pero la humanidad me hace llorar lágrimas de sangre” (5 diciembre 1776).

Enorme preocupación de Azara fué la de la enseñanza. Ya hemos visto más arriba sus vítores a los buenos libros. Ahora le vamos a ver incitar al estudio a un amigo, aplaudir, sufrir y ejercitar su enorme capacidad de ironía: “Tengo aquí un viajero, hijo de Mata, el consejero, colegial de San Bartolomé, que viene de girar por Inglaterra y Francia: es muy buen muchacho de fondo, y me causa lástima que tenga tan pegada aún la grasa colegiala, en cuanto a instrucción: quiero ver si, mientras está aquí, le puedo meter un poco en el cuerpo la buena doctrina, y que olvide todo lo que ha aprendido en Salamanca: tiene de bueno que desea aprender y que ya le he empezado a persuadir que son muy bestias nuestros Catedráticos Salmantinos, y más sus colegiales con toda su vanidad” (6 abril 1769). (En otra ocasión, 13 septiembre 1770, habla de su deseo de que su hermano Félix, luego célebre naturalista, vaya a Roma a instruirse.) “Llega el correo. Estimo los impresos de las nuevas escuelas, y me parece muy bien. Digo con usted que lo que por ahora faltará serán los maestros del calibre que se piden; pero comiéndose lo bueno, que ellos vendrán. Así se pusiese mano a la reforma de todas las universidades. Yo que las conozco sé que lo necesitan” (5 abril 1770); “...he estudiado en la gran Salamanca, país que cae en medio del Africa, bajo la equinoccial, según un cierto plan de estudios que he visto para aquella universidad. No quiero hablar a usted de ello, porque aún no se me ha sosegado el hervor que me causó en la sangre su lectura” (10 sep. 1772). “Yo creía que cuando una universidad confiere el grado de doctor a alguno, le daba la facultad para enseñar por sí libremente todo cuanto sabe, mientras no se oponga a la ley de Dios ni a la del Rey. Por lo que veo, conozco que estoy equivocado, y que allí prevalece la máxima de que los maestros sean

como los oficiales de los regimientos, que deben vestir un uniforme particular del color que les dan. Pero dejo esto, porque me haría decir cosas que no son de mi jurisdicción. Callando, esperaré a ver si la simiente de barbas produce algún Newton, o algún Galileo, en Salamanca" (6 enero 1780).

Esta nota de contención, de tener que callarse, porque su prerrogativa diplomática no le autoriza a gritar la verdad —y es su desespero—, se repite con mucha frecuencia. Su mirada inquisitiva va recorriendo España, analizándola con una agudeza extraordinaria; sus instituciones, sus hombres, sus relaciones con Roma y sus cuestiones exteriores. "Yo me avergüenzo de ver lo atrasado que está ese señor Consejo de Castilla, y lo que deliran sus viejos fiscales. Me toca callar y hacer lo que me manden" (3 dic. 1778). Años más tarde, ya muerto Azara, en el momento dramático de la invasión francesa y del despuntar de la independencia americana, don Alvaro Flórez Estrada dirá, con otro estilo, las mismas palabras: "... el Consejo de Castilla, el Cuerpo de la Nación más interesado en conservar los antiguos abusos, y por lo mismo el más constantemente opuesto a toda clase de reformas..." (3). Es impresionante esta identidad en el tiempo de nuestros mejores hombres. Pero Azara, que vivía en un tiempo en cierto modo privilegiado, tenía que callar. Siempre el silencio inoportuno, desbaratando nuestros mejores pensamientos.

Su tiempo era, sí, un tiempo privilegiado: ahí estaba Aranda y las esperanzas de Azara puestas en él y en su partido aragonés: "Siento de veras la indisposición de Aranda, por lo que lo estimo y venero, y por la falta que haría a la monarquía en las circunstancias presentes. Es muy desarreglado en sus cosas y muy grande para mudar método, ni recibir consejo" (13 agosto 1772). ¡Cómo se complace Azara en la tozudez aragonesa de Aranda! "... y no es pequeña empresa desmontar un conde de Aranda, de lo que haya concebido" (11 mayo 1769).

La política exterior de España le preocupa grandemente, en especial la guerra y la conducta de los ingleses: "... y diciéndole yo qué interés tenían estos (los ingleses) en mezclarse en las cosas de la iglesia católica: oiga usted qué me respondió el oráculo. A la Inglaterra le conviene mucho que España no resucite de su ignorancia y superstición" (18 mayo 1768). La misma nota respecto a Inglaterra encontramos en los liberales del siglo XIX, y aun posteriormente. Es una nota dramática de la historia moderna de España, y de sus hombres liberales, que admirando las instituciones y la cultura de Inglaterra han visto a ésta

(3) *Examen imparcial de las disensiones de la América con la España, de los medios de su reconciliación y de la prosperidad de todas las naciones*, segunda impresión, Cádiz, 1812, pág. 37.

interesada siempre, bajo Pitt o bajo Canning, en detener el progreso español. En una ocasión Azara une su convicción antijesuitica con los ingleses y con lo que pudiéramos llamar el nacimiento de una preocupación americana: "En mi entender, con lo que los jesuitas hacen más ánimo a los ingleses es en ofrecerles su ayuda para las Américas: y sin duda, que allí nos podrán hacer mucho mal, como enemigos domésticos, y que saben aquel terreno a palmos, mucho mejor que no los señores del Consejo y secretarios" (3 nov. 1768).

Pero muy frecuentemente le gana el desaliento, y quisiera vivir aparte, refugiado en la soledad y riqueza de su espíritu: "Yo de todo me contento, porque no pido nada, ni deseo más que mi quietud y mi vida extravagante" (6 nov. 1777). Sorprendemos una gran capacidad de pesimismo en este adjetivo inesperado. En otra ocasión escribe: "Yo lo paso sin novedad, a ratos alegre, y a ratos triste, como sucede a todo el mundo" (19 nov. 1778). Es un hombre entero, que soporta con altivez moral las contrariedades de esta vida: "Yo me hallo bastante afligido por la pérdida de mi padre, que ha muerto cuando menos me lo temía. La religión y la filosofía son bellas cosas, pero no pueden sofocar el sentimiento. Me ha consternado esta desgracia, porque a la cualidad de padre juntaba la de mi amigo. No hablo más de ello porque de nada sirve" (27 agosto 1778). En otra carta nos da una máxima personal: "... en toda buena filosofía, lo primero es ser, lo segundo ser bien y lo tercero obrar bien" (6 enero 1780). Sarrailh nos ha pintado espléndidamente este Azara filósofo, aunque, a mi juicio, levemente exagerado, porque Azara fué o tuvo una profunda veta religiosa, aunque muy particular y racionalizada: "Ecosuré, indigné par ce qu'il coit, découragé de sentir que le roi, poussé par son confesseur, ne lui accorde que quelques vaines récompenses, il se résigne à son triste sort, trouvant consolation et réconfort dans la philosophie et la paix de sa conscience, jamais dans la religion. Il adresse à son ami Roda, son "second père", des confidences, dignes d'un sage de l'Antiquité. Il n'aime rien tant que la solitude où il se retrouve en face de lui-même. Ses livres, ses travaux artistiques, ses fouilles lui rendent la sérénité. Il ignore le remords, n'ayant jamais manqué à son devoir, ni au service du roi" (4).

Alguna vez este desaliento le hace exclamar: "No soy gringo (5), y este es mi mayor defecto" (28 marzo 1771). Y más tarde: "Si pudiera renunciar a la sangre española que tengo, viviría en paz..." (17 febre-

(4) Sarrailh: *L'Espagne éclairée de la seconde moitié du XVIII^e siècle*, París, 1954, pág. 627.

(5) Encuentro esta palabra, tan en boga hoy en América, empleada por Azara con la clara acepción peyorativa de extranjero. Esto demuestra que la palabra no se originó, como se ha creído, en la invasión norteamericana de Méjico (cartas de 28 de marzo de 1771, 6 de febrero de 1772 y 5 de marzo de 1772).

ro 1780), pero no puede ni quiere renunciar. Este dolor es perenne, y cuando le ataca demasiado se refugia, como dice Sarrailh, en su noble faceta cultural. Todas las antigüedades le interesan y lo español más. Así le vemos “calentar las orejas de gana” a un mallorquín para que imprima las obras de Raimundo Lulio. O bien, en seguida de la muerte de Mengs, aparte de socorrer a su familia, recoger “sus preciosos escritos sobre la pintura, y estoy determinado a sacar de ellos una obra, que será inmortal, y la publicaré en castellano, para que aproveche la primera a nuestra nación” (6). Sus juicios en este terreno son tan radicales como los políticos: “Todo lo que habrá dejado el P. Sarmiento valdrá harto poco, porque el tal fraile con una inmensa lectura no tenía una pizca de juicio” (24 dic. 1772).

La casa de don José Nicolás de Azara en Roma era un auténtico museo vivo. Don Antonio Ponz, en su *Viaje de España* (págs. 1.237 y ss. de la ed. de Aguilar), nos describe con entusiasmo las “preciosidades de las artes” reunidas en Roma por Azara. Pero prefiero dar la referencia que nos dejó él mismo en sus malhadadas Memorias (7): “Además de un inmenso mobiliario y provisiones de casa, dejé allí una librería selecta de más de veinte mil volúmenes, una colección de bustos antiguos en mármol de cuasi todos los filósofos, oradores, poetas y historiadores griegos, que no sé que haya otra tan completa, y un número grande de cuadros preciosos, especialmente de mi amigo Mengs, de Murillo, Velázquez y Rivera; mis camafeos y piedras grabadas las llevé conmigo” (pág. 180). Estas Memorias de Azara, referentes a los sucesos de Italia cuando la invasión francesa, y a su primera gestión diplomática ante el Directorio, permanecieron inéditas hasta 1847, año en que las publicó su sobrino don Agustín, dueño de los manuscritos y heredero del título de Marqués de Nibbiano, que a don José Nicolás concediera la Corte de Parma. Molesto por la aparición, el año anterior, de las cartas a Roda, y deseando desvirtuar el espíritu de su tío, don Agustín, en el prólogo pone en duda la autenticidad de dichas cartas, aunque no se atreve a negarla, y en el texto publicado a sus expensas hizo cortes escandalosos —incluso capítulos enteros— y modificaciones verdaderamente de vergüenza. Desde el principio esta edición huele a hipocresía. Esto a los españoles no nos debe extrañar demasiado, porque nuestra historia ha sufrido abundantemente esta clase de herederos so-

(6) Se publicó en 1780.

(7) *Revoluciones de Roma que causaron la destitución del Papa Pío VI...* Memorias originales del célebre diplomático y distinguido literato español, el Excmo. Sr. D. José Nicolás de Azara, primer marqués de Nibbiano, gran cruz de Carlos III, gran cruz y bailío de la orden de Malta, embajador de España en Roma durante cuarenta años y dos veces en París cerca de la República francesa hasta 1804. Obra póstuma que publica su sobrino el Sr. D. Agustín de Azara..., Madrid, 1847.

brinos. Sin embargo, el tono más objetivo y cuidado de estas Memorias no se debe solamente a los manejos de don Agustín, porque, a diferencia de las cartas, Azara las escribió para ser publicadas.

El matiz de despedida del párrafo transcrito se debe al repentino nombramiento de Azara para Embajador en París. Nicolás de Azara, que durante tantos años había anhelado salir de Roma, al final de su vida se consideraba romano, estaba ganado por la Ciudad Eterna. Este nombramiento de Azara liga su figura al gran hecho del momento: la Revolución Francesa y el ascenso de Napoleón. Azara, enciclopedista, era bien visto en Francia. Llegado a París pronunció un discurso ante el Directorio, de franca amistad y colaboración. Cuando Godoy, en sus Memorias (8), lo recuerda, se rasga hipócritamente las vestiduras: ¡con el Gobierno regicida! Sin embargo, en estas mismas Memorias de Godoy, libro embustero si los hay, y poco amable con Azara, pero a la vez libro interesantísimo, el Príncipe de la Paz finge que está proponiendo a Carlos IV un primer ministro para sustituirle; y después de citar a don Gregorio de la Cuesta y a don Gonzalo Ofarril, escribe: “Tal vez Azara”, dije al rey. “Es muy apasionado a Bonaparte”, replicó Carlos IV. “Pero ama más su patria”, dije yo al instante. “Veamos otros”, siguió el rey (9). En este breve diálogo está condensada la tragedia de los últimos años de Azara, que no llegó a su culminación porque la muerte le impidió ver la invasión napoleónica de España. Azara simpatizaba con los franceses y admiraba la figura de Napoleón, con el que entabló una gran amistad; pero a la vez era leal a su patria y a los suyos. De haber vivido unos años más, Azara no hubiese sido, a pesar de su cultura e inclinaciones, lo que se llamó un afrancesado. Pero no sólo por obligación hubiese obrado así: también por convencimiento. Azara era un borbónico, forjado bajo la realeza de Carlos III, y la envilecida y envilecedora figura de Fernando VII, aunque muy próxima, estaba muy lejos de él: era ya otra época. No sólo esto, sino que él, el anticlerical, hizo grandes esfuerzos por lograr la paz entre los Estados Pontificios y Francia, y al no conseguirlo intentó salvar Roma, y luego al Pontífice, y a sus grandes afanes se debió que a Pío VI, muerto en el destierro, no le sucediera un cisma. En unas cartas de Azara a Iriarte, Moñino, etc., que ha publicado Corona Baratech (10), podemos comprobar esta nota borbónica, indisoluble con su espíritu; e incluso en una de ellas se indigna de que haya sido aprobado en Roma un libro de un ex jesuíta —la orden estaba disuelta—,

(8) *Cuenta dada de su vida política por Don Manuel Godoy...*, 6 tomos, Madrid, 1836, tomo II, págs. 372-76.

(9) *Idem*, III, pág. 85.

(10) Corona Baratech: *Don José Nicolás de Azara*. Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 1948, Apéndice.

en que defiende la tesis de que la soberanía radica en el pueblo, es decir —dice Azara—, la misma tesis de los Estados Generales franceses, que llevó al patíbulo a Luis XVI. Por esto Godoy fué falso a conciencia: Azara no hubiese sido nunca un regicida. Su gran libertad de pensamiento y su inmenso amor a España tenían un apoyo: la realeza, y él era súbdito leal. Y la realeza de Fernando VII, como he dicho, era ya otra época.—ALBERTO GIL NOVALES.

“LOS FUSILAMIENTOS”, DE GOYA, EN EL ARTE CONTEMPORANEO. EL CONCURSO DEL INSTITUTO DE CULTURA HISPANICA SOBRE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

En la obligada pausa del verano han quedado expuestos, en el Instituto de Cultura Hispánica, los lienzos de los artistas que concurrieron a la convocatoria titulada “Guerra de la Independencia”. Ante todo, es preciso explicar el porqué de la llamada, pues también el arte tiene bastidores, y al tener bastidores tiene también anécdota. El anuncio de la exposición se hizo accediendo a los reiterados ruegos de un productor norteamericano que solicitó la colaboración del Instituto y prometió muy valiosos premios para los concursantes. Se realizó previamente la selección de un jurado, en el que figuraban destacadas figuras de la vida artística, y los pintores enviaron sus cuadros...; pero el productor norteamericano no perseguía una finalidad artística, sino una finalidad comercial. Quería que los pintores tuviesen en cuenta un episodio de la Guerra de la Independencia, uno cualquiera, de los muy abundantes, y que estos lienzos sirvieran para una finalidad comercial. Concretamente: el anuncio de una película rodada en España. Claro es que nuestros pintores persiguieron una finalidad artística, y el productor al ver cuadros, y no carteles, negó las cantidades prometidas. El Instituto, generosamente, hizo suyos los premios y el concurso quedó en los términos que debe tener siempre todo intento en que la Pintura, con mayúscula, sea el guión y el procedimiento.

Es indudable que el predominio del “yo” es absoluto en nuestros artistas actuales. La pintura ha dejado de ser reflejo de otros hombres, de historia, de costumbres y de anécdotas, y se ha convertido en vehículo en el cual un hombre nos cuenta su intimidad. Si hacemos un repaso por nuestras exposiciones nacionales, o por las de cualquier otro país, veremos que los grandes acontecimientos guerreros o históricos pasan inadvertidos. Y así, el documento pictórico que nos hable de la gesta del Alcázar o del desembarco de Dunquerque, o de cualquiera

otra vicisitud heroica apellidada por una nacionalidad o por una colectividad, no existe. Claro es que estas conclusiones se prestan a una larga exégesis; pero hoy sólo tenemos lugar y tiempo para señalar la realidad, que no es otra que el predominio de lo subjetivo sobre cualquier otra contingencia de tipo social o general.

Los concursantes, ante esta convocatoria, tuvieron que enfrentarse con un tema que parecía exigir la representación figurativa, y es de hacer notar que dentro de esta "obligación" ninguno ha cumplido por entero con ella. En los lienzos no han estado expuestos los requisitos de una preceptiva que ha caducado y que ha quedado inútil e insertible, pues la inspiración y los resultados que se persiguen son muy otros a los de hace cien años, en su plazo mínimo.

Nuestros pintores han conservado y cultivado, a veces, lo objetivo; pero tratado y visto de una manera muy distinta a la fiel representación, y muchos han seguido abiertamente la ruta abstracta más ortodoxa, a la que han puesto el título que más podría convenirle. Y lo que ha sido curioso observar es que los pintores que han marcado una orientación figurativa a sus cuadros —más de veinte— han coincidido en que esa representación tenga como recuerdo primero, y principal, el célebre cuadro de Goya "Los Fusilamientos del 3 de Mayo". No han podido sustraerse a la garra del genial aragonés, que en su época —acaso más difícil que hoy— supo ser intérprete excepcional no sólo de un hecho, sino de un estado humano permanente. Los participantes de hoy, igual que en su día Manet —"Fusilamiento de Maximiliano"— siguen fielmente, y algunos en contra de sus deseos y voluntad, y otros aun queriendo apartarse adrede del modelo, la senda que marcó Goya, y así la silueta de su trágico pelele, auténtica alegoría de España en 1802, ó el pelotón de los fusiladores están presentes en los diferentes lienzos como una constante de la cual no se pueden los artistas evadir.

Hoy los pintores tienen que pedir prestado el impulso ajeno cuando se trata de una reconstrucción histórica de la que se hallan alejados en el tiempo y en el espacio. Es lógico, no sólo disculpable. Entonces el pintor atendía a la pintura como documento vivo y palpitante, bien como documento celeste o bien como documento humano: Velázquez y Goya, en este último caso, como máximos representantes. Y ahora es curioso recordar un episodio. Al referirlo creemos haber explicado mejor que otras digresiones el impulso y circunstancias que lleva a los pintores de ayer y de hoy a la tela. El episodio que vamos a transcribir a continuación es muy poco conocido. Lo contó Isidro, fiel criado de Goya, a Trueba, quien lo traslada así:

"Desde esta misma ventana —el fámulo se refiere a una ventana de la quinta de Goya— vió mi amo los fusilamientos, con un catalejo en

la mano derecha y un trabuco naranjero cargado con un puñado de balas en la izquierda. Si llegan a venir los franceses por aquí mi amo y yo somos otro Daoiz y Velarde. Al acercarse a la medianoche me dijo mi amo: "Isidro, toma tu trabuco y ven conmigo." Le obedecí. ¿Adónde creará usted que fuimos? Pues fuimos a la Montaña del Príncipe Pío, donde estaban aún insepultos los pobres fusilados. Me acuerdo de todo como si hubiera pasado ayer. Era noche de luna; pero como el cielo estaba lleno de negros nubarrones, tan pronto hacía claro como oscuro. Los pelos se me pusieron de punta cuando vi que mi amo con un trabuco en la mano y la cartera en la otra guiaba hacia los muertos. Como mi amo notase que no las tenía todas conmigo, me preguntó: "¿Tiemblos, Otelo?" Yo, en lugar de contestarle "Temblare un jinojo", casi me eché a llorar, creyendo que el pobre de mi amo se había vuelto loco, pues me llamaba Otelo en vez de Isidro.

Luego, sentándonos en un ribazo, a cuyo pie estaban los muertos, y mi amo abrió su cartera, la colocó sobre sus rodillas y esperó a que la Luna atravesase un nubarrón que la ocultaba. Bajo el ribazo, revoloteaba, gruñía, jadeaba algo. Yo... lo confieso, temblaba como un azogado; pero mi amo seguía tan tranquilo, preparando su lápiz y cartón. Al fin la Luna alumbró como si fuera de día. En medio de charcos de sangre vimos una porción de cadáveres: unos boca abajo; otros boca arriba; éste en la postura del que estando arrodillado besa la tierra; aquél con las manos levantadas al cielo pidiendo venganza o misericordia... Y algunos perros hambrientos se cebaban en los muertos, jadeando de ansia y gruñendo a las aves de rapiña que revoloteaban entre ellos queriendo disputarles la presa..."

Leyendo lo anterior se comprende el esfuerzo inaudito y genial que hay que hacer para poner esos peleles en pie y dejarles la Vida prestada para que sea posible la epopeya pictórica, dentro de la desolación, el sacrificio y la miseria. Después, el autor moriría en Burdeos. De su cementerio roban la cabeza y descabezado retorna a Madrid para reposar cerca de la Florida, no muy lejos de la Montaña del Príncipe Pío, ni de su quinta, llena de sombras, y de la que salió una noche con su criado Isidro para pintar la primera muerte "liberal" de España en todos los conceptos y en todos los términos.

Goya se acercó a la Montaña del Príncipe Pío y realizó, acaso conmovido por primera vez de verdad, el más trágico lienzo sobre la Muerte que haya salido de pintor —si exceptuamos "El Entierro del Señor de Orgaz—. La sangre chorrea entre los colores —entre el mismo rojo— que hace lívidos el gran farol que alumbraba la escena, macabra y desoladora. El lienzo marca en la Pintura española un paso grave, trascendental. Se pasa de Dios al hombre. El gran pelele que con los brazos

en cruz simboliza el martirio de España, tiene igual grandeza que el pobre hombre que a su lado dirige la mirada hacia un sitio no determinado. La misma grandeza "inédita", de vida diaria interrumpida en el trajín y afán por mal comer tienen todos los que forman la composición: el que, atado de manos, mira el cadáver de su compañero muerto; el que sube hacia el pelotón llevando desesperadamente sus manos a la cabeza; el que detrás del gran fantasma español se tapa los ojos, como si no quisiese que le sorprendieran los fogonazos de la fusilería. A lo lejos, la Iglesia, como un amparo, pero que si figura entre estas muertes es por fidelidad al paisaje y no por intento expreso del artista. No sirve de protagonista, como siempre fué, sino de fondo. Se nota una injerencia extraña en este cuadro, tan mortuorio, que parece que muere o va a morir España con él. En realidad, muere un modo y una manera de morir en la Pintura... De estos hombres que pintó el genial sordo pudiera haber uno que lograrse salvarse, como aquel Juan Juárez, que "sorteado" para ser fusilado refirió luego así su odisea: "... Ya de rodillas para recibir la descarga pude desasirme de las ligaduras y tenderme en el suelo, echándome a rodar por una hondonada. Cuando me levanté magullado disparáronme algunos tiros y aun trataron de perseguirme, cortándome la retirada; pero yo, más ágil, les gané la tapia, que salté, yendo a refugiarme a la Iglesia de San Antonio de la Florida..."

Muchos días, por falta de tumbas, quedaron insepultos los últimos cadáveres de los que murieron en esa montaña del Príncipe Pío... Acaso uno de ellos fué el cadáver del hombre desorbitado y lívido que clama, más que levanta los brazos, por un desastre nacional que él paga, en sucesión inacabable de desdichas, de las cuales parece ser símbolo...

Tenemos que poner punto a la imaginación ante el recuerdo del cuadro que de una manera fija, obsesionante, ha perseguido a los concursantes de esta convocatoria tan bien cumplida por el Instituto y por los pintores en general.

Es de justicia citar los nombres de Juan Guillermo y Carlos Pascual de Lara, primeros premios en este Certamen que ha servido para demostrar que el Tiempo en la Pintura es factor esencial, y que todo lo que nos rodea: pensamiento o invento, se halla presente, quíerase o no, en los lienzos con que el pintor quiere comenzar el mundo.—M. SÁNCHEZ-CAMARGO.

ORTEGA Y EL AMOR

Sí, ya sé que el hombre es, en primero y último término, el objeto de toda filosofía. Pero en pocos filósofos como en Ortega la vida humana, sencilla o trágica, monótona o apasionante, pero siempre com-

pleja y sorprendente en su inagotable diversidad, ha sido pretexto tan constante de meditación. Nada humano ha sido ajeno al pensar de Ortega, tentado por las más dispares sirenas de esta terrenal existencia, a la que él llamó *la realidad radical*. Sirenas de todas clases, colores y rostros, bellísimas o problemáticas, maravillosas o sencillamente cotidianas. Uno de los hechizos de la obra de Ortega, juzgada en su conjunto —los seis tomos de sus *Obras Completas*—, aparte la elegancia increíble de su estilo y la impar desenvoltura y seguridad con que maneja el idioma, es que no sólo aborda los temas graves, la metafísica de esa realidad radical que es nuestra vida, sino también aquellos otros, menos graves, incluso aparentemente frívolos —pero no menos importantes—, que forman el tejido cotidiano de nuestra humana aventura, desde el secreto de un gesto o un hábito hasta el placer de cazar o el más simple de mirar al interior de un tranvía y echar una ojeada a los rostros femeninos que viajan con nosotros. Gran parte del reciente libro póstumo de Ortega, *El hombre y la gente* (1), la constituye una profunda meditación sobre los usos humanos, tan vulgares en apariencia como el saludo o la tertulia, incluidos los usos lingüísticos. Pero no es de este libro —con el que la Revista de Occidente ha iniciado la publicación de la obra póstuma de Ortega—, del que quisiera hoy hablar, sino de otro libro del maestro, aparecido casi al mismo tiempo, y cuyo título, *Sobre el amor* (2), parece inspirado en el famoso libro de Stendhal sobre el mismo tema, *De l'amour*, publicado hace ciento treinta y cinco años.

¿Habrá tema más cotidiano y en apariencia frívolo que el amor? En nuestro siglo XVIII, el gran Jovellanos dirigió una larga epístola en verso a sus amigos los poetas de Salamanca, aconsejándoles muy seriamente que abandonasen los temas frívolos, como el amor, y cantasen los más graves de la moral y la educación, la ciencia y el progreso. Y así, la vacuna o el fanatismo se consideraban más dignos de ser tratados por la pluma del poeta que las pasiones del amor. Bien es verdad que si los poetas del setecientos pensaban así, por entusiasmo progresista, sus herederos los poetas románticos devolvieron al amor todo su prestigio como asunto y materia de la poesía, y sólo en las épocas muy revolucionarias cede el paso el amor a los temas sociales.

Pero volviendo a Ortega, quienquiera que recorra el nutrido índice temático con que se cierran los seis tomos de sus obras completas, en la edición de la Revista de Occidente, advertirá al instante la importancia que el tema del amor y sus aledaños ha tenido en la vasta obra del gran filósofo, desde que en un delicioso ensayo sobre el *Adolfo*, de

(1) Revista de Occidente, Madrid, 1957.

(2) Editorial Plenitud, Madrid, 1957.

Benjamín Constant, fechado en 1916, abordó por primera vez en un escrito público la delicada y resbaladiza cuestión. Desde el primer momento, Ortega se enfrentó cara a cara con el tema, lo cogió por los cuernos y lo toreó con gravedad y elegancia no exenta de garbo y *donaire*. Cree Ortega, y cree bien, que el hombre, sobre todo el hombre español, ha ocultado religiosamente, desde siglos, su vida erótica, por pudor o temor, y que de ello se han derivado no pocos males, entre los cuales no es el menor el hecho de que no tengamos hoy una cultura del amor, como tenemos una cultura de la política o del deporte. Sobre esta grave laguna llama Ortega seriamente la atención en muchas páginas de este libro, sobre todo en las tituladas "Para una cultura del amor". Ortega aspira a ella, no sólo viviendo el amor, esa *gran faena humana*, desde su ser radical de hombre, sino meditando honda y largamente sobre el tema, observándolo en los demás, y leyendo y glosando esos trabajos psicológicos de la materia amorosa, que se llaman el *Adolfo*, de Benjamín Constant, y *Del Amor*, de Stendhal.

Sí, nos dice Ortega, en nuestro tiempo se ama mucho, quizá con exceso, pero ¿se piensa igualmente mucho, con pensamiento riguroso, enriquecedor, en el grave y delicado tema? No, responde Ortega terminantemente en sus páginas sobre el *Adolfo*.

Y en otras no menos sugestivas, las del ensayo "Para una psicología del hombre interesante", nos aclara Ortega las razones que han impedido que dispongamos hoy de fundamentales meditaciones sobre el asunto amoroso, sin las que no es posible una cultura del amor. Pues acontece que los hombres más capaces de pensar sobre el amor son aquellos que menos lo han vivido, y los que lo han vivido a fondo suelen ser incapaces de meditar seriamente sobre él, de analizar con tino sus reacciones misteriosas, su grandeza y servidumbre, bien por falta de *cacumen*, bien porque lo único que les interese sea precisamente vivir el amor, no analizarlo. Ello explica, según Ortega, que una materia de la que todo el mundo pretende entender, como es el amor, haya progresado tan poco en la faena de hacerse una cultura. La teoría stendhaliana del amor sirve a Ortega para apoyar su tesis. Stendhal fué un hombre que ni verdaderamente amó ni, sobre todo, fué de verdad amado. Su vida fué una vida de falsos amores, de amores inventados, muy al contrario de lo que fué la de Chateaubriand, gran amador y gran amado. ¿Cómo extrañarnos de que Stendhal no diera en el clavo al exponer su teoría? El análisis a que Ortega somete la teoría stendhaliana del amor es buído como una daga. Como es sabido, consiste esencialmente esa teoría en que nos enamoramos cuando nuestra imaginación proyecta inexistentes perfecciones sobre el objeto del amor, el cual muere cuando esa fantasmagoría ideal se desvanece enteramente un día.

Es como la cristalización mágica de un arbusto, según la metáfora empleada por Stendhal. Pero, en primer lugar, no siempre, como advierte Ortega, imaginamos tales perfecciones en la mujer amada: a veces existen realmente. Y después, si lo amado es sólo un pretexto, y lo que amamos, como afirma Stendhal, es el amor, y no a tal persona concreta, ¿por qué elegimos precisamente a ésta y no a otra, habiendo tantas? ¿Por qué ésta nos hechiza y aquélla nos deja indiferentes? En suma, Stendhal, como buen romántico pesimista, se detiene a analizar cómo y por qué muere un amor, pero no sabe aclararnos por qué nace. Se ocupa, como dice Ortega, del desengaño del amor más que del amor mismo.

Ortega es uno de esos pocos escritores privilegiados a los que no se cansa uno nunca de leer: releerlo es un goce incesante. Tal nos ocurre con las cerca de setecientas páginas que forman este bello libro, *Sobre el amor*, en el que se han reunido —por un discípulo fiel: Paulino Garagorri— junto a las páginas ya ordenadas por el maestro sobre el tema —su famoso libro *Estudios sobre el amor*, que tan sólo ocupa una quinta parte del nuevo volumen— otras dispersas en papeles y libros, varios de Ortega. Algunas muy conocidas y ya clásicas —como las que profundizan en el tema de don Juan o la maravilla del “Paisaje con una corza al fondo”—; otras, menos conocidas, pero no menos deliciosas, tales las que dedicó a Zenobia Camprubí de Jiménez, o a Eugenia de Montijo, o las de “Meditación de la criolla”, inéditas en España. Desde el ensayo profundo y con talante filosófico —“Sobre el influjo de la mujer en la historia” o los “Estudios sobre el amor”— hasta las páginas más aparentemente intrascendentes —tal “En el bar Basque” o “Estética en el tranvía”—, todo en este libro es un perenne goce intelectual. En pocos libros como éste la maravilla de la prosa orteguiana, su hechizo literario, se funde tan esbeltamente a un tema de por sí apasionante, como es la aventura y la filosofía del amor. JOSÉ LUIS CANO.

SIBELIUS, EN LA ÚLTIMA LUZ (1865-1957)

También este gran viejo, sencillo y bondadoso, ha cerrado sus ojos grises a la luz terrestre. Durante casi treinta años, su obra había permanecido callada, como aguardando serenamente el instante en que los tiempos se abolieran para él, con la arribada al silencio eterno de los lagos y florestas tan queridos, donde vagan en inmortalidad legendaria sus héroes a los que tanto se asemejaba: Killervo el pastor, Vainamoïnen el poeta...

En la historia de la música, Sibelius perdurará sobre todo, emparejado con Beethoven, Brahms, Bruckner y Mahler, como un prodigioso "sinfonista". Al igual que Beethoven, constituye la historia de una vida, de una profunda evolución interior, desde la juventud hasta las puertas de los años viejos, que se alarga por el camino de las siete *Sinfonías* sibelianas. Ya lo dice Jacques Lonchampt, su más reciente biógrafo (v. *Le Journal Musical Français*, n.º 60, París, 30 septiembre 1957), las dos primeras sinfonías (1898-1902) evocan la posesión de un hombre joven por una especie de "Sturm und Drang", de tormenta a la vez íntima y exterior, en la que el romanticismo apasionado se mezcla con la exaltación del sentimiento nacional. Pero el tribuno se eclipsa; la obra se engrandece hasta adquirir significación universal.

Sibelius ilustra el genio finlandés con los soberbios frescos de sus poemas sinfónicos inspirados en el Kalevala ("Lemminkäinen y las hijas de Saari", "El cisne de Tuonela", "Lemminkäinen en Tuonela", "El retorno de Lemminkäinen", "La hija de Pohjola"...), que poseen la violencia, la audacia, la vitalidad, la fuerza, y al propio tiempo la finura, la sutileza y el espíritu de la altiva raza nórdica; poco a poco se va confundiendo con la faz y con la historia de su pueblo. En su *Tercera Sinfonía* (1904-1907), Sibelius evoca la maravillosa poesía de Finlandia, de sus lagos y bosques, de sus horizontes infinitos; luego, inmerso en las soledades de Ainola, escucha sus *Voces íntimae*, de las cuales su "Cuarteto de cuerda" (1909) nos brinda la esencia más espiritual; y la última profundidad del hombre mismo se muestra en el grave y sublime cántico de la *Cuarta Sinfonía* (1910-1911), esta singular confidencia arrancada al misterio del ser...

En un período de su vida en que parecía acabada su obra de creación, Sibelius vacila al escribir la *Quinta Sinfonía* (1914-1915), que es como un retorno a la luz de los vivos y que se derrama con la rica majestad de un río a su desembocadura. Y, sin embargo, proseguirá la búsqueda más allá del silencio, más allá de lo demasiado humano. Y liberado de las cadenas de la vida, aborda con la *Sexta* y la *Séptima Sinfonía* (1922-1924) el paisaje de un mundo transparente, inmaterial, de una visión apolínea, en la cual cantos y danzas sólo son signos esenciales. Y nos hallamos como ante una bruma matinal que al mediodía nos revelará con la luz el Edén primero.

Se nos fué el gran viejo hacia la última luz que no le habrá sido negada, a quien tan humildemente la indagó a lo largo de su vida y de su obra.—E. CASAMAYOR.

Sección Bibliográfica

EL ENIGMA DE ESPAÑA

España sigue siendo un problema. Un problema angustioso que llevamos dentro, que pesa sobre el pensamiento y el sentimiento, y los sentidos, de cada uno, de cualquier lado que uno viera la terrible contienda de 1936.

Dejando a un lado a los perezosos mentales y “sin problema”, los demás lo llevamos en el corazón —y en las costillas—. El problema de su pobreza, su imperfección como estado moderno, la deficiente explotación de su suelo y de las cualidades de sus hijos.

Un emigrado, don Claudio Sánchez Albornoz, nos comunica en dos grandes volúmenes (1) sus angustias y sus dudas, sus explicaciones sobre el problema de España, en forma de reacción ante la brillante y paradójica obra de Américo Castro.

Los exámenes de conciencia nacional son cosa ya vieja entre nosotros. Sin remontarnos a Quevedo y Saavedra Fajardo, ni tampoco a Feijoo y Forner, recordemos que los años víspera del 98 iniciaron una catarata de literatura sobre el ser de España, que no ha terminado todavía.

El dolor se siente en la parte enferma, y como si nos lleváramos la mano allí de donde nos llega el dolorido mensaje se escribe y se hace comentario sobre lo que se nos antoja que comprime, aprieta, sacude y, a veces, corta nuestra vida.

Es probable que ello no ocurra en las otras literaturas europeas, pero estaríamos dispuestos a creer, con Sánchez Albornoz, que

... otros pueblos de Occidente —tal vez el Occidente entero— están ya viendo cómo se acerca también su baja marea en la historia, y tal vez quienes son todavía jóvenes presencien cómo coincide la retirada de las olas de su plenitud histórica con el salto más alto de las olas de su inquietud ante la historia. Algunos espíritus avizores empiezan a advertir en varios pueblos europeos el inicio de un angustiado examen de conciencia nacional, semejante al que hicimos nosotros después de nuestra crisis del 98 (II, 677).

No sabemos lo que ocurrirá fuera ni nos atreveríamos a profetizarlo; pero aquí, en nuestro suelo, los exámenes de conciencia, desde Ganivet, Unamuno y Maragall para acá, han ido creciendo en ampli-

(1) *España. Un enigma histórico*. Dos volúmenes. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1956.

tud, en ambición científica y en rigor, y quisiéramos pensar que habrá que dar por concluso el pleito.

La esencia de España, el precipitado último de su historia, va quedando suficientemente claro: "España es una inseguridad", decía Castro; y Laín rotula sus meditaciones "España como problema". Sánchez Albornoz, medievalista, castellano que conoce la intrahistoria, la vida institucional de los países centrales de Hispania, está en la línea de los teorizantes del ser de España. Estamos acostumbrados a que nuestra mejor literatura y nuestro pensamiento más acendrado se formule en forma paradójica, y una exposición más llena de sentido común, como es la de Sánchez Albornoz, está llamada a despertar menos inquietud y menos polémica que el hermoso libro de Américo Castro. En definitiva, Castro ha puesto como *leitmotiv* de su obra el "vivir desviviéndose" a lo largo de toda la historia de España, pero ese rasgo se ha acentuado de verdad desde hace poco más de medio siglo, cuando las circunstancias han llevado a nuestros pensadores a forzar las interpretaciones y las explicaciones de nuestro incómodo mundo.

Somos nosotros, los españoles del siglo xx, quienes trasladamos al pasado nuestra experiencia. Castro es refutado por Sánchez Albornoz, pero Sánchez Albornoz llega al cabo a estar de acuerdo con él cuando caracteriza nuestra vida nacional como quimera y aventura:

Y así siempre, desde los Picos de Europa a las serranías de Granada. Siempre que llegaba una hora esperanzada y promisoría los cristianos se sintieron acicateados por la misma ilusión: por la ilusión de adquirir riqueza y de ascender de condición social a botes de lanza. Y siempre así, mientras duró la reconquista. Y aun después. "Quien quiera quitarse de trabajar y ser rico que venga conmigo a sitiar a Valencia", decía el pregón del Cid, según el juglar de Medinaceli. Muchos siglos después, Hernán Cortés "mandó dar pregones y tocar sus atambores... para que cualesquier personas que quisieran ir en su compañía a las tierras nuevamente descubiertas, a las conquistar y poblar, les darían sus partes de oro, plata y joyas que se hubiesen". Y más tarde Pizarro, en la isla del Gallo, había de invitar a sus hombres a elegir entre ser pobres en Castilla o ricos en el Perú. ¡Muchos siglos después! El destino anclaba a España en un mismo vivir alucinado. ¡España, quimera y aventura! (II, 50).

La idea fantasmagórica y quimérica de nuestro pasado, tal como se le presenta a Américo Castro, reaparece aquí. Sentimos que la realidad se remueve bajo nuestros pies y que nuestra existencia queda sin base. Pero no ya nuestra existencia histórica, española, sino nuestra misma existencia humana. Pues cabe preguntarse si no desaparecen los cimientos de cualquier vida cuando se insiste tan tercamente sobre los últimos porqués. Esto no es un privilegio hispánico, pues ya en la Biblia, en sus libros más reflexivos y tardíos, se siente este sabor a polvo y ceniza.

Pero Sánchez Albornoz polemiza tan enérgicamente con Américo Castro porque lleva dentro semejante experiencia. La amargura de nuestro siglo ensombrece nuestros horizontes y traslada al pasado lo que nos duele hoy. Léase la descripción del hispano-indígena que Sánchez Albornoz se imagina tal cual lo encontraron los romanos:

Avido de aventuras, amador de la libertad, sufridor de dolores y fatigas, gustador del caudillaje, nada razonador, xenófobo, acerado, orgulloso, arriscado, bravo, impulsivo y vehemente. No podía ser de otra manera el nieto de las comunidades más audaces, de los pueblos más inquietos del mundo antiguo, que por inquietos y por audaces habían llegado al confín occidental del orbe. Y fué tal su vitalidad apasionada que trascendió su ímpetu al campo de sus relaciones con las fuerzas misteriosas del más allá y se vertió de modo integral en sus creaciones literarias y científicas y hasta llegó a poner la muerte al servicio de sus férvidas apetencias vitales (I, 114).

El autor hace aquí, como hizo Castro en su libro, su autorretrato. Pero no es así todo lo que cuenta en la historia de España. Ni tampoco los españoles que son así se mantienen en tal tesitura toda su vida. Y no dejan de ser españoles quienes temporalmente nada tienen que ver con ese tipo de hispánico violento, como el jesuita Francisco Suárez o el músico Manuel de Falla.

Una diferencia entre la concepción de Castro y la de Sánchez Albornoz es la de que para el primero España, que no era nada, surge con sus rasgos únicos en la secular convivencia de cristianos con islamitas y judíos, mientras que para el segundo España estaba ahí, desde la prehistoria, con sus características. Son hispanos no sólo Séneca y Marcial y San Isidro, sino los prehistóricos pintores de Altamira. Pero convendría no exagerar. La lenta conquista de Hispania por Roma es consecuencia no sólo de la mayor dureza de nuestros antepasados, sino también de que la República romana, hacia el año 200 antes de nuestra era, no veía tan claramente sus objetivos como un hombre genial, cual Julio César ciento cincuenta años más tarde. Quizá por eso hubo inacabables luchas con los celtíberos, mientras que los galos sucumbieron casi de un solo golpe. Pero no olvidemos que la misma fuerza política que acaba con los galos liquida también rápidamente a los cántabros. La Península, dividida en una parte ciudadana mediterránea y otra nómada y bárbara, carecía en absoluto de unidad y sólo es una generosa utopía imaginar que por aquellas fechas iberos y celtas hubieran podido luchar juntos contra Roma.

Cuando Sánchez Albornoz abandona las épocas primitivas y se acerca al medievo, empieza a pisar terreno más sólido. Tiene una visión íntima, profunda, del pasado español. Es el primer historiador que hace historia económica y social de nuestro medievo. Poco a poco un Hamilton o un Carande nos han dado la de los grandes siglos de

la universalización de esta España. Aún falta mucho por hacer, y en este libro Sánchez Albornoz se ocupa no sólo de trazar unas líneas generales, sino de suscitar cuestiones y llamar la atención hacia los necesarios trabajos monográficos.

Y así nos enseña que muchos de nuestros males son viejos. Nuestra economía de rapiña se remonta a los primeros tiempos del reino asturiano, y el mágico enlace de religión, poder y riqueza, el concepto de sinecura, la falta de libertad económica convertida en sistema, se remontan a la Edad Media. Cuando el autor nos habla de las medidas que hubo de tomar Alfonso X contra los gremios de menestrales y mercaderes

... para aumentar el precio de las mercaderías y de los jornales, para cerrar sus cuadros e impedir la difusión de su arte y para acaparar y revender primeras materias (II, 131).

pensamos en que tales medidas son necesarias en muchos momentos de la historia nacional.

Nuestra falta de industria se acusa ya en el siglo XIII, y comerciantes de todas partes caen sobre una Castilla insuficientemente dotada. Castro señalaba a los judíos como sostenedores, con los moros, de una realidad económica, pero Sánchez Albornoz, mejor informado, nos enseña que los judíos fueron aún menos capaces que los cristianos de crear una industria suficiente.

Una base económica imperfecta es la que aportamos a la hora crítica en que España entra en la modernidad. Y lo que hubiera podido de nuestro medievo servir de base, se precipita en las circunstancias grandiosas y trágicas de aquel momento. La explosión hispánica del siglo XVI tiene su reverso en los desastres del XVII. El historiador Sánchez Albornoz lo ve de modo ideal:

Mágico y extraño caminar. Otra vez el hombre y Dios, pero no un hombre que va despaciosamente volviendo los ojos a la naturaleza y al misterio de la vida, como en la Europa cristiana medieval, ni un hombre que se disuelve y aniquila en la Divinidad, como en el mundo islámico de ayer y de siempre. Un hombre entero, erguido sobre el universo con aire señorial, como hijo de Dios y creado a su imagen para señorearle. Un hombre entero a quien sólo interesa el diálogo con el Altísimo y la plática en paz o en guerra con los otros hombres, copartícipes con él en la herencia divinal y en el señorío que ella implica. Un hombre entero que adora a Dios con fe firmísima, pero que se cree con derecho a sus gracias a cambio de sus servicios y que vive en trance de milagro. Un hombre entero que se muestra desafiante ante los otros hombres, naturalmente más aún que ante el universo y ante la Divinidad (II, 583).

Ahí está el español. ¿De dónde viene? Sánchez Albornoz ha descrito la alucinada trashumancia de nuestra historia medieval: los villanos y los caballeros, los cristianos y los judíos, los reyes y los ju-glares, los clérigos y los pícaros. Todos avanzan. Todos viven sobre el

terreno. Todos quieren enriquecerse de la noche a la mañana. Es la gran tarasca nacional que cae sobre Toledo, o sobre Andalucía, o sobre las Américas. Un golpe de magia hace pasar de pobre a rico; la gran lotería de la riqueza no llega por el trabajo. Está en la espada, o si no está, en España desde siempre, en las antecámaras del rey o del señor. El español atravesó así los grandes momentos de la modernidad, y cuando la espada ya no pudo darle gran cosa, se conformó con la esperanza más o menos fantástica o la picardía más o menos descarada.

Don Claudio ha visto lo alucinante y contradictorio de la situación hispánica en los grandes tiempos. El, católico y confesor de la ortodoxia, se encuentra enfrentado, siendo español, con Felipe II. Para Sánchez Albornoz Felipe II debe sus defectos y flaquezas a la herencia germana o portuguesa (II, 523). Unamuno, menos ortodoxo, sintió mejor lo español del rey melancólico. La crítica de la Contrarreforma es, no cabe dudarlo, uno de los grandes problemas del catolicismo contemporáneo. Urge, desde el punto de vista actual, cortar los vínculos con una fórmula ligada a bien distintas y lejanas circunstancias históricas. Pero esto, desde España, desde una comprensión profunda de nuestra historia, es una contradicción amarga. Si es evidente que lo más grande que ha hecho España en su historia ha sido la Contrarreforma (y en ello están de acuerdo todos, desde Menéndez Pelayo a Unamuno), Sánchez Albornoz formula el problema muy claramente:

Nuestra auténtica historia no es, como algunos creen, un error gigantesco. Hicimos un enorme servicio a Occidente durante la Edad Media; y al mundo entero luego, en la etapa inicial de la Modernidad. Fué difícil, si no imposible, cumplir esa misión —¿providencial?— sin el doble sacrificio de nuestra plenitud histórica y de nuestra colaboración al movimiento filosófico y científico de la Europa racionalista que cuajó en el siglo xvii (II, 682).

Preguntar si todo nuestro pasado fué un error es lo mismo que si preguntáramos: ¿Es un error toda actuación histórica? ¿No son un error las actuaciones de los pueblos que defienden su imperio marítimo o su soberanía económica sobre el mundo o lo que se interpreta como marxismo ortodoxo?

España ardió en un cortocircuito, como dice Sánchez Albornoz, al llegar a su plenitud, pero ¿no entra todo pueblo en cortocircuito cuando dice su palabra? ¿No arde y se consume, haya o no creado riqueza, tenga o no una base económica suficiente, haya o no logrado un modo propio de convivencia?

Al cabo, es posible que los españoles no nos diferenciamos tanto. Somos los españoles modernos, a fuerza de preguntarnos, quienes he-

mos removido el suelo bajo nuestros pies. Pero todo pueblo arde y se consume cuando dice su palabra definitiva. Es probable que si nos situamos en esta atalaya, la larga querella pueda quedar sustanciada. Cuando las grandes naciones de Occidente ganaron conciencia histórica de sí mismas en los trabajos de los grandes sabios de la primera mitad del siglo XIX, España, enfrentada con querellas religiosas de dimensión universal, no se ocupó de elaborar esta conciencia histórica. Sánchez Albornoz habla del idealismo de los liberales y masones que sacrificaron los intereses de España y disolvieron la unidad de la España ultramarina, como se puede hablar del idealismo de Felipe II sirviendo a la unidad de la fe católica y luchando hasta el agotamiento de España contra los herejes. Sólo más tarde, en la segunda mitad del siglo XIX, Menéndez Pelayo elabora la conciencia histórica de nuestro pueblo. Sobre su formulación se apoya la polémica que quisiéramos terminara ya. El "enigma" hispánico deja de serlo. Sabemos lo que es nuestro pasado. Nos hacemos solidarios de él en tanto no nos agobie e impida vivir, es decir, en cuanto no es peso muerto. La aportación de Hispania a la historia universal: los descubrimientos y las colonizaciones, la defensa de una fe y de la unidad de la raza humana, la creación de un modo de convivencia está hoy clara. También están bien explícitos los defectos que hacen a veces invivible nuestra realidad. Todos lo sabemos. Ahora dejaremos estas cuestiones. Y como el que está tranquilo sobre su ascendencia y no tiene que tener remordimientos por su pasado, ya que compensaremos los excesos y crímenes con la realidad de las creaciones hispánicas, nos pondremos a trabajar mañana, olvidados de la pesadilla "heredo-histórica" que nos abrumba en la teoría y en la práctica.

Y para llegar a este estado de ánimo es mejor el libro de Sánchez Albornoz que el de Castro. El primero está en tono optimista, mientras que el segundo se entrega sin resistencia a la fatalidad. Cree don Claudio que en definitiva siempre es posible corregir los defectos y las circunstancias desfavorables, mientras don Américo se resigna a colocar el país nuestro en el reino de Ninguna Parte. Sánchez Albornoz hace al fin y al cabo consideraciones optimistas, como historiador y como hombre de experiencia:

Si, como Castro cree, no fuese posible la superación del bisecular enfrentamiento de las dos Españas, porque el español, nacido con su conciencia escindida, lleva en sí una irrefrenable enemiga a cuanto no sea él mismo, no cabría desear, pero no podríamos temer, que una apocalíptica catástrofe telúrica convirtiera a España en una nueva Atlántida —al cabo de milenios misteriosa e ignorada— para que no se prolongase nuestra trágica agonía. Pero yerra Castro; podemos enderezar nuestra ruta en el mañana. Y aunque no sea fácil, es hacadera la pacífica perduración de las fuerzas en batalla (II, 672).

Sí; hay que seguir viviendo sobre la piel de toro si no queremos emprender viaje sin retorno. Hay que partir

... de una visión de nuestro pasado que comience por rechazar toda idea determinista de nuestra vida histórica y toda petrificación de nuestro nacional talante; y que enraíce en las posibilidades de mudanza de nuestra estructura funcional, ni mayores ni menores que las del estilo de vida de cualquier pueblo; de una mudanza que debe contar, eso sí, con la misma singularidad de nuestro *actual* modo de estar en la vida (II, 674).

Comentando hace años el libro de Américo Castro decíamos que lo invivible de la realidad hispánica podía obligarnos a la emigración. Sánchez Albornoz no hace el gesto épico de quemar las naves, y con su autoridad de historiador insiste en que se debe creer en el futuro de España. Frente a los definidores que acentúan y exageran los rasgos del pasado porque nada debe confundir las líneas tectónicas del cuadro que trazan, Sánchez Albornoz es un historiador, no un teórico que se desprenda de la realidad. El cuadro que él traza en los dos abundantes volúmenes es menos brillante sin duda, menos construido, pero más rico en contradicciones, como lo es la realidad misma. Las figuras literarias que aparecen en el cuadro (Berceo, el Arcipreste, el Rey Sabio) son facetas de la realidad intrahistórica, que coinciden o contrastan con lo que nos dice el estudio de las instituciones políticas y sociales, de la economía, en cuanto es accesible, y para Sánchez Albornoz lo es bastante.

Desde el otro lado del Atlántico, Sánchez Albornoz se identifica con aquel pasado al que ha dedicado su vida entera. Refiriéndose al arte de España se coloca dentro de él, en primera persona, al hablar de "la serie de Cristos que esculpimos, tallamos y pintamos". Parece que le da la razón a Américo Castro al situarse como historiador apenas capaz de "objetivar" su tema.

Desde la lejanía no sólo se sitúa dentro del pasado, sino que ha olvidado generosamente alguno de los defectos hispánicos. "No creo en la envidia hispánica", proclama Sánchez Albornoz:

Suele llamarse envidia a lo que es un sentimiento menos vil: el ímpetu de superación de las hazañas de los otros. Envidian los débiles o los impotentes, y no ha solido ser ese el caso entre nosotros; han sentido emulación los fuertes y los audaces. Sólo ese resentimiento, hijo del hispano orgullo y de la hispana emulación —al dejarse ganar por ellos acreditan su hispanismo temperamental—, ha podido provocar en algunos españoles de diversas regiones hispanas de historia magnífica, que basta a hacer perdurables sus nombres en los fastos del mundo, un injustificado dolor ante la feliz unión de la España central y de la España oriental con los Reyes Católicos (II, 477).

¿Podemos creer esto del todo? ¿Podríamos decir que la envidia que ahoga la vida española y a la que dedicaron páginas escalofriantes Unamuno y Pérez de Ayala es toda viril afán de superación?

También es posible que en la lejanía Sánchez Albornoz idealice la triada que él cree que forma Castilla: cántabros, vascos y... godos. En realidad, fuera de la épica y de las costumbres jurídicas germánicas, que pueden remontarse tal vez a los godos, ¿es que hay una sola noticia de que los godos buscaran refugio en Cantabria más que en Asturias? Ni un documento, ni, que yo sepa, un dato onomástico, ni un texto que nos hable de godos al norte y al este de Fromista y Castrojez. Los mapas de las necrópolis y de los monumentos visigodos son muy pobres en todas las regiones que rodean la primitiva Castilla. Es posible que una investigación en los cartularios regionales nos dé algún indicio, pero mientras tanto el visigotismo de los castellanos primitivos debe quedar entre interrogaciones.

Al castellano Sánchez Albornoz le angustia, y con razón, el problema, por él vivido en la emigración, de las "nacionalidades" hispánicas. Se resiste a creer que la unidad de Austrias o Borbones fuera una superestructura impuesta. Y se opone al prehistoriador Bosch Gimpera y a otros teóricos de la diversificación de los pueblos de España. Para Sánchez Albornoz, ni los gallegos, ni los vascos, ni los catalanes, son diversos ni están separados por el pasado. Los quiere unidos. Siente con satisfacción que una doctrina de la unidad de Hispania se formulara por los pensadores de la época visigótica, y literalmente reconoce en ella una formulación de la "unidad de destino" (II, 360).

He aquí la fórmula de José Antonio Primo de Rivera, recogida por Sánchez Albornoz. El, tan generoso para citar a los vivos, aunque sean modestos autores de monografías o copistas de fáciles documentos, ha olvidado el nombre del hijo de Primo de Rivera y el de Ramiro de Maeztu. Yo se lo puedo decir con cierta autoridad: que mida la actitud valerosa y sincera de aquéllos y ni por un momento les guarde rencor, cuando es capaz de no tomarle nada en cuenta a los vivos.

Las premisas de la gran historia de España están sentadas en la Edad Media. Sánchez Albornoz ha descrito muy bien, como quien ha pasado por la política, el mágico ciclo que enlaza el poder con la riqueza:

La fórmula tradicional de equilibrio entre poder, medro y servicio contribuyó al surgir del conquistador y del pícaro. Del conquistador porque muchos españoles, imposibilitados de saciar su ambición en el manantial de la gracia santificante de la realeza, intentaron lograr riqueza y bienestar... a golpes de audacia y de valor... Y del pícaro, porque la picardía no constituía, a la postre, sino el sutil intento de abrirse paso en el mundo y en la vida por los atajos del camino real reservado a los más favorecidos por la suerte... (I, 702).

Tal es el resultado de la gran singularidad de nuestra historia. La gran desgracia está en la invasión musulmana. Ella deshizo la vida natural de los pueblos peninsulares; desarraigó de su suelo a elementos

raciales valiosísimos; creó en la mitad sur de la Península una casta dominadora que subsiste todavía como realidad social; hizo de nuestra Edad Media algo singular y alejado de los otros pueblos de Europa. Es verdad que a consecuencia de ello el castellano fué un hombre libre, sin opresión feudal, y sintió desde el principio la igualdad, pero ¿no está aquí la raíz de uno de nuestros defectos más graves, la falta en reconocer la excelencia, el afán igualitario envidioso? Es la Reconquista la que hizo a España algo diverso e impar. Si la esencia de España ha sido "querer demasiado", ese querer, nos dice Sánchez Albornoz,

... fué un querer muy distinto del querer ser señores del mundo al modo persa, macedónico, romano, francés, inglés, alemán o moscovita. Nuestro querer ser recuerda más al de los musulmanes, y celebro que por una vez mi pensamiento se acerque al de Castro, del que tantas veces se ha apartado (II, 489).

Algo de lo que dijo Castro lo acepta Sánchez Albornoz. Y ese algo, que sea o no comparable a la voluntad islámica, es de todos modos una consecuencia de la Reconquista, es la última palabra sobre la misión histórica de España. Frente a Ferrater Mora, que ha dicho: "El tradicionalismo europeo es el tradicionalismo de los éxitos; el tradicionalismo español, el de los fracasos", Sánchez Albornoz, impenitente en su fe, cree que la tradición española perdura en sus logros:

El tradicionalismo español, escribe (II, 647), es el tradicionalismo de los fracasos. He aquí una injusta afirmación. ¿Fracasó nuestra empresa en América? ¿Fracasó nuestra intervención en la Reforma católica? ¿Fracasó nuestra defensa del Mediterráneo occidental frente a los turcos? ¿Fracasó nuestro Siglo de Oro? ¿Fracasó nuestro alzamiento frente a Napoleón en una Europa curvada ante él? Nos agotamos en tales empresas, pero, ¿puede hablarse de fracasos? Sólo fracasó nuestro intento de mantener en vigencia el tradicional estilo de vida teocéntrico de Europa.

Y con entusiasmo pasa a examinar si el éxito del tradicionalismo europeo es otra cosa que el éxito del maquiavelismo. El éxito que hoy se disputan Norteamérica y Rusia; ayer, Napoleón o Hítler o la Inglaterra victoriana o la Francia de Richelieu. Aunque el estilo de vida teocéntrico fuera un sueño, él da un ideal moral a las horas mejores de nuestra historia.

Y aquí está la solución del enigma histórico, proyectado en el presente, pero con el ánimo de seguir viviendo. Y esta expresión de seguir viviendo, que en nuestra lengua parece algo impenitente y rutinario, es lo único que tiene que mirar el político. Sánchez Albornoz presta un servicio desentrañando el problema para solucionarlo y explicarlo, no para exhibirlo como algo magnífico y monstruoso.

Respondamos, desde lo alto de nuestros páramos, al mensaje de Sánchez Albornoz. Discutamos con él, si es preciso, pero no pequeños, bajo la atmósfera límpida y calma, de sordera.—ANTONIO TOVAR.

RONALD HILTON: *Los estudios hispánicos en los Estados Unidos*. Ediciones Cultura Hispánica. Madrid, 1957.

En el curso de una visita a la Universidad de Stanford tuve ocasión de conocer al profesor Ronald Hilton. El profesor Hilton me invitó a su casa y en su despacho pude entrar en contacto con una de las colecciones más completas de libros y de documentos sobre lo hispánico que he conocido. En el ámbito familiar mismo tenía instalada el profesor una emisora de radio, "La Universidad del Aire", destinada exclusivamente a fortalecer las relaciones con los países hispánicos.

En su cátedra californiana, el profesor Hilton no se había detenido en la pura labor profesoral, sino que con un tesón admirable y con unas facultades de iniciativa casi milagrosas había ido creando instrumentos de tanta eficacia hispánica como el "Hispanic American Report", boletín mensual que el profesor creó y dirige. E incluso en su misma cátedra de "Hispanic American Studies", el profesor Hilton, según pude observar, había sabido imprimir un tono de inmediata eficacia a los trabajos de Seminario del grupo de escogidos que reúne a su alrededor todos los años.

Hoy el profesor Hilton ha trasladado a un libro sus conocimientos sobre los estudios hispánicos en los Estados Unidos. O más exactamente, este libro ha sido traducido hoy al español, porque con su título original de *Handbook of Hispanic Source Materials and Research Organizations* se había publicado ya en 1942.

El "Handbook", que nos llega en una adaptación impecable de Lino Gómez Canedo, O. F. M., es hoy una de las compilaciones que más utilidad tienen para el estudioso de los temas hispánicos a ambos lados del Atlántico. El intelectual americano encuentra en el "Handbook" una lista completísima de organizaciones que se dedican a la propagación de la cultura hispánica. El estudioso o creador español entra en contacto con un mundo mucho más amplio de lo que podía haberse imaginado en el que su lengua y su cultura imperan, son estudiadas apasionadamente y constituyen una materia viva de constante investigación.

Con un criterio geográfico de presentación por Estados, pasan por el libro

la casi totalidad de archivos, bibliotecas, museos y sociedades científicas que, total o parcialmente, han escogido a los temas hispánicos como base de sus actividades.

El "Handbook" es, pues, en lo que se propone, un modelo y un adelanto de los estudios hispánicos en U. S. A., y hay que agradecer al profesor Hilton el haberlo llevado a cabo y a Lino Gómez Canedo el esfuerzo de traducirlo, revisarlo y mantenerlo al día en esta edición de 1957.

En el libro podemos darnos cuenta de la primacía de las organizaciones universitarias en el panorama cultural del país. Y al hablar de las organizaciones universitarias consignemos que el "Handbook" no agota, en lo que a ellas se refiere, la totalidad de información: así, por ejemplo, no encontramos mención de la "Hispanic Society", que en Rutgers University se mantiene gracias al fervor cultural de Vázquez Amaral; o de la "Iberia House" de Rollins College, al cuidado de Mr. Campbell.

No queremos señalar con ello un defecto del "Handbook" de Ronald Hilton, ya que una exhaustiva revisión universitaria, abarcadora en muchas ocasiones de organizaciones de ámbito casi puramente docente, excede sin duda al propósito del libro; pero sí queremos dejar constancia de una realidad pujante que en cada uno de los "Departamentos de Español" de las Universidades americanas tiene una célula viva que labora construyendo en total una ingente tarea de hispanismo.

Los estudios hispánicos en los Estados Unidos es un libro hecho con lucidez, con amor, con penetración y objetividad. En su conjunto cuajado y operante nos ofrece un documento vivo de cultura hispánica, que será ya imprescindible para cuantos se interesen en el estudio de los temas hispánicos en U. S. A.—JAIME FERRÁN.

2

JOSÉ MARÍA CASTELLET: *La hora del lector*. Biblioteca Breve. Editorial Seix y Barral, S. A. Barcelona, 1957.

En este libro, José María Castellet nos ofrece un claro enfoque de la evolución técnica de la novela contemporánea, las relaciones entre autor y lector y las perspectivas que se presentan a la literatura.

En la gran novela del siglo XIX el autor aparece siempre bien visible, como creador y dueño absoluto de su obra, el único que ostensiblemente tira de los hilos de sus personajes. Ante esta obra endiosada, el lector quedaba en situación de inferioridad: su misión era aceptarla y callarse; nada más. Pero ahora se observa en la novela que el autor va, cada vez más, desapareciendo, como tal autor, de ella; y, en consecuencia, aparecen —o proliferan notablemente— técnicas nuevas. Al final de este proceso, lector y actor quedan en una situación de igualdad democrática.

Desde hace veinticinco o treinta años han aparecido tres técnicas narrativas: los *relatos en primera persona* —procedimiento antiguo, pero ahora revitalizado—, el *monólogo interior* y las *narraciones objetivas*, que poco a poco van desplazando la concepción ochocentista de la novela. Castellet acusa a los escritores del siglo pasado de ser poco inteligentes, al no haber previsto el próximo derrumbamiento de la burguesía y, por tanto, también de su sistema intelectual analítico; pero quizá es un poco excesivo juzgar a escritores decimonónicos con las normas y conceptos de nuestro siglo.

Gracias a los relatos en primera persona, la narración gana en realismo, y con el monólogo interior el autor aporta su propia subjetividad, además de que “entraña el abandono de la seguridad y del orden social-burgués, a los que sustituye por la inestabilidad y la soledad individuales” (pág. 33). El último paso es el de la narración objetiva, muy influida por el cine, que, para decirlo en dos palabras, es describir y no definir. Los grandes escritores contemporáneos han solido combinar estas técnicas, dándonos así logros artísticos extraordinarios.

A la vez se ha venido produciendo en la novela un fenómeno de *oscurecimiento de la expresión y complejidad narrativa*, no caprichoso, sino obligado por la misma índole de la narración y la actitud que toma el autor frente al lector: ahora lo necesita para terminar con la lectura el proceso creador. Autor y lector quedan así unidos en la misma tarea, y empeñados en un notable esfuerzo intelectual. Por eso, recogiendo esta ascensión del lector al plano creador, ha titulado Castellet su libro, muy felizmente, *La hora del lector*.

Pero pasando de los conceptos a la realidad inmediata, *la hora del lector* es

también la hora de una literatura sin lectores; es decir, se da la paradoja de que cuando el autor necesita del lector como compañero en la tarea creadora, éste desaparece. Efectivamente, la literatura innovadora se ha encontrado con la repulsa o la indiferencia general de los lectores. Esto se debe a rutina o inercia mental, al hecho de que el escritor inteligente de nuestros días —creador y crítico a la vez— tropieza con el tremendo aplatanamiento o embrutecimiento de las gentes, y no con ese hipotético lector inteligente y culto. Esta es una situación de hecho, que no da pie a los derrotistas, sino que exige “un doble acto de humildad”: la literatura no puede ser “onanista”, pero tampoco hay que descuidar que “son muchos los que olvidan que la literatura es todavía un arte, y quisieran que la novela o la poesía imitasen sus ambiciones creadoras para convertirse en material escrito de fácil tono demagógico o populachero...” (página 74); es decir, en los dos casos se insiste en las exigencias propias de toda obra de arte. El escritor ha de ser moral y consecuente con su propia creación: empleará técnicas oscurecedoras, pero nunca caprichosamente, nunca abusando del lector. No obstante, en la práctica, el límite entre lo necesario y lo abusivo me parece bastante difícil de precisar.

La solución de este conflicto entre necesidad ineludible de lectores, y a la vez falta de éstos, sólo se encuentra en el aumento universal de la cultura, fin y propósito de todos, pero del que estamos, por desgracia, muy alejados.

Ahora bien, la literatura no desaparece, como algunos han vaticinado. Tampoco Europa, a pesar de su famosa “decadencia”. Castellet es en esto —como en general en todo el libro— terminante, claro y preciso. El siglo XX, a pesar de tantos desastres, es un siglo dotado de extraordinaria sensibilidad moral. El escritor deberá tener solidaridad social y libertad, porque de sus nuevas relaciones con el lector le nace una gran libertad —que será de todos, no de unos pocos privilegiados—. “La literatura le pide hoy responsabilidad social y le exige comprometerse con su sociedad y con su tiempo. Pero no podemos verle —y él debe cuidar de que no suceda así— en trance de *creación dirigida*, es decir, obedeciendo dictados que no sean los de su más insobornable conciencia individual y social” (págs. 101-102). La moderación y justeza del pensamiento de Castellet

aparecen aquí relevantemente. Incluso en su postulación de una técnica objetiva admite atenuaciones individuales, o bien posibles exageraciones, como lo ha puesto de manifiesto, por ejemplo, en el ensayo dedicado a la obra de Alain Robbe-Grillet en *Papeles de Son Armadans*, V, XV. Es decir, que siempre, partiendo de estas precisas técnicas y sociales, hay que contar con la absoluta libertad del creador individual. Otra cosa sería, para decirlo con una expresión popular, arte prefabricado.

José María Castellet nos había dado con su primer libro, *Notas sobre literatura española contemporánea*, una muestra de su inteligente y honrada preocupación por los problemas literarios españoles. Ahora, con *La hora del lector*, nos trae un tema de Europa, universal, y, por tanto, también de España. Libro agudo, claro y jugoso, merece leerse y meditarse. Una antología de textos de creación y críticos completa adecuadamente el volumen. — ALBERTO GIL NOVALES.

3

EDUARDO CARRANZA: *El olvidado*. Ediciones "Meridiano". Málaga, julio de 1957.

Sería vano, y no vamos a hacerlo, quitar o poner algo a lo que Dámaso Alonso dice en el prólogo, extenso y concienzudo —hay pocos que lo sean—, de este *Olvidado*, de Eduardo Carranza, cuya siempre joven poesía sólo en los poemas posteriores a los contenidos en su último libro —el que comentamos— parece haber oscurecido un poco la alegría de su natural condición. Y hemos hablado de alegría, pero ¿qué arte auténtico no es inevitablemente melancólico? La poesía de Eduardo Carranza lo fué siempre, y quien no haya advertido la melancolía, tan grande y compensada, de los cuartetos de Mozart, de las acuarelas de Raoul Dufy, de las canciones de Rafael Alberti, no ha podido entenderlos bien a ellos. La poesía de E. C. es alegre y es melancólica, y lo es porque prolonga una luz de adolescencia. Y es, a su manera, poesía árabe. Ya lo dice Dámaso Alonso en el prólogo; uno no lo escribió nunca, pero sí que lo pensó y que lo dijo, hace ya tiempo, y una tal coincidencia en el diagnóstico del quehacer poético de E. C. tiene, por fuerza, que satisfacerme. Las determinantes de esta curiosa "arabidad" están

para Dámaso en la sensualidad de esta poesía, en su minuciosidad "dibujable", en su brillantez; el prologuista tiene razón. Yo percibo también esa arabidad por vía de su elegancia formal, de su carácter exultante, solar, y de su desmedida capacidad cantora, parigualmente valoradora, en un momento dado, de un vaso de vino y de un río del trópico. Detrás de un quiebro, de un ropaje y de unos elementos semejantes, sólo podemos pensar en la mano de Ben Zaydún de Córdoba o en la de Eduardo Carranza:

*Ahora tengo sed y mi amante es el agua.
Vengo de lo lejano, de unos ojos os-
[curos,*

versos con que se abre el poema concretamente titulado "El olvidado" (página 45).

Conviene siempre preguntarse qué es lo que define a una poesía como grande —en el caso de la música esto queda muy claro—, o, dicho de otro modo, por qué la poesía de un gran poeta llega a ser grande, qué confluye a ella para que lo sea. La respuesta, seguramente improbable, queda, desde luego, por encima de la simple iluminación crítica. Si la clave es su fidelidad —variada, pero inmutable— a un mundo poético inmerso en lo más recio de la vida (por ejemplo, la mujer, las declinaciones de la Naturaleza, la fuerza y la maravilla del vivir), si esto es así, entonces Eduardo Carranza es uno de los grandes poetas contemporáneos con que América cuenta. La verdad es que llevamos leída mucha crítica sobre su poesía y que nada nos ha acercado más a sus virtudes, a sus singulares características, como la directa y desembarazada lectura de ella misma, lectura iniciada en Africa, con el "Canto en voz alta", un año ya muy llovido, muy lejano. La poesía de Eduardo Carranza, dentro de unos ámbitos siempre limitados —que es decir, también, fieles e inequívocos— tuvo siempre igual encendida pasión, idéntico encarnizamiento en su entusiasmo hacia la vida elemental, desarrollado con tanta agudeza, finura y arrastre de sentimientos como en el "Poema con una sola mano" —muy comentado en el prólogo por el maestro Dámaso—, donde el poeta, pasando los dedos sobre un mapa de Colombia, revista somera y ardentemente el mundo de su volada adolescencia en el valle de Ubaté:

Oigo cantar a un gallo con los dedos.

La poesía de E. C. es inequívocamente americana, tocada de ese arañazo de la tierra, más caótico que cósmico, de ese fulgor biológico natural, *aquello* que ya prorrumpía entre los más cultos y gentiles cisnes de Rubén Darío, y que tan a la mano está luego en los significativos poetas de Hispanoamérica: en Pablo Neruda, en César Vallejo, en Gabriela Mistral, en Manuel del Cabral. Pero esta fuerza quemadora, desnuda, biológica, específicamente americana, y tan presente en la poesía de E. C., no es más que uno de sus interesantes elementos constitutivos: el principal acaso, pero de ningún modo el único. Por ejemplo, se halla felizmente barajada con él, conviviendo con él de un modo pleno y difícil, una expresión muy refinada y clásica.

"Alhambra", el poema final, cuya importancia para el poeta parece ser grande, ya que el libro ostenta el doble título de "El olvidado y *Alhambra*", es una pieza igualmente inserta en el decir y el sentir acostumbrados de E. C., armoniosa e intensa; con todo, no se nos alcanzan los motivos por el que fué elegido para contitular tan concretamente el volumen. De éste hay que hablar por separado. Está hecho en Málaga, por Bernabé Fernández-Canivell. Esto quiere decir que se cuenta, automáticamente, entre los más bellos libros de poesía que se están editando en Europa. La tradición, la calidad, la gracia, el papel con que Bernabé Fernández-Canivell —al margen de sus empeños con la revista *Caracola*— está publicando poesía en Málaga, es algo que acaso tarde en ser apreciado en todo su justo valor.

Abren el libro, con el estudio de Dámaso Alonso, tres poemas dedicados a Eduardo Carranza por Leopoldo Panero, José María Souvirón e Ildefonso Manuel Gil. Se añaden a la edición, dispersos entre el hermoso texto de la misma, muy finos dibujos de Carlos Pascual de Lara.—FERNANDO QUIÑONES.

4

ITALO SVEVO: *La conciencia de Zeno*. Biblioteca Breve. Editorial Seix Barral, S. A. Barcelona, 1957. 450 págs.

Italo Svevo murió en 1928, en un accidente de automóvil. Produjo, desde 1892, cuatro novelas, un volumen de cuentos, cinco obras teatrales, un tomo

de ensayos y páginas dispersas. Sin duda, la obra capital del que fué anónimo industrial triestino (Ettore Schmitz) es *La coscienza di Zeno*, novela que condujo al descubrimiento literario de Svevo, incorporándolo a los creadores de la moderna narrativa analítica (Joyce, Proust, etcétera), pues con anterioridad había publicado un par de novelas que pasaron inadvertidas.

Zeno, protagonista de la obra, que acabamos de releer en la nueva edición de "Biblioteca Breve", hombre rico, ocioso, culto, hiperestésico, aquejado de mil males imaginarios o indefinibles, encomienda su curación a un psicoanalista, el cual pide a Zeno, como vía terapéutica, que escriba su autobiografía con absoluta sinceridad. Zeno Cosini, desnuda el alma, habla entonces de su infancia, de sus enfermizas aprensiones, de la muerte de su padre (en la que se detiene mucho, y crea páginas de antología), de sus sueños, de sus amores y amigos; refiere sus escasas experiencias comerciales y termina exponiendo la opinión particular que le merece el psicoanálisis, así como desarrollando una teoría filosófica, informada en su mayor parte por cierto pesimismo cósmico y cierta inclinación a lo que podría denominarse "progresión animal"; en el sentido, har-to discutible, de que en tal evolución orgánica se halla la salvación del mundo, la recuperación de la salud, prescindiendo de "los instrumentos que el hombre ha inventado fuera de su cuerpo".

Italo Svevo, valiéndose de lo que parecen ser sencillas fórmulas literarias, ha escrito una novela sutil, compleja, sobria y hasta levemente teñida de un irónico sentido del humor, terrible a veces, sirviendo de base al aserto la frase pronunciada por el padre de Zeno que, debatiéndose en la agonía, desesperado, semiinconsciente, se levanta del lecho con extraño atuendo, pasa frente al espejo y murmura: "¡Parezco un mejicano!" (página 58). Después de esta aparente garrulería asistimos a la concreción mística de una vida próxima a la extinción: "Durante la noche siguiente experimenté por última vez el terror de ver resurgir aquella conciencia que yo temía tanto. Mi padre [moribundo] se había sentado en el sillón junto a la ventana y contemplaba a través de los vidrios, en la noche clara, el cielo totalmente estrellado. Su respiración seguía siendo jadeante, pero no parecía sufrir a causa de ello, absorto mirando hacia arriba. Tal vez a causa de la respiración parecía que su

cabeza hacía gestos de asentimiento.” “Me pareció que contemplaba las Pléyades. Tal vez en toda su vida no había mirado durante tanto tiempo un lugar tan lejano” (págs. 59 y 60).

La conciencia de Zeno cumple una finalidad importante, que si bien no tiene carácter novísimo, aún no se había incorporado —desde su origen matemático y abstruso— a la novela y a la narrativa llana que puede cubrir un sector, diremos popular, o transformar en imágenes plásticas lo que hasta ahora resultaba una pura abstracción filosófica. Se trata, pues, del concepto de relatividad, de disociación, que preside la vida entera de Zeno. Tendencias desgraciadamente encaminadas, quiérase o no, a disminuir la personalidad y los perfiles concretos. Multiplicanse los ejemplos, banales, pero expresivos: “Rechacé su ofrecimiento y, cuando pude cerrar la puerta detrás de mí, emití un suspiro de alivio. Pero sin duda Guido debió de dar el mismo suspiro” (pág. 156). “Acerqué mis labios a su mejilla aterciopelada, procurando no rozarla siquiera. Fué la primera satisfacción de aquel día, porque por un instante percibí todas las ventajas que me provenían del matrimonio: me había vengado negándome a aprovechar la única ocasión que hasta entonces había tenido de besar a Ada (mujer de Guido). Luego, mientras el tren corría, sentado al lado de Augusta (su esposa y hermana de Ada) dudé de si había hecho bien. Temía que aquello comprometiera mi amistad con Guido. Pero sufriría mucho más cuando pensaba que tal vez Ada ni siquiera se había dado cuenta de que no le había querido besar la mejilla.”

Insistiendo sobre la idiosincrasia de Zeno, que es en realidad la tesis de la novela, sobre su sentido líbido, onírico, aprensivo y de grande egoísmo espiritual —ya que su mundo no es precisamente el del trabajo—, llegamos a la conclusión de Zeno, tipo normal y lógico, pero... sincero, y esto le confiere el ropaje excéntrico y original observado en el desarrollo de la obra, dándose la circunstancia especial de que en él no operan las fuerzas comunes al resto de los mortales de la lucha por mejorar su capacidad económica. Dicha ausencia convierte a Zeno en hombre inerte. Incluso en medio de la mayor actividad está abandonado a la inercia. Carece de objetivos perentorios. De ahí su dificultad para entrar en acción y su imposibilidad de detenerse una vez comenzada ésta. Al final, Zeno desestima el psicoanálisis y

se burla del complejo de Edipo que el doctor quería atribuirle. Obtiene la regeneración cuando no le queda otro remedio que ocuparse de su negocio en los turbulentos años de la guerra de 1914: “Admito que, para tener la convicción de la salud, mi destino ha tenido que cambiar y calentar mi organismo con la lucha y sobre todo en el triunfo. Ha sido mi negocio el que me ha curado, y quiero que el doctor S. lo sepa.” Por otra parte, dicho doctor S. mantiene su tesis de que reverdecendo el pasado de los pacientes se obtienen beneficios incalculables...

El libro, traducido por J. M. Velloso, está muy bien presentado, con una nota del editor y una bella fotografía en la sobrecubierta, de Pomés.—EDUARDO TIJERAS.

5

MANUEL GÁLVEZ: *Tránsito Guzmán*. Editorial Teoría. Buenos Aires, 1957. 222 páginas.

No es extraño entre los comentaristas del escritor argentino Manuel Gálvez recurrir a la comparación con el estilo y la temática de Pérez Galdós, para definir con exactitud al gran público lo que significa su obra actual dentro del panorama de las letras hispánicas. Y al tiempo que ilustrativo es exacto. Gálvez, como el autor de los *Episodios Nacionales*, centra la mayor parte de sus novelas y narraciones sobre un telón de fondo entre realista y verídico, del que si se extrae la anécdota puede llegar a semejarse a un capítulo de la Historia, o a una crónica de actualidad. Su estilo, sencillo y directo, y la forma de dejar actuar a sus personajes sobre el ambiente y las circunstancias, sin buscar en ningún momento la creación de caracteres, en nada se diferencian del historiador profesional que narra hechos avalados por la más escrupulosa documentación. En este sentido es lógico y claro el parangón entre sus novelas, en las que refiere las luchas entre federales y unitarios y la inacabable teoría de los *Episodios Nacionales*, de Pérez Galdós. La única diferencia entre ambos es la opuesta dirección ideológica que preconizan. Pérez Galdós, aferrado a una estricta posición liberal; Gálvez, aunque actual, luchando por resaltar los valores de una tradición, a la que se halla unido reciamente por vía de su formación católica.

Con *Tránsito Guzmán* prosigue la línea de su anterior novela, *La noche toca a su fin...* Ambas recogen dos momentos trascendentales de la Historia argentina, y más concretamente de la Historia del catolicismo argentino. Así como en *La noche toca a su fin...* el marco por el que discurría la narración estaba dado por la circunstancia de celebrarse el Congreso Eucarístico Internacional de 1934 en Buenos Aires, en *Tránsito Guzmán* —coetáneo de otro Congreso semejante, el celebrado en Río de Janeiro en 1956—, el ambiente lo determinan los días en que la mayor parte de los católicos, y en general ese sector que en el seno de todas las sociedades humanas forman las llamadas “gentes de orden”, conspiraban para derribar el régimen peronista, y desemboca en los dramáticos sucesos del 16 de junio de 1956, localizados de modo especial en la iglesia de San Francisco, uno de los más antiguos templos de la capital argentina, destruído junto con sus incalculables tesoros documentales y artísticos.

La novela es un documento actual, vivo y apasionado, pero que a pesar de su pasión refleja con verosimilitud los hechos que narra. Esto que a primera vista parece paradójico, no lo es tanto si se observa que el novelista no pretende hacer otra cosa que la “pequeña historia” de la reciente revolución argentina. Los personajes de la trama son gentes sencillas, gentes que luchan por un ideal político-religioso y por él ofrecen sus vidas sin vacilar; que creen al “conspirar” que están realizando una acción suprema y trascendental, más importante si cabe que los movimientos de la escuadra o la acción de la aeronáutica militar. Y que si se piensa con detenimiento así habría que creer, puesto que la acción de las armas casi no supuso nada en los acontecimientos a los que nos estamos refiriendo, comparado con la enorme resistencia pasiva opuesta por más de la mitad del país, amalgamado en el común denominador que cifraba sus deseos en la caída del hombre que había gobernado la Argentina por espacio de más de diez años. Esa vida menuda de la gran capital, de pequeñas acciones sólo valoradas por el agente anónimo que las lleva a cabo, compone el cañamazo sobre el que el autor ha recamado las partes que estimó realzar. A esos días pequeños en que la única acción política posible no pasa más allá de la difusión del “chisme”

o el reparto clandestino de una octavilla, muchas veces expresión de una iniciativa muy particular y sin tener coordinación alguna con los “cerebros ocultos” de la gran conjura, hace alusión la novela. Por lo demás, el ambiente es perfectamente real, hecha la salvedad de que no pretende retratar todas las escenas de la Revolución, así como muchos de los juicios, opiniones y dictámenes lanzados a lo largo de sus páginas por muchos de los personajes que por ellas cruzan. En este aspecto cabría suponer a su autor, magnetofón en mano, recogiéndolos por las múltiples encrucijadas de la capital platense. En mi calidad de observador, como visitante de la Argentina por aquellos días, he de reconocer que bastantes de los pasajes de *Tránsito Guzmán* los había “vivido” antes. No eran pocas las personas que tuve oportunidad de conocer y tratar en aquellos días de conspiración para un gran sector de la sociedad argentina que así se manifestaban.

Quizá en medio de este ambiente tan próximo a la realidad lo que más se destaca y al mismo tiempo más se desdibuja es la recargada pintura de la protagonista, *Tránsito Guzmán*; personaje a todas luces exagerado, sin carácter y con poca “madera” para polarizar en su inconsistente acción, como tal protagonista, la trascendencia de una tan poderosa mutación político-social. Acaso sea la voluntad del autor reflejar en ello la humildad franciscana que deja fluir a lo largo de las páginas de esta obra. Es la única explicación que alcanzamos.

La novela termina con el fracaso de la revolución de junio, cuyo objeto no fué otro que preludear el triunfo de septiembre, del que se da un adelanto de noticia en un breve epílogo de cuatro páginas y acaso el anticipo de una narración sobre los sucesos referidos, bien enfocada desde otro plano de la conspiración, bien desde la ciudad en la que se originó esta nueva época de la Historia argentina: Córdoba. Si así fuera, no haría otra cosa Gálvez que otorgar un punto más a favor de aquellos críticos literarios que, como decíamos al comienzo, lo emparejan con Galdós.—
ANTONIO AMADO.

6

CAMILO JOSÉ CELA: *La rueda de los ocios*. Colección “La Pluma”. Editorial Mateu. Barcelona, 1957.

Cajón de sastre y esta Rueda de los

ocios son los dos últimos, recentísimos libros de Cela, o sea los dos últimos libros del más interesante escritor, a nuestro leal juicio, de la postguerra española. Piensa uno, siempre tendiendo a hablar con la mayor honestidad posible, que poco o nada añaden a este título y primacía, desde el punto de vista crítico, químicamente puro, el posterior eco internacional de las obras del autor gallego y su reciente ingreso en la Real Academia Española. Nos parece extemporáneo y tonto traer aquí otra vez a cuento las virtudes que configuran la calidad del escritor, aunque, para uno, su último y profundo venero mana de la honradez y fidelidad a cuatro o seis ideas directrices, sencillas y básicas, que presidieron la hechura de los mejores y más artísticos volúmenes del autor: *La familia de Pascual Duarte*, *La colmena*, *Viaje a la Alcarria* o *Mrs. Caldwell habla con su hijo*, que es una novela de gran e inadvertida importancia dentro de la obra de C. J. C. y la última en que se produjeron plenamente el talento, el esfuerzo y la casta del escritor.

De *Cajón de sastre* y de *La rueda de los ocios*, el libro que ahora nos ocupa, puede hablarse, aunque sean dos, como de un solo libro. Recogen ambos gran parte de los artículos de colaboración publicados por C. J. C. en los periódicos y las revistas de sus más denodados —hasta la fecha— años literarios. Este negocio de los artículos de colaboración, según nos dice la propia experiencia, es uno de los más complejos y notables con que toca enfrentarse a un escritor, aparte de su frecuente condición de pan de cada día. De una parte, y sobre todo a ciertas edades de la vida del escritor, el artículo de colaboración representa nada menos que el único contacto cierto y posible con el pueblo, con la multitud lectora y no lectora, ese noble contacto, seguramente utópico, relativo, pero al que el escritor auténtico no puede ni podrá dejar de aspirar. Por otro lado, el peligro profesional del sugestivo respiradero que es el artículo de colaboración corre parejas con el peligro profesional del buen cocinero al que, por unas u otras razones, se le marcha la vida cocinando tapas y platos. No es éste, por suerte, el caso de C. J. C., ni ojalá que lo sea nunca.

La rueda de los ocios consta de cuatro apartados diferenciados y orgánicos. En el primero, "Sobre la literatura y sus alrededores" (págs. 11 a la 67), se contiene la seria, salada y vibrante se-

rie de artículos —muy vecinos al pequeño ensayo— que, si no nos fallan las memorias, dió C. J. C. en *Correo Literario*, y en la que manejó, a través de un lenguaje bizarro e ingenioso, problemas y verdades de a puño sobre el arte de escribir considerado tanto en general como dentro de un país —España— y de unos tiempos —éstos—.

La estancia segunda, "Notas de una excursión americana" (págs. 69 a la 208), de particular interés para su referencia en CUADERNOS HISPANOAMERICANOS, colecciona aquellos artículos resultantes de las andanzas viajeras de C. J. C. en Argentina, "cuya tierra, que es el mismo milagro, ha de apoyarse en el milagro para hacerse entender"; en Colombia, "esa despensa que hoy aloja a una cifra veinte veces menor a la de los hijos que se merece"; en El Ecuador, "milagro de la voluntad, pequeño y bravo, armonioso y nobilísimo, recoleto y gentil"...

Por la tercera puerta, "Conversaciones con algunos amigos" (págs. 211 a la 276), se llega a la airosa y reveladora baraja de esporádicas entrevistas sostenidas por el autor con Manuel Machado, "Azorín", Baroja, Fernández Almagro, Vázquez Díaz, Eduardo Vicente, Cristino Mallo, etc., y por fin, en la última parte, que da título al libro, se incluyen (págs. 279 a la 346) hasta diecisiete artículos ágiles, variados, de diversa fortuna y sabor.

La diversidad, anécdota, enseñanza y, en una palabra, el interés literario de *La rueda de los ocios* se producen, en efecto, pero partiendo de la base de que se trata de un libro de artículos, de una recopilación de trabajos sueltos, de piezas literarias menores, el olvido de cuya circunstancia, a la hora de una valoración eficaz del libro, no nos parece ni medianamente inteligente. Pero, también, va siendo hora de preguntarse cuándo reanudará por fin C. J. C. el serio menester de sus responsabilidades de novelista en primer término, esas responsabilidades que no acaban de cubrir sus libros de ahora ni la dirección en Palma de Mallorca de la excelente revista que es *Papeles de Son Armadans*, esas responsabilidades que se deparó él mismo mediante su talento, su esfuerzo y la línea de su obra escrita. Según dijimos más arriba, *Mrs. Caldwell habla con su hijo*, publicada hace ya unos años, nos parece el último libro de C. J. C. en que surgía cuanto el escritor está obligado a dar de sí; luego han apare-

cido bastantes volúmenes suyos, es cierto, pero procedentes de material ya impreso o bien sin la importancia y la tensión a que la juventud y el talento del escritor están debidos. Pues, en uso de sus propias y veraces palabras, "el hazte buena fama y échate a dormir no vale en nuestro terreno"; en efecto, a un escritor tan valioso, tan capaz, tan evidente como C. J. C., no debe estarle permitido el sueño.—FERNANDO QUIÑONES.

7

FERNANDO OLIVIÉ: *Canadá. Una monarquía americana*. Ediciones Cultura Hispánica, 1957.

La complejidad de la historia moderna ha llamado a su interpretación a investigadores distintos de los historiadores habituales. Entre ellos, pocos podríamos encontrar como el diplomático que reúnan la penetración en la visión histórica y la alertada sensibilidad ante los problemas políticos necesarias para esta tarea.

Esa agudeza ante los problemas de su tiempo, que fué ya norma de los trabajos de Mosén Diego Valera o de Hernando del Pulgar, esa sensibilidad que podemos hallar en Rebollo, Moncada o Saavedra Fajardo, son hoy más necesarias que nunca y por eso saludamos generalmente con alegría los libros que los diplomáticos nos ofrecen sobre problemas en los que se hallan especializados.

En el caso del examen y revisión de un país joven y complejo como el Canadá nos parece singularmente apropiado que haya sido hecha por un diplomático (1). Fernando Olivie la lleva a cabo en un libro sereno, pero apasionado; objetivo, pero repleto de una cálida y humanísima interpretación ambiental: *Canadá. Una monarquía americana*.

Al enfrentarnos con este libro creemos que hay algo que hemos de agradecer especialmente: el propósito didáctico que el libro sirve, ya que Fernando Olivie no nos ofrece un habitual libro de viajes, ni un simple tratado de interpretación de la realidad observada, sino una

konda y madurada reflexión sobre el devenir histórico-político de un país, de la que se desprende una lección que ha de interesar sobre todo a los españoles.

En efecto, en la interesante Introducción que encabeza el libro, Fernando Olivie señala certeramente las diferencias que se pueden encontrar en la desmembración de dos poderíos coloniales como el español y el inglés. Y lo hace no con la añorante vacuidad del que hurta morbosamente en el pasado, sino con la voluntad de quien establece un diagnóstico, que los instrumentos contemporáneos de investigación histórica permiten que sea hoy más acertado, más justo, aunque también, naturalmente, más implacable.

El libro de Olivie, a la luz de este propósito conscientemente servido, de comparar dos formas o "estilos" de devenir histórico en la América española y en la británica, establece una constante enseñanza para el lector avisado, y en esto reside uno de los valores indudables del libro. El desarrollo del volumen es sugestivo. Lo inicia un completo resumen histórico-político que nos pone eficazmente en contacto con la compleja trama que ha conducido al Canadá a ser hoy la única monarquía americana. En los capítulos II y III ha dibujado Olivie una cuidada descripción geofísica del país, con vertientes de geografía económica y humana, a la que se presta singularmente la dualidad racial que el Canadá ofrece. Sigue después una detallada descripción histórica, en la que el autor sabe evocar bellamente los itinerarios de los primitivos clásicos de los viajes canadienses, como Champlain y los sucesivos asentamientos de franceses e ingleses en el país, examinando con precisión movimientos tan significativos como el "orangismo" de los norteamericanos. Más tarde, el autor nos conduce al examen del panorama político que ha presidido la historia del Canadá, y nos muestra las razones que le han llevado al puesto que hoy le corresponde en la actual estructura internacional y su papel en los últimos acontecimientos mundiales.

Finalmente, la complejidad cultural de un país en el que dos lenguas y dos culturas europeas han convivido constantemente, y la lección que se desprende de su coexistencia prestan la materia para el último capítulo del libro, que constituye por sí solo un magnífico tratado cultural, dentro del que el autor sabe detenerse morosamente en el exa-

(1) Es significativo que otro libro sobre el Canadá, que tenemos entre nosotros, se deba también a la pluma de un diplomático: el *Canadá* de Francisco de Agromonte.

men de las distintas vertientes literarias anglocanadiense y francocanadiense, incluyendo buenas muestras y traducciones de los mejores autores.

En 1955, en el curso de un viaje por Estados Unidos, había yo sentido en varias ocasiones la tentación de visitar el Canadá. No me fué posible por diversas circunstancias, y mi deseo había acabado en una desilusionada resignación irremediablemente teñida de tristeza. Hoy el libro de Fernando Olivié me ha parado una suerte de viaje mágico por el país que no había podido conocer, y este viaje es completo y abarcador, y a través de él —a través de la lectura de este libro— me parece haber conocido mucho más hondamente el país que si hubiera podido hacerlo personalmente. Olivié nos conduce por el Canadá con mano segura: desentraña para nosotros los aspectos más recónditos del paisaje, así como del alma de las personas; analiza agudamente todos los aspectos que del país pueden interesar más al hombre contemporáneo. Por todo, he sentido agradecimiento, el mismo agradecimiento que seguramente habrá de sentir todo lector de este libro apasionante.—JALME FERRÁN.

8

JOSÉ JARA PERALTA: *El "Ciudad de Toledo", embajador de España*. Prólogo de Fernando Sebastián de Erice. Ediciones Cultura Hispánica, Madrid, 1957. Talleres Gráficos Victoria.

Creo necesario confesar que casi toda la literatura hecha bajo el tema "impresiones de viaje" me cohibe hasta el punto de tener que hacer un verdadero esfuerzo para entrar en ella.

Y lo preciso porque ante el libro de Pepe Jara, pese a la amistad que a él me une y a la estupenda presentación con que aparece, con unas tapas dibujadas por Lara que son todo un alarde de composición y buen gusto, aquel sentimiento volvió a manifestarse. Tal vez, en este caso, las causas del complejo variaron y así su origen, tomándose como centro, pudo partir de las circunstancias especiales que concurren en él.

Destaco entre ellas, como principales, lo poco que se ha escrito acerca de este viaje de la "cuarta carabela" creada para el descubrimiento de España. Lo poco que se ha dicho en esta orilla del Atlántico —apenas una emisión de se-

llos, tres pesetas, azul, para correo ordinario; una colección de telegramas de prensa firmados con las siglas de tal o cual Agencia y unos escasos reportajes gráficos—, porque en la costa fraterna de América, en cambio, se ha escrito mucho. También la vieja amistad que ya dije me une a Jara y, quizá, sobre todas, el ser éste un libro inicial.

Así, con aquel prejuicio y este lastre, entré en las páginas de *El "Ciudad de Toledo", embajador de España*, y así, lo digo con la misma honradez que precisé lo otro, quedé clavado en la agilidad de unos capítulos breves, expresivos y humanos, en los cuales el detalle se hace anécdota y el apunte personal se diluye para formar pequeños bocetos donde el color, casi siempre un poco difuminado, se equilibra con el clima general de este viaje-exposición.

Porque la realidad es que el crucero del "Ciudad de Toledo" no se ideó para "ver", sino para "ser visto", y, por tanto, había que narrar este segundo modo dejando el primero sólo como un accidente. Punto de vista que Jara toma y no deja, consiguiendo dar vida y personalidad a un protagonista tan poco dúctil como es, en cualquier caso, una exposición.

Pienso que en esto radica el mérito mayor del libro que me ocupa, en el cual lo anecdótico, manejado con habilidad de escritor largo, sirve brillantemente al todo. Así, el relato sobre lo visto al saltar a tierra; el apunte sobre la emoción rabiosa y sincera del exilado, más español que nunca al pisar las planchas de la cubierta; los reflejos emotivos provocados por el Himno nacional rindiendo honores a las más altas jerarquías de las diferentes naciones visitadas, o la continua repetición descriptiva de las "colas" para pasar a bordo, son trazos, manchas de color proyectadas desde tantos ángulos nuevos como capítulos, para iluminar las distintas secuencias de aquel inmenso muestrario en su periplo triunfal.

De dichas notas me gustaría resaltar algunas entre las varias que el lector quisiera fuesen más amplias; pero como esto es caer en la misma zanja que con tanto cuidado salvó Jara, termino aquí. Con ello evito, además, hacer retórica adicional sobre un libro cuya espontánea sencillez es la grimpola enarbolada por Jara en su nueva versión de escritor y navegante.—JUAN ANTONIO LIAÑO HUIDOBRO.

Nuevas e interesantes grabaciones han enriquecido últimamente las colecciones de música española. Entre ellas, una bella selección de canciones y danzas balears, reunidas bajo el título de "Fiesta en Mallorca", editada por Hispavox. El grupo "Aires de Montanya", dirigido por Antonio Galmés, presenta una variada muestra del auténtico folklore isleño. Encantadora música ésta, en la que la delicadeza mediterránea parece suavizar tonos vehementes de armonías peninsulares, como las jotas mallorquinas. También el más vernáculo cantar de Mallorca surge en esta antología en los viejos boleros y revetlas, donde las castañuelas se hacen como un remoto fondo a la ternura de la melodía. El famoso "Bolero mallorquín", tan popularizado —y desfigurado— en algunas recientes interpretaciones, luce aquí su sabor verdadero y nativo. No menos dulces y gratos son los "parados", que sugieren en la memoria los pasos menudos, ligeramente equívocos y engañosos; el alzar leve de los brazos y la galanura de la danza circular, en participación de grupo y de parejas. En fin, los graciosos "copeos", llenos también de delicadas burlerías, insinuaciones, vueltas incom-

pletas, y las "canciones de recoger la aceituna", perfumadas de campestre alegría.

Completando su serie de músicos españoles contemporáneos, en colección auspiciada por la Unesco, la misma casa ha publicado en reciente fecha un álbum de música de cámara, que comprende las siguientes obras: "Vistas al mar", cuarteto de Eduardo Toldrá, inspirado en la alegría marítima de una famosa poesía de Juan Maragall; "Los Rubaiyat", de Adolfo Salazar, por los que fluye la melancólica desazón de los apasionados poemas de Omar Kayham, y el "Cuarteto número 2 en la menor", de Guridi, cuya maestría de composición y transiciones pasa de la sonata a la danza con admirable prestancia.

A estos discos habrá que añadir en breve comentario alusivo una pintoresca, grácil conjunto de piezas andaluzas, ejecutadas en bandurrias, guitarras y laúdes, muy de estudiantina, y con algunas de las más populares creaciones de Albéniz, Giménez y Granados. Buena labor de difusión, recreo y cultura la que van llevando a cabo estas publicaciones de música española.—S. H.

Ojeo de Revistas

JOHN DOS PASSOS Y ESPAÑA.—El *Reader's Digest*, a través de sus ediciones internacionales de millones de ejemplares (en la de Madrid apareció abriendo su pasado número de octubre), ha publicado un artículo de singular importancia hispanoamericana, reproducido también en traducción distinta por *Mundo Hispánico*. John Dos Passos, el gran escritor estadounidense, patentiza así una vez más, y por medio de "la revista más leída del mundo", el recio y vigoroso afecto que le unió de siempre a España y a sus cosas. Del interés del trabajo *Aquí estuvieron los españoles*, y habida cuenta, sobre todo, de la extraordinaria difusión últimamente alcanzada por el mismo en todas las lenguas, juzgará ahora el lector de por sí, mediante la lectura de su texto íntegro, que es como sigue:

En vías de que el *rancho* llegue a convertirse en la casa típica estadounidense, creo que va llegando la hora de reconocer cuán enorme es la dosis de hereditarias influencias hispánicas que palpitan en la vida diaria de los Estados Unidos.

Quienquiera que pasee en auto, una tarde serena, por los suburbios de no pocas ciudades estadounidenses, podrá ver una familia y otra y otra tomando el fresco en el *patio*. Posiblemente el padre estará asando un *bistec*, su *babecue* (del español barbacoa), y habrá rociado, por supuesto, la salsa con un poquito de *chile*. Quizá se haya echado un trago de *julep* (julepe). Entretanto, los mozuels y mozuelas de la vecindad estarán bailando la *rumba*, o chillarán con deleite cuando un cantante de la radio desahogue sus pesares en un *ay-y-y-y* y lamentoso, prolongado, de fuerte sabor flamenco, entretijado con los ritmos semiibéricos, semiafricanos, del calipso; a la vez que la chiquillería, luciendo sus *chaps* (México, *chaparreras*) y *sombreros*, apuntarán con sus armas de fuego a unos imaginarios *desperados* (bandidos) que en su fantasía verán venir agresivos contra las bardas del *corral*.

Si uno se pregunta de dónde han podido llegar estas palabras al habla estadounidense, recuerda en seguida

que las gentes de lengua inglesa ocupan solamente una parte del continente americano, y que, aun en esa parte, los españoles estuvieron antes. Recordamos algunos de los eufónicos nombres toponímicos que dejaron: California, Colorado, Nevada, las Montañas de la Sangre de Cristo, la Mesa Encantada, el Río Grande, el Paso y Monterrey; mas tendemos a olvidarnos de lo mucho que influyeron en el aspecto y desarrollo del hablar cotidiano del país.

Cuando los peregrinos ingleses llegaron a Massachusetts, en 1620, se enteraron de que pescadores portugueses y vascos ya llevaban años curando sus pescados en el Cabo Cod. Los primeros exploradores de Virginia se quedaron un día atónitos al encontrar en las orillas del Río James a un indio que hablaba español. (Cuarenta años antes de que la Compañía de Virginia se estableciese en Jamestown, varios jesuitas españoles habían perdido la vida tratando de cristianizar a los indios de la Bahía de Chesapeake.) También es sabido que aquellos colonizadores ingleses vivían temerosos de las avanzadas que los españoles, desde su base de San Agustín (en la Florida), habían establecido en la costa de lo que hoy son los estados de Georgia y Carolina del Sur.

Eminentes figuras entre los primeros colonizadores de Massachusetts, como Cotton Mather y Samuel Sewell, tenían plena conciencia del esplendor y la cultura del imperio español que ya florecía en América. En la ciudad de México se habían abierto 50 librerías cuando todavía en Boston no había más que una. El primer libro impreso de Norteamérica se tiró (1539) en una prensa de México. Las universidades de Santo Domingo, México y Lima estaban llenas de estudiantes un siglo antes de que John Harvard pensase incluir en su testamento el legado para la creación de la pequeña escuela teológica que luego vino a ser la Universidad de Harvard.

El habla de los primeros colonizadores ingleses de Norteamérica se enriqueció en el comercio con los vinateros españoles, al acoger palabras

como *cash* (de casco), *cork* (de corcho) y *sherry* (de jerez o xeres). De la trata de esclavos y de los belicosos tripulantes de los veleros que hacían la travesía entre las Antillas y la costa africana vienen *canoe*, *negro*, *comrade* y *renegade*. El capitán John Smith, uno de los primeros colonos ingleses, ya hacía uso del español al referirse a los *mosquitos* que lo molestaban durante sus expediciones. Del español (y antes de los dialectos azteca y caribe) vinieron las voces *tomato* y *potato*, así como, tiempo adelante, *quinine* y *cocaine*. Los pesos españoles de plata, acuñados en México, se convirtieron en los *dollars* de las colonias anglosajonas en América. (*Dollar* es un derivado del *thaler*, o talero, austríaco, que viajara de Austria a España y de España a las Américas.)

Cuando el secretario del presidente Jefferson, Meriwether Lewis, y su pelirrojo amigo William Clark hicieron su primer viaje de estudio de la ruta terrestre al Oregón, apenas recordaban que doscientos años antes un español llamado Juan de Oñate había subido hasta el río Arkansas en su infructuosa busca de oro. Mas los rebaños de caballos salvajes que vagaban por las llanuras occidentales, y las jacas que encontraron en poder de los indios, les hicieron ver claramente que allí habían estado los españoles. Los pequeños caballos salvajes o semisalvajes de las llanuras estadounidenses, llamados *mustangs* (de *mesteño*, o *mostrenco*), son descendientes de los que se dejaron extraviados los conquistadores españoles en sus exploraciones del Continente.

El entretnejimiento de la cultura hispánica y la de los indios pueblos produjo la singular civilización de Nuevo México. Hasta la fecha, la huella hispánica no se ha disipado aún completamente en el océano de común americanismo anglosajón que por todos lados la cerca. Y ese tenaz elemento hispánico ha ejercido una inmensa atracción sobre los escritores, arquitectos, pintores y decoradores estadounidenses.

Aun antes del contacto de la Unión Norteamericana con Nuevo México y California era evidente una inclinación al aprecio cordial de las cosas españolas. Los escritores estadounidenses de comienzos del siglo XIX se sentían cautivados por España. Washington

Irving se encontraba, frente a las montañas nevadas que veía desde la Alhambra, en un ambiente tan de su íntimo gusto como sus Catskills. Desde los tiempos coloniales, el *Quijote* se ha leído en los Estados Unidos casi tanto como la Biblia. Cuando Hugh Henry Brackenridge se propuso escribir su primera novela costumbrista lo hizo tomando por modelo para su *Modern Chivalry* la obra maestra de Cervantes. James Russell Lowell y Longfellow inspiraron sus poemas en asuntos hispánicos. Toda una generación de estadounidenses se educó en la lectura de Prescott sobre las narraciones de los viejos conquistadores. La obsesión de Ernesto Hemingway con España dista mucho de ser cosa nueva en las letras estadounidenses.

Los jóvenes de la Unión que regresaban de las fronteras a casa, en los años que precedieron a la guerra con México, salpimentaban su conversación con relatos de *fiestas*, *fandangos*, comidas servidas *al fresco* y *filibusters*, *señoritas* y *bonanzas*.

Las influencias hispánicas se mantenían vigorosas entre los primitivos tejanos, cuya Constitución, promulgada en español y en inglés, glosaba las leyes españolas. Por ejemplo, el carácter inviolable de la propiedad de la mujer casada era principio jurídico heredado de España; porque a tenor de la ley inglesa, la mujer, en el matrimonio, carecía de todo derecho de propiedad sobre sus bienes. Todos ellos pasaban a la propiedad de su marido. La legislación estadounidense en materia de propiedad comunal siguió con el tiempo el concepto español respecto a los derechos de propiedad de la mujer.

La tradición de la ranchería del Oeste fué aportación española. España era el único país de Europa en donde había espacio bastante para la cría de ganado sobre vastas extensiones de terrenos de pasto. Muchos de los conquistadores procedían de Extremadura, que es todavía la tierra de las grandes dehesas. Aquellas condiciones topográficas, de las cuales se derivaron en España el toreo y la cría de reses bravas, han producido en el occidente de la Unión la ciencia práctica del vaquero.

La jerga de la vida del Oeste tiene también sus raíces en España. El *sombrero*, los *chaparejos*, las botas con punteras pintadas y altos tacones

españoles; la montura o silla y la *cinch* (la cincha) con que se la aprieta al vientre del caballo; la *hackamore* (del español jáquima) que usa el *cowboy* para llevar su caballo de cabestro; el *quirt* (del español mexicano cuarta o látigo), y el *lasso* o *loriat* (lazo) que cuelga de la perilla del arzón, todas son palabras transmitidas al *cowboy* por los vaqueros mexicanos, que antes las aprendieron de los españoles.

A la vez que los rancheros montaban el escenario para la representación del drama del *Oeste bravo*, los padres misioneros españoles preparaban allí el camino para la granja y la plantación de frutales. Introdujeron los procedimientos de riego que los españoles habían aprendido de los moros y trajeron de España esquejes de olivos, almendros, higueras y vides. Las palabras *orange*, *lemon*, *pomegranate* (granada) y *avocado* (aguacate) delatan su origen español.

En los comienzos de este siglo los arquitectos estadounidenses empezaron a mirar con renovado interés las casas de *adobe* de los ranchos de Nuevo México; y posteriormente, aquellos que deseaban complacer los gustos de las florecientes poblaciones de la Florida y California se apasionaron de las rejas y los tejados del estilo español californiano. El español colonial ha sido tan importante como el inglés colonial en la evolución de los diseños estadounidenses, así en la construcción como en la decoración. Hoy día, muchas de las nuevas casas construidas en la Florida, Texas, California y sectores del suroeste de los Estados Unidos representan un esfuerzo para adaptar algunas características de la preservada intimidad del viejo patio español a las necesidades de la vida suburbana de los norteamericanos.

La influencia sudamericana es particularmente fuerte en las danzas estadounidenses. Hace una generación, el tango llegó de la Argentina. Sobre su estela vinieron: de Cuba, la *rumba*; el *samba*, que bailan los brasileños durante el carnaval de Río de Janeiro; el *cha-cha-chá* y el *mambo*. Juntamente con los ritmos de baile llegó la música de concierto, de Villalobos y de Chávez.

Ahora que el transporte aéreo ha puesto a la mayoría de las principales ciudades de las dos Américas a la

distancia de un día de vuelo, o poco más, las influencias recíprocas se han intensificado enormemente.

Examinando atentamente la creciente interacción de las dos culturas de las Américas, podríamos considerar agrupadas las influencias más patentes de Hispanoamérica en los Estados Unidos, en la comprensión de una sola palabra: color. Las escuelas mexicana y brasileña de pintura influyen sobre los artistas estadounidenses. Muchos de los diseños en el tejido y pintorescos ornamentos del hogar, en este país, copian motivos mexicanos. En las tiendas de los Estados Unidos se ofrecen las alegres chucherías, la cristalería, la joyería de plata, la brillante cestería y latonería de Hispanoamérica. Todas esas cosas, lo mismo que la cadencia y el golpe de tambor de la música sudamericana dan sabor a la vida. La América de habla inglesa sería bastante aburrida si no fuera porque la amenizan un poco los vecinos del Sur.

Es un sentimiento especial éste que despiertan las auras del Sur. Tiene mucho que ver con el sol y las planas superficies de los edificios, y la forma en que allá viven las gentes. Yo he tenido esa sensación hasta en Colorado, al despertar en el coche cama de Chicago a Denver y mirar por la ventanilla, para hallarme con que aquel nuevo sol mañanero era de diferente color, y el polvo más brillante, y más alto el cielo. He ahí una punta de mulas en un corral con cerca de adobes... Sin duda, ¡aquí estuvieron los españoles!—JOHN DOS PASSOS.

UN HOMENAJE A JUAN RAMÓN JIMÉNEZ.—*Caracola*, la revista malagueña de poesía, dedica su doble extraordinario 60-61 (Málaga, Oct.-Nov. 57) a J. R. J. Se trata de un volumen, de edición cuidadísima y copiosamente ilustrada, donde treinta y un poetas y diez pintores y dibujantes, convocados por Bernabé Fernández-Canivell en torno a la figura del último Nobel español, rinden vario homenaje al distante, consumado y espléndido andaluz universal. Junto a una anécdota tan significativa como la que cuenta Hilde Domin del poeta en Washington, y a entregas tan logradas como, por caso, las de Jorge Guillén, Pablo García Baena o Vicente Núñez, la agudeza y hondura de un trabajo atrae especialmente nuestra atención. Se trata

del artículo dedicado por el pintor Ramón Gaya al libro *Animal de fondo*, del que la escasez de espacio nos permite tan sólo entresacar algún fragmento: "Esos poemas (los de *Animal de fondo*) no pueden ser bellos ni perfectos por la sencilla razón de que están en un clima superior, donde perfección y belleza no son ya valores. Todo eso sirve para hablar de Paul Valéry, por ejemplo, que fué conquistando una bella perfección para después, al ser dueño completo de ella, mostrárnosla... y nada más. Pero Juan Ramón es otra cosa: él, naturalmente, también ha perseguido una perfección —claro que casi siempre mucho más viva—; pero al adueñarse de esta perfección no nos la muestra como una joya vanidosa, sino que, por el contrario, casi parece renunciar, humillarla, ponerla al servicio de algo mucho más valioso: su sentimiento, su sentimiento extraterreno y, por tanto, extraartístico"... "...es un libro que no excluye una obra dejada atrás, sino que incluye dentro de sí, con un orgullo casi caritativo, toda esa corporeidad arábiga". El escrito de Gaya, en líneas generales y particulares, nos parece un puro y sucedido acierto.

Una observación pequeña, pero justa, sobre el Nobel, es la que asienta Pío Gómez Nisa: "Resulta espléndida que la mejor noticia internacional española esté relacionada con la Poesía."—F.

"HOJAS DE CULTURA POPULAR COLOMBIANA", núm. 78, Bogotá, 1957.—Incluye la segunda parte de la autobiografía de José Manuel Restrepo, pieza de contenido histórico altamente interesante. Pedro Juan Labarthe dedica un extenso y cuasi lírico elogio —en prosa— al gran escritor e hispanista mexicano Alonso Reyes. Se publica un curioso diccionario de vocablos kichuas incorporados al castellano, y en su mayoría admitidos por la Academia, firmando Sergio Elías Ortiz un extenso trabajo dedicado a la popular devoción colombiana de las romerías a Las Lajas; y Miguel Triana un artículo sobre las soledosas y calladas llanuras del país, en donde "un hombre es menos que una hormiga; a un kilómetro de distancia se le ve el sombrero, y a dos kilómetros ha desaparecido entre el pajonal".

Poemas de Alfonso Camín, Jesús Rincón y Serna, y Julio Flórez —de cuya poesía ramplona, pero auténticamente popular, hace una larga y sosegada de-

fensa Rafael Maya— completan el sumario, muy enriquecido en su amplio formato por fotos, dibujos y reproducciones.—F.

UN BUEN TRABAJO DE AMÉRICO CASTRO, "Santiago y los Dioscuros", es el que inicia el sumario del número 18 de *Papeles de Son Armadans* (Palma de Mallorca, Sept., 1957). El director, Camilo José Cela, además de su editorial de rigor firma en este número la primera parte de su versión al castellano moderno del *Cantar de Mio Cid*, versión en la que, conservándose en toda su fuerza —"de paso de andadura" la calificó Ortega— y rudeza la estructura originaria del gran poema primitivo, éste se nos aparece, por virtud de su puesta al día lingüística, más acercado y desbrozado. Suscriben otros trabajos de interés José Luis Cano, J. L. Aranguren —que repasa emocionadamente la vida y la obra de nuestro recién desaparecido colaborador Angel Alvarez de Miranda—, etc., y cierran el número las habituales secciones críticas y viajeras.—F.

TRAYECTORIA DE "MUNDO HISPÁNICO".—Cada vez más lograda y objetiva en su tarea de divulgación de la actualidad hispanoamericana, espléndida de impresión y rica de contenido, el número 114 de la revista mensual *Mundo Hispánico* (Madrid, Sept. 1957), junto a brillantes reportajes gráficos e informativos como "Caracas, una ciudad que se transforma", de Javier Martín Artajo; "Baile español", de Arcadio de Larrea, y "Los mates burilados del Perú", de Carmen Nonell, inserta buenos trabajos literarios de Eduardo Caballero Calderón y José María Pemán, que tocan por partida doble el grave tema de las relaciones europeas y americanas; Oscar Echeverri Mejía —con su poema a "La catedral sumergida de Zipaquirá"—, y Fernando Quiñones, quien glosa el mito y la celebración de las Fiestas de la Vendimia en Jerez de la Frontera.—F.

EL FUTURO DE LAS ARTES Y LAS CIENCIAS.—He aquí la importante cuestión que J. Robert Oppenheimer aborda en el séptimo número de la revista *Atlántico* (Madrid, 1957), editada a expensas de la Casa Americana de la Embajada de los Estados Unidos; ensayo éste de Oppenheimer de una lucidez e importancia poco comunes.

Luis Ripoll firma el artículo titulado "Fray Junípero Serra, fundador de California", y Francis Fergusson estudia al inefable Don Perlimplín: "El teatro-poesía de Lorca". El compositor italiano Gian Carlo Menotti, autor de las óperas modernas *La médium* y *El teléfono*, escribe unas "Notas sobre la ópera como teatro básico", de complejo y vario interés, dando cuenta del número una "Panorámica de los Estados Unidos", de José Ferrándiz Casares, y la acostumbrada sección de libros comentados.—F.

* * *

UNA BUENA CAMPAÑA DE MÚSICA ESPAÑOLA.—Habitados a que los catálogos de discos, las publicaciones musicales y las críticas de novedades presenten como música española solamente una parte (y no la mejor) de la producción nacional, nos agrada advertir la aparición reciente de un número importante de grabaciones seriamente realizadas, con los mejores medios al alcance de nuestra técnica, y mediante una selección acertada de autores y obras. En primer lugar, por orden de méritos, hay que citar la serie de tres cuadernos (hasta el momento) de música española publicada en la colección universal de la Unesco, y que entre nosotros ha correspondido editar a la casa "Hispanvox". Conocíamos los álbumes correspondientes a Joaquín Rodrigo y Oscar Esplá. Del primero, ciertamente, el bello *Concierto de Aranjuez*, en una interpretación excelente, superior a cualquiera de las otras, escasas, que conocíamos. Ahora aparece el disco dedicado a Jesús Guridi, en la misma colección. En él, las *Diez melodías vascas* y el *Homenaje a Walt Disney*.

Piezas musicales completamente distintas, en el mayor sentido de la "distinción", y que nos dan a conocer dos facetas igualmente diversas del talento del ilustre compositor vasco. Sin duda

que las diez melodías son más de nuestro agrado, por lo que tienen de interpretación sencilla, de ajuste sensible a los motivos populares que las originan; y no es necesario que estos motivos sean folklóricos o del cantar autóctono conocido. Una profunda, aunque a ratos divagante, sensación de autenticidad predomina en estas composiciones, en las que la expresión de un sentir natural nos traslada sucesivamente, con fácil delicia, del encanto directo de una tierra hasta la maestría interpretativa de un temperamento creador individual; puestos a elegir, nos decidiríamos, entre las diez melodías, por la Epitalámica y la Festiva. El *Homenaje a Walt Disney* nos acerca a una de las sugerencias que en repetidas ocasiones tuvimos al ver las más bellas películas del gran dibujante. Es decir, las inolvidables por naturales y fantásticas a un tiempo, que no son las más admiradas como "historias". Nuestra predilección ha sido siempre hacia las *Silly Symphonies*, antes que a los cuentos de hadas o las ambiciosas revistas de conjunto. La dirección de Jesús Arámbarri a la Orquesta de Conciertos de Madrid y la Orquesta Nacional de España es acertada y justa.

Al mismo tiempo que este álbum, la misma casa productora nos da dos excelentes discos españoles: los *Coros vascos*, de Pablo Sorozábal, con coros mixtos, soprano o tenor, y txistularis, en canciones donde el germen popular ha sido revivificado con cierta libertad bien administrada. Es preciosa la intervención de los txistus en *Baseriterra*, y las voces femeninas y masculinas rivalizan en orden y concierto en *Neskatxena* y *Befi urdiñ*, respectivamente. El otro disco, de *Canciones asturianas* y *Melodías gallegas*, dirigidas por Victoriano Echevarría y José Perera, tiene como excelente apresto la cálida, robusta y sugestiva voz del bajo Antonio Campó.—S. H.

EL AIRE DEL MES

NOVIEMBRE

Al viajero confiado en la suavidad otoñal y la dulzura de los "pámpanos de octubre" le sorprende peligrosamente la súbita llegada del frío de noviembre. Viandante por los campos o por la vida, el hombre se halla de pronto con estos cambios inesperados. Puede pasarle como a nuestro arcipreste, que con seguridad andaba esperanzado de bonanza al subir a la cumbre, y allí se encontró, de manos a boca, de pies a narices, con el miedo álgido:

*Encima del puerto —coidé ser muerto
e dese rocío —e de grand helada...*

Menos mal que siempre hay —¿siempre?— una presencia benévola, igualmente inesperada, que devuelve el confortamiento al perdido, como aquella serrana que se topó Juan Ruiz, y que le dió

*buena lumbre —como es costumbre
en sierra nevada.*

Más previsor que el clérigo de Hita fué el palaciego Gil Vicente, que entre burlas y veras quiso informarse de antemano, aunque la respuesta que recibió no fué de las más claras. El consejo que le dió la doncella campesina (¿o sería una gentilhembra portuguesa en algún recoveco de palacio?) tenía diversas interpretaciones:

*—¿Por dó pasará la sierra,
gentil serrana morena?
—Tu ru ru ru la
¿quién la pasará?*

Mejor es no aventurarse y seguir la indicación que nos daba don Esteban Manuel de Villegas, poco aficionado a salir a campo traviesa, y bien inclinado al calor cerrado del fogaril:

*Al son de las castañas
que saltan en el fuego,
echa vino, muchacho,
beba, Lesbia, y juguemos.*

Es difícil cantar en invierno, y más difícil cuando se presentan estos primeros golpes del tiritón y el escalofrío. Mallarmé, que suele aparecer en sus fotografías con una manta envolviéndole los pies o con un chal sobre los hombros, podía hablar, él, de l'hiver lucide. Pero que

hubieran ido a preguntarle a Ruteboeuf, aquel pobre diablo que vivió cuando reinaba en Francia San Luis, y que sólo cantaba bien en el verano:

*L'hiver je pleure et me lamente
et me defeuille ainsi que l'arbre
au premier gel.*

No eran ellos, los pobres diablos, los únicos que pasaban frío y se quedaban entumidos, sin posibilidad de hacer un escudido verso siquiera, en la llegada del invierno, anticipado, como siempre, al calendario. El bueno de Charles d'Orleans pasó otro tanto a pesar de príncipe, cuando encerrado —¡durante veinticinco años!— en la Torre de Londres, prisionero de guerra, soñaba con el remoto anuncio de la primavera en sus tierras lejanas. Versos de calor y luz escritos en el frío de un calabozo, aunque éste no fuese del todo inhóspito:

*Le temps a laissé son manteau
de vent, de froidure et de pluie
et s'est vestu de broderie,
de soleil luissant, clair et beau.*

Noviembre lanza sus latigazos despiadadamente cuando nadie está dispuesto ni apercibido. Su belleza ha de ser alabada con desvío, mediante imágenes, en otro tempero, con una nostalgia evocada desde el calor recobrado. Pedro de Espinosa trazaba una arquitectura fría, casi mágica, pero remota, al hablar de los

*follajes de carámbano en los techos
que estaban por las puntas adornados
de racimos de aljófares helados.*

Esta misma impresión, un poco confitera, de una delicia crujiente y decorativa, nos la da un poeta moderno, Salvador Rueda, en otra visión de invierno recién iniciado:

*En el saliente rafe
el blanco cristal pende
y cuájase el regajo
en garrapiña leve.*

JOSÉ MARÍA SOUVIRÓN.

I N D I C E

NUMERO 95 (NOVIEMBRE 1957)

	<u>Páginas</u>
<i>Política, con razón</i>	131
BRÚJULA DEL PENSAMIENTO	
ALONSO, DÁMASO: <i>Sobre dos estilos literarios de la Edad Media</i>	139
ROSALES, LUIS: <i>La libertad y el proyecto vital en Ortega y Gasset</i>	159
SANDER, CARLOS: <i>Tiempo de hombre</i>	175
GULLÓN, RICARDO: <i>Visiones de Giacometti</i>	185
TRULOCK, JORGE C.: <i>Dos cuentos</i>	196
LACACI, MARÍA ELVIRA: <i>Seis poemas</i>	203
BRÚJULA DE ACTUALIDAD	
SECCIÓN DE NOTAS:	
GIL NOVALES, ALBERTO: <i>Un preocupado del siglo XVIII: don José Nicolás de Azara</i>	213
SÁNCHEZ-CAMARGO, MANUEL: <i>"Los fusilamientos", de Goya, en el arte contemporáneo. El concurso del Instituto de Cultura Hispánica sobre la guerra de la Independencia</i>	221
CANO, JOSÉ LUIS: <i>Ortega y el amor</i>	224
CASAMAYOR, ENRIQUE: <i>Sibelius, en la última luz (1865-1957)</i>	227
SECCIÓN BIBLIOGRÁFICA:	
TOVAR, ANTONIO: <i>El enigma de España</i>	229
RONALD HILTON: <i>Los estudios hispánicos en los Estados Unidos</i> (238). JOSÉ MARÍA CASTELLER: <i>La hora del lector</i> (238).—EDUARDO CARRANZA: <i>El olvidado</i> (240).—ITALO SVEVO: <i>La conciencia de Zeno</i> (241). MANUEL GÁLVEZ: <i>Tránsito Guzmán</i> (242).—CAMILO JOSÉ CELA: <i>La rueda de los ocios</i> (243).—FERNANDO OLIVIÉ: <i>Canadá. Una monarquía americana</i> (245).—JOSÉ JARA PERALTA: <i>El "Ciudad de Toledo", embajador de España</i>	246
<i>España en música</i>	247
<i>Ojeo de Revistas</i>	248
JOSÉ MARÍA SOUVIRÓN: <i>El aire del mes: Noviembre</i>	253

En páginas de color: "Documentos del II Congreso Hispanoamericano de Historia", por E. C. R. Portada y dibujos del pintor peruano Espinosa Dueñas.

DOCUMENTOS DEL II CONGRESO HISPANOAMERICANO DE HISTORIA

(Ciudad Trujillo, del 5 al 12 de octubre de 1957).

CIUDAD TRUJILLO-MADRID.

1957

Como anticipo de una crónica de nuestro colaborador Jaime Delgado, catedrático de Historia de América de la Universidad de Barcelona y vocal de la Comisión Organizadora del Congreso, damos en estas páginas de color una muestra varia de los trabajos presentados al II Congreso Hispanoamericano de Historia, convocado por la Asociación Hispanoamericana de Historia, creada en Madrid en el año 1949, y con invitación de la Academia Dominicana de la Historia y del Instituto de Cultura Hispánica. El Congreso se celebró en el Palacio de Bellas Artes de Ciudad Trujillo, y participaron en él una cincuentena de historiadores e intelectuales de Hispanoamérica y de Europa. Durante los ocho días que duró el Congreso (del 5 al 12 del pasado mes de octubre), se estudiaron temas tan importantes para el estudio y esclarecimiento de la historia americana, como "La Española, base de irradiación hispánica en América", "La expansión hispánica por las Indias", "Obra de España en América", "El Cronista Gonzalo Fernández de Oviedo", "Los cronistas de Indias" y una sesión especial en homenaje de la figura hispánica del Emperador Carlos V.

Estas páginas de color no recogen, pues, toda la documentación del Congreso. Siendo un anticipo del estudio y de los frutos de las jornadas vividas en Ciudad Trujillo, ayudarán a interpretar más a fondo la anunciada crónica, con el análisis de las directrices historiográficas presentadas y las conclusiones aportadas por el Congreso. Nos remitimos, pues, a estas futuras páginas que han

de aparecer, Dios mediante, en el próximo número de estos CUADERNOS HISPANOAMERICANOS.

ANTECEDENTES DEL II CONGRESO

El II Congreso Hispanoamericano de Historia se ha celebrado en Ciudad Trujillo con ocasión de cumplirse el Centenario del Rey Carlos I de España, Emperador de Occidente, y de la inauguración en la capital dominicana del reconstruido Alcázar de Diego Colón. Constituida en 1949 la Asociación Hispanoamericana de Historia, en virtud de la primera resolución práctica del I Congreso Hispanoamericano de Historia, celebrado en Madrid y octubre del citado año, este organismo autónomo, patrocinado por el Instituto de Cultura Hispánica, precisó sus fines primordiales en los siguientes: a) El estudio de la Historia hispanoamericana. b) Contribuir al estrechamiento de los vínculos que unen a los distintos pueblos del mundo hispánico, por medio del conocimiento mutuo de su historia. c) Fomentar por todos los medios a su alcance el estudio de la historia hispanoamericana y la divulgación de ésta, y poner en vigor las resoluciones y acuerdos que fueran adaptando los sucesivos Congresos Hispanoamericanos de Historia. Esta Asociación tuvo por primera Junta Directiva, la presente de Víctor Andrés Belaunde (presidente, Perú), Rodolfo Barón Castro (vicepresidente, El Salvador) y Ciriaco Pérez Bustamante (vicepresidente, España).

EL II CONGRESO DE HISTORIA

La Asociación Hispanoamericana de Historia convocó para octubre de 1957 este Congreso, luego de vencer en años anteriores diversas dificultades que le obligaron a retrasar su convocatoria. Así han podido reunirse los especialistas y delegados de la historia de América, en ocasión previa de alta significación. En 1958 se dispondrá España a conmemorar el Centenario de la muerte de su

rey Carlos I, y en torno a su obra y a su época se celebrarán diversos certámenes. Destaca entre ellos el III Congreso de Cooperación Intelectual del Instituto de Cultura Hispánica, al que han sido invitados los hombres de ciencia más representativos de Europa y de América, para que estudien el complejo campo de sus especialidades —lo religioso y lo cultural, lo social y lo económico, lo

político...—, presentando en consecuencia una visión íntegra y actual de este período decisivo de la cultura del mundo moderno. A la vista de este Congreso de 1958, resultaba necesario que los historiadores hispanoamericanos se diesen cuenta comúnmente de sus trabajos, para confrontar puntos de vista y, en general, el acotamiento de la Historia de América durante el período imperial de Carlos V. No es detalle poco expresivo el hecho de que durante las jornadas del II Congreso se haya inaugurado la reconstrucción del Alcázar de Diego Colón, cuyo trabajo restaurador ha servido de diálogo fecundo para efectuar parecidos trabajos en otros monumentos histórico-artísticos hispanoamericanos, hoy en ruina.

Por todas estas razones, el Congreso escogió como tema central de estudio, el de "América en la época de Carlos V", habiendo servido asimismo para tratar y asegurar la reorganización y futuras actividades de la Asociación Hispanoamericana de Historia. Formaron la Comisión organizadora los siguientes historiadores: Emilio Rodríguez Demorizzi (Presidente, República Dominicana); Rodolfo Barón Castro (vicepresidente, El Salvador); Vocales: Ciriaco Pérez Bustamante, Manuel Ballesteros Gaibrois, Jaime Delgado y José María Alvarez Romero (España), y Guillermo Lohmann Villena (Perú). Asistieron personalidades tan caracterizadas como Alexander von Randa, uno de los ponentes más destacados del II Congreso; José María Chacón y Calvo; Alberto María Carreño; Adrián Aecinos; Otto de Austria-Hungría; Fernando Caro Molina; P. Rafael M. Granados, S. J., etc., incluyendo en este etcétera a los principales especialistas de cada país.

Tomando por base el tema central de estudio, el Congreso distribuyó su Agenda Oficial en cinco comisiones: 1.^a "La Española, base de irradiación hispana en América" (presidente: Víctor Garrido, Rep. Dominicana; secretario: Fernando Caro Molina, Colombia). 2.^a "La expansión hispánica por las Indias (Adrián Recinos, Guatemala, y José Luis de Cossío, Perú). 3.^a "La obra hispánica en América" (Gabriel Porras, Co-

lombia, y Raúl Molina, Argentina). 4.^a "Gonzalo Fernández de Oviedo y los Cronistas de Indias" (Ernesto Castilleiro, Panamá, y Manuel Ballesteros Gaibrois, España); y 5.^a "Comisión Especial de Régimen interno y cuestiones prácticas" (Aurelio Miró Quesada, Perú, y Jaime Delgado, España).

Cada uno de los temas del Congreso se estructuró en las cuestiones siguientes: TEMA I: a) La Española, sede del gobierno civil de las Indias; la Real Audiencia de Santo Domingo; b) La sede eclesiástica; c) La sede universitaria; d) Comienzos del criticismo colonial (Montesinos, Córdoba, Las Casas); e) La Española, punto de partida de los descubridores, colonizadores y misioneros de América; f) Colón y la Española, y g) Diego Colón y María de Toledo en Santo Domingo.

El TEMA II (La expansión hispánica por las Indias) se subdividió en siete campos geográficos: a) Méjico; b) Centroamérica; c) Las Antillas; d) Nueva Granada; e) Sudamérica: países del Pacífico; f) Sudamérica: las gobernaciones del Río de la Plata y el Tucumán, y g) El Brasil.

"La acción hispánica en América", TEMA III del Congreso, se repartió en nueve materias: a) Problemas y posiciones teológico-jurídicas ante la conquista; b) El mundo amerindio de 1492 a 1555; c) La conquista espiritual y la organización de la Iglesia indiana; d) El ordenamiento político-administrativo; e) La obra cultural hispánica; f) El planteamiento económico de la empresa indiana; g) La sociedad americana en la época de Carlos V; h) La política internacional y la defensa del Imperio; i) Repercusión de la Conquista en Europa.

Tres subtemas presentó el TEMA IV: "La obra de Gonzalo Fernández de Oviedo", esto es: a) Su persona; b) Su obra y proyección históricas, y c) Otros cronistas de Indias.

Y por último, el TEMA V abarcó: a) Estatutos de la Asociación Hispanoamericana de Historia; b) Plan de actividades futuras; c) Próximo Congreso, y d) Cuestiones incidentales y de orden práctico.

Se reproducen a continuación algunos de los trabajos presentados al Congreso, que por su carácter de redacción o por su contenido independiente, y no en relación con los trabajos de las comisiones respectivas, pueden tener valor documental para el lector. Ni que decir tiene que en este apartado no se encuentran todos los estudios que, con iguales méritos, podrían haber figurado en el sumario. De ellos se da cumplida cuenta en la labor de las comisiones, y su aportación será recogida fielmente en la crónica de nuestro próximo número.

LA CASA DE AUSTRIA COMO
FACTOR DE INTEGRACION
IBEROAMERICANA

POR

ALEXANDER VON RANDA

La elección feliz del tema para este Congreso facilita seriamente a un historiador austríaco aceptar la honrosa invitación de hablar sobre la gran historia iberoamericana. No hay duda que los iberoamericanos saben más acerca de Europa que los europeos acerca de Iberoamérica. Hasta hace muy poco se tenía poco conocimiento en Europa de las grandes figuras de la época de los descubrimientos o de la vida cultural iberoamericana y del importante papel de España como foco de irradiación de dicha cultura. Después de la doble catástrofe de dos guerras mundiales, consideramos los europeos la necesidad de conocer mejor que antes las bases históricas del pasado de Europa. Nos sentimos tan unidos a Iberoamérica como quizá nunca hasta ahora y nos felicitamos al reconocer que, en Iberoamérica, este fenómeno de comprensión histórica aparece con la misma intensidad. Hemos vuelto a apreciar una de las verdades que se atribuyen a Licurgo: El pueblo que no honre su pasado carece de futuro." Lo que es una verdad para un pueblo, mucho más lo es para un

Continente. En esta semana, de sentido tan profundo, nuestros dos continentes se unen para honrar la gran figura común que fué el mayor fundador de imperios que la Historia jamás haya conocido. Y al decir "mayor" lo hago en un triple aspecto: en el material, en el moral y también en el de "modernidad", nunca superado.

Empecemos por considerar la grandezza material de las realizaciones de Carlos V y las de su hijo Felipe II, basadas en la obra de su padre. Inmediatamente vislumbramos una obra de gigante. Desde esta maravillosa isla de Santo Domingo —Atenas del nuevo mundo— se realizó la *construcción* de un continente que hubo de extenderse desde el norte de California hasta el Cabo de Hornos, destinado a ser el eslabón central de un Commonwealth católico. Tres razas, dos idiomas y una religión se fundieron en un potente bloque, mayor que la propia Europa, mayor que la Rusia de los zares y mayor incluso que la moderna Unión Soviética; y todo esto en una época en que los medios de transporte variaban entre el caballo y la carabela... Pero aquella época del caballo y de la carabela ignoraba las veinte fronteras existentes en el siglo de los automóviles y aviones a reacción. Lo realizado en la época de Carlos V, con más primitivos medios técnicos, no pudo ser superado por los estados imperialistas que la historia nos muestra. Sólo Rusia nos puede mostrar una obra comparable en Siberia, algunos decenios después de la muerte de Carlos V. Pero no olvidemos que mientras Jermac, caudillo de los cosacos al servicio de Moscú, conquistaba la vecina Siberia por tierra, las carabelas de Carlos hubieron de dominar las no siempre mansas olas del Atlántico. Y cuando Carlos erigió sus dos virreinos, fueron éstas las primeras grandes estructuras estatales de Ultramar, creadas y mantenidas por medio de barcos a vela. Una amplia red de convoyes los mantuvo unidos con Asia y Europa en el servicio de una misión

religiosa de alcance universal, en la que figuran nombres como los de Ignacio de Loyola o Francisco Xavier.

Si analizamos ahora la obra de Carlos V y de su sucesor desde un segundo aspecto: el moral, descubriremos que supera quizá a la grandeza material de la labor de unificación; agregando que lo que a nosotros, europeos de hoy, más nos fascina no es tanto la extensión geográfica como el profundo contenido moral de los principios de gobierno. A la valentía de descubridores y conquistadores corresponde la absoluta pureza de los organizadores. Demasiado tiempo, los europeos, nos hemos dejado engañar por falsos *clichés* históricos, a Dios gracias ya superados. La llamada "leyenda negra" ha sido desenmascarada definitivamente —como producto de una propaganda conscientemente orientada, de futuras potencias colonialistas; que ya sea en Norteamérica, en Sudáfrica, en Australia o en Tasmania realizaban campañas de exterminio de los nativos. Lo que más nos atrae en la figura de Carlos V, el gran idealista coronado, es su intervención contra métodos de violencia usuales en su época, su desinteresado favor a la labor del maestro salmantino Fray Francisco de Vitoria y del Padre Las Casas, las *Leyes nuevas* y la *Carta mensaje* que convierte la empresa india en acción esencialmente misionera. No ha de ser trabajo mío entrar en los detalles de las deliberaciones burgalesas y vallisoletanas, las *Instrucciones* filipinas y ovandinas, las *recopilaciones* pinelianas y postpinelianas. Este reflejo ético y jurídico de la hispanidad ha sido magistralmente analizado por especialistas competentes. Ruego, sin embargo, que se me permita observar que la hispanidad es digna de ser conocida por Europa y por el mundo entero, como un precedente de tres o cuatro siglos de adelanto en el aspecto social. Este fué posible gracias al espíritu de la Corona y al espíritu de las órdenes religiosas, que lograron un *clima* en el cual no cabía ni la demagogia ni la lucha de clases. A pesar de su idealismo, Carlos V no fué utopista. Esto nos lo prueba luego el éxito del sistema de reducciones de los franciscanos y los jesuítas, ins-

pirado en las mismas ideas. Estas reducciones no sólo albergan tribus pacíficas, sino también otras de carácter francamente guerrero. Cuántas veces he tenido que oír en Europa la despectiva observación de que el sistema de economía planificada del Paraguay se basaba en la fuerza. En buena hora creo que, en Austria al menos, se ha logrado hacer callar estas críticas con la oportuna aparición del llamado *Zwettler Kodex quatrocientos veinte*. Este prueba que los padres de Paraguay se preocupaban con tal cariño y atención de sus catecúmenos que —cosa única en la historia universal— renunciaron no sólo a la pena de muerte, sino también a la de prisión, además de confiar la defensa de sus misiones contra los ataques exteriores a grupos de indios cristianos y paganos, equipados con armas de fuego. También corresponde plenamente al espíritu de la Casa de Austria los traspasos legales de poderes de los príncipes indígenas a Felipe III, que se realizaban de común acuerdo. Ciertos sabios austríacos consideran también que la famosa "Corona de plumas" representa más que una curiosidad etnográfica y ven en ella un símbolo de un "Translatio Imperii" de carácter consensual. Esta corona se encontraba primitivamente en la residencia del archiduque Fernando, que siempre se caracterizó por su sentido artístico, esposo de Filipina Welsler, la que a su vez provenía de una de las familias patricias que colaboraron a las exploraciones en Venezuela. De allí, del castillo de Ambras en Tirol, la mencionada corona fué trasladada a Viena durante las Guerras napoleónicas, como medida de protección.

Sin entrar en mayores detalles, y para resumir, quisiera presentar tres hechos que prueban ampliamente que el Imperio de Carlos V y de sus sucesores no ha de considerarse como un imperio colonial. *En primer lugar*, en todo aquel extensísimo territorio, desde que se consolidó el poder de la Corona, durante la Casa de Austria, jamás hubo una rebelión de indios contra la Corona. La historia colonialista de otras potencias está sembrada de rebeliones y campañas de represión. Los indígenas norteamerica-

nos al este del Mississippi fueron aniquilados, a igual que los negros del Cabo de Buena Esperanza o que los nativos de Australia o Tasmania. Mientras tanto, en el continente de la Hispanidad nos encontramos hasta hoy en día con un conjunto de estados que carecen completamente de todo el concepto de discriminación racial. *En segundo lugar*, la Casa de Austria, con su política no colonialista, protegió desde 1543 a los blancos nacidos en tierra americana. Esto lo comprueba el hecho de que en los doscientos años de los Austrias no hubo jamás un levantamiento separatista de criollos. Finalmente, y *en tercer lugar*, nunca hubo una tentativa de rebelión contra la Corona por parte de ninguno de los virreyes o gobernante alguno. Si alguien se pone o considera el sistema de las audiencias, del Juicio de residencia y de los cabildos, en una época de "bellum omnium contra omnes", pensará que por encima de la *Pax Hispánica* del imperio indígena estaban los postulados programáticos de un estado ideal. Y es precisamente este el valor de la historia iberoamericana, para nosotros los europeos, porque nos pone en condición de conocer este Estado ideal que vislumbran Carlos V y sus sucesores, destinado a realizarse allende de los océanos y más allá de los horribles conflictos bélicos europeos.

El Imperio de las Indias se caracteriza, a mi modo de ver, por la fusión sintética de tres conceptos imperiales: el Indiano, el Hispánico y el de la Casa de Austria. Lo moderno reside precisamente en la fusión sintética de tres conceptos imperiales: Y al hablar de esto deseo hacer notar que "imperial" tiene tan poca similitud con "imperialista" como "nacionalista" con "nacional". Esta idea imperial está muy próxima a las ideas modernas que nos hablan de una federación pacífica de pueblos. Apoyándose en los restos de los dos grandes imperios indígenas, comenzó a desarrollarse el cuerpo de la Hispanidad, cuyo espíritu ya había aparecido en ciertos conceptos imperiales de la Castilla de los siglos XII y XIII. Es natural que estos elementos imperiales de la Hispanidad se acrecienten con Carlos V. Recordemos que los jefes de

la familia de los Habsburgo no habían llevado en vano el título de Emperador durante veintidós generaciones, presidiendo los Estados europeos. La Casa de Austria es un ejemplo para las ideas unificadoras europeas de nuestra época, y constituye a través de medio milenio un antecedente histórico para ellas. Encarna, tanto en el tiempo como en el espacio, el máximo de experiencias en materia de federación. Con Carlos V creció esa misión de comunicar los pueblos, misión clásica de esta dinastía de continuidad imperial y de intercambio cultural. La función histórica de los Austrias en América se puede considerar como un fenómeno complementario y resultante de la Hispanidad. No olvidemos que fueron geógrafos y almirantes de la Casa de Austria quienes bautizaron un tercio de todos los continentes y océanos. La América hulomontana de Waldseemüller, el Pacífico de Magallanes, sin contar las Filipinas y Carolinas, las nuevas Hébridas, descubiertas por el navegante español Quirós (1606), llamadas "Terra Australis", son las causas de la denominación de la futura "Terra Australis Incognita".

Me apoyo aquí en las investigaciones de los geógrafos austriacos Aberhummer y Hassniger sobre Austria y Australia. La conexión histórica entre los continentes aparece entonces como evidente. El fenómeno dominante es la transformación de la idea imperial en Hispanidad. *Primer momento crucial*: el Emperador triunfó en la batalla de Mühlberg como "defensor fidei". En el mismo año 1547 modifica la sucesión imperial; su hijo Felipe es designado Rey de Romanos y Emperador en el caso de muerte de Fernando. Introducción del ceremonial borgoñón en España, símbolo supremo de la importancia de la Hispanidad en el sistema de los Austrias; afirmación de la libertad de la persona del indio, junto con la de la personalidad política del Continente. *Segundo momento crucial*: Felipe II tomaba las riendas del poder. El mundo fue "una selva de lanzas españolas". Ningún ejército español fue jamás derrotado en batalla abierta. Al valor militar y moral y a la ecumenidad hispánica

corresponden aspectos de supernacionalidad imperial. El heredero real de Carlos V hizo partícipe a toda la Hispanidad de ese concepto de "magedad" hasta ahora monopolio de los emperadores romanos y que tan bien correspondía con el pensamiento imperial. En el año clave de Tridentino y de la colocación de la primera piedra de El Escorial, 1563, Felipe II solicitó del Papa que lo nombrara Emperador de las Indias. *Tercer momento crucial*: En el año 1580 Felipe realizó la comunidad lusohispánica; el continente todo formaba un Imperio. Las Filipinas se convierten en "nietas de España". Es la época de las grandes realizaciones sociales, de la democracia coronada, no electoral, sino efectiva, la época del salario móvil y de la ordenanza inmortal: "Todos los obreros trabajarán ocho horas cada día, cuatro a la mañana y cuatro a la tarde, en las fortificaciones y fábricas." Cuarenta años después, el visionario Campanella opinaba que al rey de España no debía resultarle muy difícil alcanzar la unidad ecuménica: "En primer lugar —decía—, debe conseguir que tengamos un Papa español, o mejor aún de la Casa de Austria." La clave jurídica del Imperio es formada por los trabajos recopiladores del gran polígrafo Pinelo y del gran juriseconsulto Solórzano, concretadas en las sapientísimas normas del inmortal Código Carolino del año 1686. Pero Iberoamérica perdió su natural derecho a convertirse en el miembro central de un Commonwealth católico con la extinción de esta dinastía mundial, unificadora de pueblos.

Sería salirse de este trabajo entrar a detallar las múltiples influencias extrañas que causaron la quiebra de la armonía religiosa, social y nacional. Basten algunos ejemplos: La expulsión de los jesuitas dificultó la consolidación social de los indígenas, que quedaban entregados a los inescrupulosos administradores de los bienes malbaratados que habían pertenecido a la compañía. Veinte años después, el revolucionario Tupac Amaru II pretendió reconstruir por medio de la fuerza el reino de los Incas. El crecimiento del aparato estatal no encontró otra oposición que la de los

desplazados criollos, consecuencia del nuevo centralismo. Tendentes a superar su colonialismo con modelo extranjero, aparecieron hombres que seguían una idea imperial, tales como Aranda y Miranda. Tanto en Bolívar como en San Martín encontramos bases serias para las ideas libertadoras, junto con las unificadoras. Repercusiones del imperialismo napoleónico podemos observarlas en Haití, en Méjico, y quizá podamos considerar que ideas parecidas quedaron sepultadas en la batalla del Aquidaban.

A pesar de todo, hemos de encontrarlos en la posterior historia americana con tres figuras de la Casa de Austria. En Brasil, la famosa época del Grito de Ypiranga está íntimamente ligada a la figura de la archiduquesa Leopoldina, esposa de Don Pedro I de Braganza. La proclamación de Agustín I *pudo lograrse* gracias a la leal renuncia del archiduque Carlos a pretender la corona mejicana. El archiduque Maximiliano concibió la idea de unificar Méjico y Brasil (podemos observar como curiosidad que en el manto de coronación de Maximiliano —que se encuentra expuesto en el Tesoro de Viena— vemos las abejas napoleónicas en lugar del águila de dos cabezas. Es el sistema de una desvinculación espiritual con Carlos V, el fundador de la Ciudad Imperial San Luis de Potosí, que fué la más grande ciudad del mundo cristiano.

Los europeos pensamos en continentes. Estamos convencidos de que las monoculturas económicas aisladas están expuestas a crisis; que uniendo las fuerzas es posible realizar proyectos económicos de carácter continental, y que el mejor método de enfrentar la infiltración comunista es superar todas las fragmentaciones políticas. Sin embargo, tampoco es nuestra opinión que las grandes fuerzas de integración, de las que habrán de necesitar nuestros dos continentes en el futuro, deban ser exclusivamente de orden material, sino que han de crecer de la síntesis de los valores que el pasado y el presente nos brindan. Nos regocijamos contemplando las fuerzas cada vez más crecientes de esa Hispanidad, de la que Alejandro Humboldt hablaba llamándola "futuro eje de la

humanidad", o "corazón del mundo", como la bautizó Bolívar. Pero no sólo miramos con satisfacción a las enormes reservas de espacio, materias primas y hombres del mundo iberoamericano, cuyas cifras se acercan a las de los Estados Unidos de Norteamérica y de la Unión Soviética, sino que nos llenamos de confianza al contemplar el espíritu vivo que se impone a veinte fronteras y el renacimiento de una responsabilidad histórica, tesoros positivos que se acrecientan a diario. Esta semana de octubre, que puede estar segura de nuestro agradecimiento común y sincero, ha de estimarse como una expresión cabal de esos tesoros que acaba de mencionar.

Creo que estamos de acuerdo en dejar de considerar a Carlos V como un exponente superado de un pasado enmohecido para ver en él el faro que orienta el futuro de los dos continentes amigos, para ver en él al gran idealista —al que quizá puede atribuirse el lema: "¡Aún no!"—, al creador de los mayores reinos que la historia haya conocido, en el sentido material, moral y de grandeza moderna.

Y así es como ruego que se me permita concluir, expresando la esperanza de que el homenaje a una gran figura espiritual de ambos continentes llegue a ser símbolo también de un amistoso trabajo en común, en estos nuestros campos de estudio científico, en los que nada podemos lograr los unos sin los otros.

*

A continuación se reproduce un Proyecto de esquema para la redacción de una obra sobre la persona de Carlos V.

I. Carlos de Europa, monarca de la Cristiandad. Sentido caballeresco de la Conquista. Sentido ético del conquistador. Su visión del mundo. Su "Weltanschauung". Su sentido del hombre y de la vida. Medievalismo y modernidad. Espíritu caballeresco y renacentista. Españolismo y americanismo del conquistador español.

II. LA PERSONALIDAD HISTÓRICA DE CARLOS V Y SUS IDEALES.—La cohesión de sus pueblos por la comunidad de la fe. La Casa de Austria como factor de integración de pueblos. Carácter federal

de la idea imperial. El viejo ideal imperial y la sagrada responsabilidad por los destinos de todo el Occidente. Carlos como defensor *fidei*. Su actitud ética: "Cosas ajenas ni reino ajeno no tengo" (Madrid, 1528).

III. CARLOS V Y LA HISPANIDAD.—Las siete estancias de Carlos en España y la defensa de los intereses españoles. Comienzo de la transferencia de la idea imperial a España y a la Hispanidad. La predisposición imperial castellana, afirmada aún en los siglos XII y XIII. La designación de Don Felipe como rey de Romanos (1547); el nuevo ceremonial (1548) y la translación a España del título de Magestad; afirmaciones españolas sobre el carácter imperial de su régimen (Gattinara, 1519; Cortés, 1520; Miguel de Ulzurun, 1525; Domingo de Soto, etc.). La última estancia y la muerte de Carlos V en España. Acentuación de la ecumenidad española; identificación de Don Felipe con la Hispanidad; su sollicitación ordenando al Sumo Pontífice que le nombre Emperador de las Indias (1563), y la unión hispano-lusa (1580-1640). Los dos hemisferios del globo con el continente americano integraban un imperio. El imperio mundial.

IV. LA OBRA DE CARLOS V EN AMÉRICA.—a) *La situación de la conquista antes de Carlos V*. Las Bulas de donación-demarcación y el tratado de Tordesillas. La iniciativa generosa de los Reyes Católicos. Encomenderos y misioneros. Santo Domingo, "Atenas del Nuevo Mundo". Fray Montesinos. Las deliberaciones burlescas.

b) *La integración del Continente y el problema del justo título de la Conquista*. Etapas del establecimiento del poder de la Corona: creación del Consejo de Indias (1524); la carta-instrucción granadina (1526); la proclamación de la libertad de los Indios (1526), que "se estiende y execute aunque sean del Brasil" (1550); las relaciones vitorianas (1534-1535). La intervención de la Emperatriz Isabel para obtener las bulas indianas (1537). El Emperador y Las Casas. Las leyes nuevas (1542). La carta-mensaje del Emperador "a los reyes y repúblicas de mediodía y ponien-

te de Nueva España" (1543), convierte la empresa indiana en acción esencialmente misionera. Las Deliberaciones vallisoletanas y la suspensión de las conquistas y descubrimientos (1550-51).

c) *Resumen de la actividad del Emperador en América*. Carlos, integrador americano. La estructura del imperio de las Indias. El sistema de los Virreynatos, Audiencias, juicios de Residencia y Cabildos. Compenetración del poder civil y religioso. La obra misionera y cultural. La unidad económica. La carrera de las Indias. Protección de los indios (1526) y protección de los criollos (1543). La "Pax Hispanica". El imperio creado por Carlos en las Indias no fué jamás una colonia.

V. CARLOS V Y LA AMÉRICA MODERNA. (Esta última parte está destinada a destacar la totalidad de la obra de Carlos. La introducción está hecha por una serie de contribuciones individuales de veinte historiadores nacionales que demuestran subsiste aún la obra de Carlos V en los países respectivos. Por ejemplo, distritos eclesiásticos, atribuciones de los obispados o arzobispados, fronteras de diócesis; eventuales coincidencias de las fronteras de hoy con las de los virreynatos o capitanías. Iglesias, monasterios, obras de arte, símbolos y armas —el águila con dos cabezas, como en Santo Domingo o en la villa imperial de San Luis de Potosí; ciudades, calles, donaciones—; por ejemplo, el Christo de los Temblores en Cuzco; en Panamá, por ejemplo, el Canal, que fué discutido en la época de Carlos V; Universidades, etc.).

VI. CONCLUSIÓN. (Mapas, ilustraciones, instrucciones y cédulas de Carlos V. Registro general.)

SANTO DOMINGO Y SU INFLUENCIA EN LA CULTURA DEL NUEVO REINO DE GRANADA

POR

FERNANDO CARO MOLINA

Uno de los hechos más importantes del descubrimiento y colonización de América es la formación de la primera sociedad constituida por los españoles

en la ciudad de Santo Domingo, situada al sur de la Isla de la Española, en las Antillas. Pues esta sociedad fué uno de los gérmenes que originaron nuestra nacionalidad, tanto desde el punto de vista económico como del intelectual o moral. Lo mismo que los individuos, las naciones tienen su naturaleza o esencia, y se propagan y mueren según la forma sustancial que recibieron de su germen; y el germen de esta primera sociedad, en que aquí me ocupo, tenía como atributos esenciales los de la raza española, el carácter entero y tenaz, que desarrolló una civilización superior, acendradamente católica, y muy avanzada en punto de guerra, literatura, artes y ciencias.

Dícese que Cristóbal Colón leyó la tragedia *Medea*, de Séneca, uno de cuyos pasajes habla de un marinero que descubrió un nuevo mundo, y que esa lectura le inspiró su empresa. Como Colón no era filósofo, ni siquiera letrado, no conoció los vaticinios de Manilio, Eratóstenes y Platón, que sostenían la existencia de un Nuevo Mundo, y por ello quizá no pudo entender la idea de un nuevo mundo; pero, hombre imaginativo, guardó el recuerdo del relato del marinero descubridor, y confundió este nuevo mundo con el Asia (de allí pensó haber regresado cuando volvió de su primer viaje). Y aún llegó a creer que llegaría a las vecindades del Paraíso. Como sabemos, Colón erigió el fuerte de La Navidad con treinta y ocho españoles que perecieron a manos de los indios, por haberles tomado las mujeres para utilizarlas a su voluntad. En este viaje es de advertir que no vino ningún sacerdote, pero sí el cirujano maese Juan, que fué uno de los treinta y ocho muertos. La Isabela, fundada en su segundo viaje, tuvo el significado histórico de haber sido la primera ciudad del nuevo mundo, y de evidenciar las dificultades que habrían de oponer los indios de América a los españoles.

Los escritos de Colón sobre sus descubrimientos le atrajeron las miradas de Europa, principalmente de los españoles. Se consideró al Almirante como hombre extraordinario, el más notable de su tiempo. Y sus palabras, especialmente

aquellas de su primera carta que describen las tierras halladas como paraíso, y a sus pobladores desnudos y en estado salvaje como modelos de natural bondad, produjeron muchísimo interés en todos los pueblos civilizados, y tuvieron estas consecuencias inmediatas: facilitaron en España la organización de un segundo viaje; determinaron la misión Boyl, que adelante se estudia, e iniciaron la literatura española en Santo Domingo.

Ahora bien: el 25 de septiembre de 1493 salió Colón de Cádiz en su segundo viaje, con diecisiete buques y mil quinientos hombres, y llegó a La Navidad, en donde halló resistencia pasiva por parte de los nativos, debido a los abusos de los treinta y ocho prenombrados. Sin embargo, intentó conquistar y colonizar la región, pero la falta de indias y de alimentos y las fiebres y hambres, de que murieron muchos de sus hombres, lo hicieron mudar de parecer, y se dirigió al sur de la Española, en donde más tarde su hermano fundó a Santo Domingo, primer centro civilizador de América.

Entre los fundadores de Santo Domingo, que llegaron en el segundo viaje y sobrevivieron a los peligros de la conquista, figuraba el médico Diego Alvarez Chanca, quien prestó sus servicios a los españoles curándolos de niguas y búas, y quien a su regreso a España publicó una *Relación de las plantas americanas que conoció*. También figuraba fray Bernal Boyl, natural de Cataluña, de la Orden de San Benito, investido por el Santo Padre de plenísimos poderes para la administración de la Iglesia como Prelado y cabeza de clérigos y religiosos en las tierras descubiertas.

Antes de mencionar a otros hombres importantes que intervinieron en la fundación de Santo Domingo, y que contribuyeron a su desarrollo cultural, se hace necesario conocer el origen de la misión Boyl, que voy a estudiar. El Almirante, Gobernador General y Virrey Cristóbal Colón, había adquirido a más de prestigio una autoridad temporal semejante a la de los reyes, que Fernando V, rey de Aragón, hombre responsable, político previsivo y astuto, llamado con razón el Católico, se veía en la

necesidad de contrarrestar, por varias razones: la primera, para no ver superada la posición de su dinastía por el prestigio de Colón; la segunda, para asegurarle a España el dominio de las Indias, que podía serle arrebatado por Colón con ayuda de otra u otras potencias europeas, y la tercera, para fomentar la obra misional.

Fernando, con fines económicos y políticos muy justificables, pero bajo pretexto de servir a la conversión de los indios, que, como católico que era, también deseaba, eligió a fray Bernal Boyl, para que contrarrestara el poder de Colón. Así lo hizo jefe de la primera misión que constaba de trece eclesiásticos: Boyl, dos franciscanos legos y borgoñones, fray Juan de la Duela, fray Juan de Tisin, fray Pedro Rodríguez Pérez, el ermitaño fray Ramón Pane, fray Juan Bermejo, fray Juan Pérez, fray Antonio de Marchena y tres eclesiásticos más. Boyl debería servirse de las armas espirituales de que lo dotaba su *calidad* de vicario pontificio para poner a raya a Colón.

La misión Boyl fué, pues, el resultado de una iniciativa de carácter económico y político de Fernando V, secundada por el Papa Alejandro VI, muy necesaria para España y para las Indias. No contradice al celo religioso de Fernando el Católico, ni al interés del Sumo Pontífice y de Boyl por la obra misional, ni al de todos tres por los intereses culturales. Se trataba de un momento histórico, en que era necesario para el monarca español y para el Jefe de la Iglesia hacer predominar el interés económico, para que apoyados en éste, pudieran tener expansión los intereses religiosos y culturales de los españoles en las Indias; así lo interpretaba el Sumo Pontífice Alejandro VI, al ordenar la catequización el 3 de mayo de 1493 en su Bula *Inter Caetera*. En este sentido no andan desacordados Oviedo ni los otros autores que atribuyen celo misional a los monarcas católicos, y sí los que defienden tesis contrarias.

Lo anterior nos hace comprender cómo Boyl, en su calidad de Vicario de la primera misión, fuera quien probablemente celebró la primera misa que se

dijo en América, en La Isabela, el 6 de enero de 1494; por qué no se consagró a las actividades misionales y, finalmente, por qué fulminó sus entredichos contra Colón. Deploro no saber de escritos redactados en Santo Domingo por este fraile y gran político, distintos de una carta dirigida a los Reyes Católicos en enero de 1494. Ahora bien, el Almirante se dejó llevar de su ambición, una vez obtenidas las capitulaciones de Santa Fe, y, portándose como marino acostumbrado a la disciplina de su arma y hombre de carácter altanero, trató cruelmente a sus gobernados en la Española, lo que le acarreó severa reprensión de fray Boyl. Pero no por esto cedió, sino que, continuando en sus malos tratos, dió motivo suficiente, años más tarde, para ser conducido a las cadenas de la prisión.

Regresemos ahora a otros de los primeros hombres notables que intervinieron en el desarrollo cultural de Santo Domingo, a quienes ya había mencionado. Con la misión Boyl llegaron los ya nombrados fray Ramón Pane, etnógrafo, y fray Antonio de Marchena, cosmógrafo. También estuvieron por aquella época en Santo Domingo, Alonso de Ojeda, el capitán Juan Ponce de León y otros. Sobresale entre todos ellos fray Ramón Pane, por haber dado los fundamentos del sistema de evangelización de los indios, que consistía en que unos pocos eclesiásticos aprendían las lenguas indígenas con el fin de emplearlas luego en la conversión de millares de indios y en la educación de éstos. El sistema de Pane no prosperó sino hasta mucho más tarde, en 1514; porque los eclesiásticos prefirieron el sistema de criar y educar niños indígenas en sus casas para que les sirvieran posteriormente de intérpretes en sus labores misionales. Fray Pane fué también autor de las *Primeras noticias sobre las costumbres religiosas y artísticas de los indios*.

En 1502 ocurrió un hecho muy importante en la naciente vida de Santo Domingo: la llegada del Gobernador Ovando, que fundó diez villas de cristianos y reedificó Santo Domingo, cuyas construcciones primitivas habían sido destruidas por un huracán. Ovando hizo el primer hospital, y comenzó la construc-

ción de habitaciones al estilo de los grandes modelos de España, introduciendo en esta forma la arquitectura española en América. En esta misma época se instaló el Convento de los franciscanos. Pero el Gobierno de Ovando no se limitó a obras de progreso material, sino que inició el desarrollo cultural por orden del rey, con la fundación de las primeras escuelas primarias de América, dirigidas por sacerdotes y destinadas a enseñar lectura y escritura; con ellas comienza el adoctrinamiento religioso estrechamente vinculado con la propagación de la cultura, bajo un plan científico de enseñanza. En 1505 se vió el fruto del progreso material y cultural con la aparición del primer colegio en el convento de la orden de San Francisco, fundado por fray Hernán Suárez, y con la aparición de otros institutos para la enseñanza de indios y españoles.

En 1510 se fundó el primer convento de dominicos, centro religioso y cultural de donde salieron fray Tomás Ortiz, que llegó a ser el primer obispo de Santa Marta, e inició en Santo Domingo su libro *Relación curiosa de la vida, leyes, costumbres y ritos que los indios observan*, modelo de literatura misional, y fray Domingo de Betanzos, quien predicaba a los indios, en lengua indígena, por los años de 1514 a 1526; y luego fué el primer provincial en México y el fundador del primer convento de su orden en Guatemala. Aquí continúa, pues, el desarrollo del sistema evangelizador y asimilador de fray Ramón Pane, que trajo como contrapartida las primeras incorporaciones de voces indígenas en la lengua española. Es de advertir que el 21 de marzo de 1513, por Real Cédula, fué encargado el bachiller Hernán Sánchez de reformar la enseñanza primaria en Santo Domingo, haciendo más completo el pénsum de estudios, y el 26 de septiembre del mismo año ordenó el Rey que se organizara un plan de escuela primaria para educar a los niños menores de trece años, hijos de caciques, plan que comprendía cuatro años de estudios, y el pénsum citado atrás, lectura, escritura y doctrina cristiana, ampliadas con el estudio de la gramática latina.

Mientras progresaba la educación pública de 1502 a 1503 en la forma que acabo de exponer, ocurrió un hecho de consideración: la llegada del Virrey don Diego Colón, hijo del Almirante descubridor, con su esposa y las damas de su corte, en 1509. Diego Colón ejerció su virreinato hasta 1526, año en que murió. Durante su gobierno, en 1510, llegaron los frailes dominicos, enviados por el rey, con el fin de evangelizar a los indios y protegerlos contra los enmenderos. Los dirigía fray Pedro de Córdoba (1482-1521), quien profesó y llevó a la práctica uno de los grandes principios católicos: la defensa de los oprimidos. Con este objeto dió instrucciones a fray Antón de Montesinos para que predicase contra los sistemas de los encomenderos. Efectivamente, el gran orador pronunció varios sermones elocuentísimos, que ha recogido con aplauso la historia universal para honra de la raza hispánica. El fondo de estos sermones es sublime y su forma constituye el primer modelo de oratoria sagrada producida en América. Las obras y palabras de Córdoba y los sermones de Montesinos influyeron en fray Bartolomé de Las Casas, doctor en Derecho de la Universidad de Salamanca, ordenado después dominico, quien fué la cifra y compendio de la voz que clama en defensa de los oprimidos. La orden de los dominicos, así, pues, produjo la *Doctrina Cristiana para indios*, por fray Pedro de Córdoba; la *Apologética historia de las Indias*, por fray Bartolomé de Las Casas; y una carta de éste al Consejo de Indias, sobre los indígenas, que se ha hecho célebre.

El rey eligió a Alejandro Geraldini para ejercer el obispado en Santo Domingo en el año de 1516. Geraldini, humanista insigne, se ha considerado como el primer escritor latino de aquella época en América. Llegó a la Isla en 1520; en ese año dirigió a sus diocesanos una pastoral en latín; en 1522 terminó de escribir el *Itinerarium ad regiones sub equictoniale plaza constitutas*; en 1523 hizo un poema en latín clásico para celebrar la edificación de la catedral, con motivo de la colocación de la primera piedra de este monumen-

to. En suma, Geraldini fué renacentista y humanista ilustre, poeta y prosista latino de gran altura y verdadero maestro de la sociedad de transplante español en la Isla.

Ahora bien, los europeos de comienzos del siglo xv no conocían todos los aspectos del cielo ni la forma y el tamaño de la tierra; ni sabían de la distribución de los mares y continentes, ni el movimiento de nuestro planeta en redor del sol, a pesar de las investigaciones de Aristarco de Samos.

Fué Colón ignorante, tanto de la literatura como de la ciencia de su época; sin embargo, su llegada a Santo Domingo produjo una revolución mundial en las letras y ciencias de Europa y contribuyó al florecimiento de la civilización del siglo xvi, que acabó por establecer las bases de la geografía contemporánea. Así, pues, el diario y las cartas del Almirante condensan en Santo Domingo una literatura nueva que se extiende a España, y, en general, a Europa. Adviértase aquí que hoy es conocido el mapa del cielo, y es cosa sabida de todo el mundo que cuando el horizonte de la tierra varía, varía con él el espectáculo sublime que ofrecen las estrellas; pero cuando llegaron los primeros europeos a Santo Domingo, el cielo de este lugar les produjo una honda impresión que sirvió de motivo literario. Este motivo lo hallamos en Colón, quien solía dejarse llevar de su fantasía, en carta escrita en 1500, cuando dice que *había hecho viaje nuevo al mundo y cielos nuevos*. Sin embargo, Colón murió sin tener conocimiento exacto ni del nuevo mundo ni del cielo nuevo. Américo Vespucio, en 1504, en las relaciones de sus viajes, habla de *cielos nuevos y nuevas estrellas*, entre éstas de las cercanas al Polo Sur. Pedro Mártir de Anghiera escribió sobre el mismo tema en su obra *De orbe novo*, publicada en 1511; y Alejandro Geraldini, quien debió conocer todos los escritos anteriores, habla de:

Alia sub alio coelo sidera

Este motivo literario salió de Santo Domingo y llegó hasta Tunja, donde

Juan Castellanos escribe mucho tiempo después:

*Otras estrellas ve nuestro estandarte
Y nuevo cielo ve nuestra bandera*

Anoto de paso que Juan de Castellanos estuvo en la Isla, antes de llegar a Tierra Firme, pero no he logrado precisar la fecha precisa. Indudablemente influyeron en él las cartas de Colón, los escritos de Vespucio, Mártir de Anghiera y Geraldini, lo que se nota respecto de Geraldini en los versos que de uno y otro acabo de transcribir. Ahora bien, el motivo literario del nuevo cielo, salido de Santo Domingo, trajo también como consecuencia un avance enorme en la astronomía, pues no es raro que las iniciativas literarias produzcan avances en las ciencias. Así como el cielo, el suelo y el hombre nuevos produjeron las obras de Alvarez Chanca, Pane, Pedro de Córdoba y Bartolomé de Las Casas, ya vistas atrás, que pusieron en circulación nuevos motivos científicos y literarios en Europa; así también, el hombre y el suelo nuevos produjeron, con el trasplante de la cultura de España a Santo Domingo, una sociedad nueva que, bajo la presión del magisterio de una doble necesidad, o sea la que obligaba a los españoles a aprender las lenguas indígenas y la que llevaba a los indígenas a aprender español y latín, originó no sólo una literatura nueva, sino una nueva pedagogía, iniciada, como se ha visto, por fray Pane, con el aprendizaje de las lenguas indígenas, encaminadas a la evangelización, y que se continúa con la educación de los hijos de los indígenas en las casas de los religiosos, con el objeto de formar los primeros lenguaraces (o intérpretes) en el Nuevo Mundo, y llega a su mayor desarrollo con la predicación de eclesiásticos en lengua indígena, como lo hizo Betanzos. Estos primeros métodos para superar algunas de las dificultades que se oponían a la evangelización, constituyen, pues, un aporte de Santo Domingo a la evangelización de Tierra Firme, en donde habrían de perfeccionarse. En cuanto al último plan para la enseñanza primaria, promulgado por Hernán Sánchez a iniciativa del rey, plan que había de pasar

a Tierra Firme, comprende doctrina cristiana, lectura, escritura y latín, por espacio de cuatro años; manifiesta una finalidad cultural humanística, encaminada a levantar tanto a los hijos de los caciques como a los hijos de los españoles a las esferas de la cultura clásica.

En Santo Domingo se inicia la legislación de Indias; allí nace en 1505 la primera escuela primaria abierta por la orden franciscana, que sirve de ejemplo a otras en Tierra Firme; inician también sus enseñanzas las órdenes de los dominicos y mercedarios, y el rey interviene para perfeccionar el plan, agregándole en 1513 el estudio del latín. La sociedad dominicana recibe el influjo de estas enseñanzas y desarrolla una cultura de tipo humanístico caracterizada por la propagación de la fe católica, la divulgación de la lengua española, enriquecida con aportes indígenas y el predominio de aquella filosofía aliada de la teología. Estos caracteres le merecen a España el dictamen de "mentora de la ética entre las naciones europeas". Así, pues, la forma dominicana de la cultura española es la base y el fundamento de la cultura trasplantada a América y a Colombia, máxime si se observa que en la Universidad de Santo Tomás, fundada en Santo Domingo por frailes dominicos en 1538, se educaron algunos jóvenes de la costa atlántica de la Nueva Granada.

No hay, pues, que olvidar tampoco que la obra misional comenzada en Santo Domingo, a pesar de los enormes obstáculos peculiares del Nuevo Mundo, trajo en pos de sí una magna obra literaria manifestada en catecismos, libros de lectura, gramáticas y diccionarios y cátedras de lenguas indígenas, formas éstas de cultura que después florecieron en todos los países americanos.

Sirven de ilustrar el influjo cultural de Santo Domingo en Colombia el conquistador Rodrigo de Bastidas, quien puso en práctica el sistema de hacer convivir a soldados españoles con tribus indígenas amigas para formar intérpretes que sirvieran después en la colonización de Santa Marta; Gonzalo Fernández de Oviedo, cuya obra es una de nuestras fuentes históricas; fray Tomás Ortiz, de

la Orden dominicana, de quien me ocuparé más adelante; Castellanos, que escribió sobre la Isla las cinco primeras partes de su poema; fray Pedro de Aguado, que estuvo en la Española en el siglo XVI; fray Pedro Simón, que visitó a Santo Domingo nueve años después de su llegada a Colombia; Juan Méndez Nieto, médico y escritor, quien después de haber vivido en Santo Domingo pasó a Cartagena de Indias, donde escribió varias de sus obras y ejerció su profesión, y otros no menos notables que los anteriores. En resumen: la sociedad que formó España en Santo Domingo le sirvió luego para iniciar los métodos que debía emplear para superar los grandes obstáculos que se opusieron al trasplante de su cultura, pues por Santo Domingo pasaron todos nuestros conquistadores; allí funcionaba la primera Audiencia, instalada en 1511; allí abrió América sus puertas para que entrasen la religión, el español y el latín, y, en fin, allí nacieron las letras de Hispanoamérica.

Ahora bien, ya se vió que en el primer viaje de Colón no vino ningún eclesiástico, y que en el segundo vino la misión Boyl, con el objeto tanto de contrarrestar el poder del descubridor como de establecer también el primer servicio misional. Así, pues, tenemos que la obra de esta primera misión demostró al rey la necesidad de generalizar el procedimiento, y de allí en adelante en ninguna de las capitulaciones concedidas a los conquistadores y descubridores falta la cláusula o las cláusulas en virtud de las cuales el rey les impone la obligación de llevar consigo a dos o más eclesiásticos pagados con fondos del rey, deducibles de los diezmos que se le enviaban de estas tierras de Indias. Así, pues, tenemos que Colón y fray Boyl representan el primer caso de la colaboración entre descubridor y eclesiástico, dos figuras que unidas habían de ocurrir a todo lo largo de la historia del dominio español en América.

Conviene decir aquí que se ha reconocido ya el mérito y la importancia excepcionales de los eclesiásticos. Y, sin

embargo, no ha sucedido lo propio con el descubridor y conquistador español. Pues conquistadores y descubridores fueron empresarios privados que no vinieron a traficar, ni contaron con ayuda ninguna de las arcas reales. Eran unos empresarios *sui generis*, cuyos negocios eran más bien hazañas inspiradas en los libros de caballería, que constituían la literatura popular desde 1508, en que se lanzó la primera edición del *Amadis de Gaula*: sus fantasías estaban pobladas por los héroes, islas raras, mujeres amazónicas, metales y piedras preciosas de aquellas novelas; querían como los caballeros, realizar hazañas sorprendentes. Desde Santo Domingo entreveían las tierras y riquezas con que soñaban como buenos lectores de libros de esa especie. Y así el catálogo de la biblioteca de Fernando Colón, hijo del descubridor de América, demuestra que muchas de esas novelas figuraban en sus magníficos fondos. Cabe presumir aquí que don Fernando se las hizo conocer a su hermano don Diego, quien llegó a Santo Domingo en 1509 como Virrey y Gobernador, y por este conducto llegaron varios de tales libros a Santo Domingo. Y es dable suponer también que a través de don Diego las conocieran Bastidas y otros habitantes de la Isla, si es que no las habían conocido antes. No eran, pues, los conquistadores tal como nos los han pintado, unos prosaicos comerciantes sin más ambiciones que las de conseguir oro; ni eran tampoco unos aventureros vulgares, sino unos verdaderos caballeros andantes que creían reconocer las tierras maravillosas, las riquezas y los singulares combatientes de que trataban sus libros favoritos a medida que se internaban por tierras de América, y que daban también lugar, con sus hazañas, a nuevos libros de caballerías, y a otros géneros de literatura más reales y elevados, como, por ejemplo, la poesía épica en Méjico y la historia en todos nuestros países. Pero lo que principalmente dejaron en pos de sí fué la hispanización de América, y su ejemplo de hombres, inteligentes y activos, que encarnaban el significado profundo del gran Don Quijote.

LA OBRA DE ESPAÑA EN COLOMBIA. FUNDACION DE SANTA FE DE BOGOTA

POR

RAFAEL DE GRANADOS, S. J.

RESULTADO DE LA OBRA DE ESPAÑA EN COLOMBIA

Sobre el resultado de la obra de España en América hay divergencias: colocándonos en un plano imparcial, podemos decir que España hizo mucho en nuestro favor. Gloria indiscutible de España es haber descubierto, conquistado y civilizado un mundo nuevo, dotándolo de todo lo indispensable para asegurarle una decente subsistencia. Tanto le preocupó la América que, a raíz del descubrimiento de ésta, estableció Consejo aparte para administrar sus asuntos y fué este Consejo de tal calidad que en toda la monarquía no existió otro más respetable; sus miembros, fundados generalmente en la experiencia de los gobiernos de América, eran hombres de excepcional sabiduría y honorabilidad; ellos dictaron una legislación sabia, mirada hoy con asombro. Los mandatarios que a sus colonias envió España eran generalmente personajes selectos, pertenecientes a la alta nobleza, y para contener los desmanes que ellos pudiesen perpetrar, estableció la Corte, con acierto, el recurso a las Reales Audiencias y a los juicios de residencia.

De España recibimos el beneficio imponderable de la religión verdadera; aquella auxilió con recursos para el transporte a numerosos sacerdotes y misioneros que cristianizaron el Nuevo Mundo; de esta suerte, el pueblo que estaba sentado en las sobras de la muerte fué iluminado por la luz esplendorosa de la verdad que llenó de consuelo las almas de los infelices indígenas y orientó sus aspiraciones hacia una patria mejor.

La Religión arraigó con fuerza poderosa en el alma de los hijos de este suelo, hasta el punto de ser nuestra patria un baluarte inexpugnable de la ortodoxia; en nuestros hogares arde pujante la llama sagrada de la fe que la

mano bendita del español encendiera hace más de cuatro siglos, y esa antorcha aún satura con perfumes de santidad nuestras moradas.

España nos dió *su sangre*; ella, en combinación con la del nativo americano, según indicamos antes, dió como resultante una raza privilegiada; merced a la sangre española que corre por nuestras venas podemos afirmar que los hidalgos y valientes caballeros de la España Grande sobreviven aún en nuestra patria.

España, privándose de lo mejor de los hijos que en su seno abrigaba, nos envió una selecta inmigración; no procedieron así otras naciones colonizadoras de entonces, las cuales procuraron desprenderse de los elementos indeseables en sus metrópolis respectivas, para poblar con ellas sus colonias. Lo malo que acá pasó, generalmente, vino subrepticamente.

España conservó el elemento indígena; otras naciones lo destruyeron.

España nos trajo el don precioso de su rico y encantador *lenguaje* que el indígena aprendió con perfección, el colono cultivó con exquisito esmero y el colombiano culto maneja con gallarda habilidad. Casi medio mundo habla hoy el lenguaje de Castilla y de él no pueden prescindir ni el comerciante ni el sabio.

Por lo que a la *cultura intelectual* respecta, España, sobre todo por medio de los misioneros, sembró el país de escuelas, fundó colegios y centros de estudios superiores, donde se formaron beneméritos jefes de la Iglesia y los mismos próceres que luego realizaron la emancipación.

La *cultura material* fué muy considerable también; los españoles fundaron numerosas ciudades y poblaciones, algunas de las cuales gozan hoy de exuberante vida. De España vinieron al país maestros expertos que con nuevos instrumentos de trabajo adiestraron en el cultivo de los campos y en artes diversísimas a los hijos de este suelo. El español trajo numerosas industrias aquí desconocidas; merced a la actividad del colonizador español, Colombia posee hoy numerosos rebaños y vacadas, venero precioso para el sustento y fuente de in-

calculable riqueza; de poco habrían servido a los indígenas sus inmensas pampas sin el caballo para recorrerlas; éste sirvió como medio de rápido transporte y fué alivio para los indígenas que antes tenían que llevar sobre sus hombros desmedidas cargas; el español enseñó a arrancar a nuestras montañas sus valiosos tesoros y enseñó a apreciarlos; él trajo gran variedad de cereales y frutas con que se ufanan nuestros huertos y las flores vistosas que engalanan nuestros hogares.

FUNDACIÓN DE SANTA FE DE BOGOTÁ

Aunque para efectuar la fundación, don Gonzalo Jiménez de Quesada, llegó a estar irresoluto entre Hunsá y el Valle de los Alcázares, se determinó por éste; la elección del sitio preciso fué sometida al estudio de varias comisiones; los capitanes Lebrija y Céspedes exploraron acuciosamente el Oriente; San Martín y Céspedes, el Occidente; determináronse por el Oriente y escogieron a Teusaquillo, lugar elevado que dominaba la bella planicie, en donde el Zipa tenía su casa de recreo que frecuentaba durante los períodos de las inundaciones de la sabana.

A la verdad, el lugar escogido para la fundación de la ciudad ofrecía considerables ventajas: las moles de la gigantesca cordillera resguardarían a los futuros moradores de las rachas heladas de los páramos de Levante y les servirían de amparo contra posibles ataques de enemigos; aquellos montes no escaseaban entonces en maderas y aún hoy ofrecen excelente material para las construcciones; dos riachuelos de cristalinas aguas —el Vicachá y el Manzanares— se desprendían de las abruptas cumbres y regaban el suelo de la futura fundación; sin temor a inundaciones y acariciados por auras saludables, dominaban hacia el Occidente la encantadora planicie que se extendía ante sus plantas como un tapiz de esmeralda y en cuyos confines abundaban los productos de las tierras templadas.

Construidas doce casas pajizas —en memoria de los doce apóstoles— y una ermita, se efectuó la fundación de la

ciudad el seis de agosto de 1538; precedidas las tropas de infantería y la aguerrida cabalgata por el general Gonzalo Jiménez de Quesada, en cuyas manos ondeaba el estandarte de Castilla, apeóse el general de su caballo, arrancó algunas hierbas y paseándose proclamó ante las fuerzas militares y la muchedumbre indígena, presidida por sus generales o uziques, que tomaba posesión del sitio en nombre del invicto Emperador Carlos V, para fundar allí ciudad; caballero otra vez en corcel, retó con espada en mano a quien se opusiese a la fundación; no habiéndolo hecho nadie, mandó al escribano testificar sobre ello.

La fundación recibió el nombre de Santa Fe, en memoria de la ciudad fundada por los Reyes Católicos durante el asedio de Granada. Acto tan solemne culminó con:

LA PRIMERA MISA EN SANTA FE

El espectáculo fué sublime y profundamente impresionante: un humilde fraile, revestido con ornamentos, cuyos colores ha arrebatado el tiempo, llevando en sus manos un pequeño cáliz de plomo, escaló el rústico retablo cargado de silvestre flora; en la lejanía oriental dos inmensas moles —Montserrat y Guadalupe—, como fuertes atletas, erguían sus cumbres para hacer guardia a la sublime víctima; hacia el poniente, los nevados del Ruiz y del Tolima asomaban en tres nubes nacaradas sus cabezas blancas, semejantes a los ancianos apocalípticos que rinden homenaje ante el Santo de los Santos; muy cerca oíase orquestación del aleteo y gorjeo de aves, murmullo de aguas, canto del viento en el follaje de la selva; sobre el altar improvisado se elevaba el Cristo de la Conquista —que para dicha nuestra conservamos—, Imagen del Dios Misericordioso que une en brazo de amor el viejo y el nuevo Continente.

Eleva el sacerdote la hostia santa que derrama por vez primera sobre la gran meseta andina sus fulgores eucarísticos; resuenan con grave golpe los tamborés; hienden el cielo los ecos agudos de los clarines; los hombres de hierro, templados en la guerra de ocho siglos con-

tra los feroces agarenos, abatido el torso, rinden armas al Dios de los Ejércitos.

La muchedumbre indígena, antes sentada en las sombras de la muerte, vió una gran luz, y ante el mensaje de otro mundo mejor, sintió el arrebato hacia el infinito y abrió sus almas al influjo de la divina gracia, como el cáliz de flor agradecida al ser herida por los rayos del sol matinal; el Nuevo Reino de Granada acaba de ser sometido, de buen grado, al vasallaje perpetuo del Salvador del mundo.

FERNANDEZ DE OVIEDO EN SANTO DOMINGO

POR

VENTILIO ALFAU DURÁN

La Isla de Santo Domingo; la Quisqueya de sus primeros habitantes; la Española de su egregio descubridor; la perla desprendida de la corona de Dios para resplandecer sobre el seno virginal de esa maravilla de la creación, que es el Continente Americano, por un capricho acaso de la suerte, se convirtió en glorioso joyel de primicias. En efecto, en el primer viaje del Almirante Descubridor, cuando contemplaba las costas rientes del litoral Norte, cuando le parecía que en la selva cantaba el ruiseñor, un brazo de arena detuvo la carabela capitana, y por esa circunstancia se estableció en nuestra isla el primer asiento de los españoles. Así surge la villa de La Navidad. De ese joyel de primicias hay que extraer en este día aquel cargo atribuido a Oviedo, de primer cronista de las Indias.

Después de aventurar por la Costa Firme se acoge al retiro apacible de la vieja ciudad de Santo Domingo, fundada por Bartolomé Colón y refundada luego por Ovando y por Trujillo, y se consagra, desde su retiro de la Torre del Homenaje, donde ejerce las funciones de Alcaide, a escribir libros interesantes de historia, que para nosotros los dominicanos están impregnados en cada página del dulce sabor de la tierra. También defiende los derechos de la Isla como Procurador en las Cortes Peninsulares;

se le designa regidor perpetuo de la ciudad y se dedica también a fomentar hatos y establece uno en la villa de San Juan de la Maguana. Pero no siempre es apacible la vida de Oviedo en Santo Domingo: un día se consterna la ciudad, los vecinos acuden a la Catedral, allí un Canónigo, Juan de Medrano, discute con el anciano cronista y le golpea; se levanta el cronista, y cuando no pudo darle alcance, agarra un palo y le arremete a palos al escudo de Oviedo que luce en su capilla. El Arzobispo, don Alonso Fuenmayor, se indigna, desaprueba aquel acto y la Real Audiencia condena a aquel canónigo a reparar el daño. Otro día la ciudad se conmueve: allí, en la Torre del Homenaje, donde Oviedo había escrito tantas cosas bellas, donde había recordado la figura amada de doña Margarita de Vergara con sus cabellos largos y rubios, que había sido el ensueño de su juventud, al amanecer del 26 de junio de 1557, se dirigen en silencio los vecinos de la ciudad hacia el recinto fortificado del Homenaje. Allí va con paso lento el anciano Obispo de San Juan, ya vinculado a Oviedo, don Rodrigo de Bastida. Allí se dirige el Presidente de la Audiencia, sólo ya en el alto tribunal, porque la muerte se ha llevado a su compañero, el licenciado don Alonso Maldonado, aquel de quien dijo un poeta de su tiempo que "de nada se dolía".

Lo acompaña el contador real don Alvaro Caballero, el tesorero don Alonso de la Peña y el factor don Juan del Justo. Silenciosamente, lleno de respeto, se acerca el Presidente Maldonado y del cadáver separa las llaves de la fortaleza, que aún muerto sostenía en sus manos el cronista. No puede ponerlas en las manos de su sucesor, el joven don Rodrigo de Bastida, porque no tenía edad suficiente para ello.

Entonces acuerdan ponerla en las manos del padre del joven, don Fernando de Hoyo, hasta que pueda sostenerla en las suyas el joven Rodrigo de Bastida. Es trasladado a la catedral aquel cadáver y sepultado en la bóveda que había hecho construir en la nave central, cerca de la entrada. El recuerdo se borró. En las postrimerías de la pasada cen-

turia fué colocado en aquel sitio un pesado mausoleo, en el cual descansa, entre mármoles y bronces, lo que queda de los restos del Gran Almirante, padre y descubridor de América.

Allí se perdieron las cenizas de Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdez. Hoy, sin embargo, al conjuro de justicieras exultaciones, asistimos a la resurrección de Oviedo, y resuenan para su obra las campanas de la gloria.

HOMENAJE AL GRAN CRONISTA DE INDIAS.

POR

MANUEL BALLESTEROS GAIBROIS

Me toca hoy llevar la voz en memoria del gran cronista de Indias Gonzalo Fernández de Oviedo. Durante la vida del cronista y del período que forma el ámbito territorial que estudia se retira Carlos V.

Fernández de Oviedo nos era conocido por su propia obra; por lo que él mismo decía de él, pues hace su autobiografía, sin querer hacerla. Era hombre de extraordinaria habilidad y se encantaba como él que rememora, vinculando siempre lo que cuenta a su persona. Y es así, de este modo, como va lanzando a la posteridad una biografía harto halagüeña. Esto es lo que teníamos hasta ahora, la imagen vieja de Fernández de Oviedo. Según él, capitán, creído con bastante categoría en la Real Casa, lo cual solamente se concedía a las personas de nobles familias, por lo cual, sin decir que él lo era, lo dejaba comprender. Defensor de la justicia y entusiasta de sus fueros. Esta es la imagen que de sí mismo hace Fernández de Oviedo. En su historia, editada hace más de un siglo, aparecía lo que por mucho tiempo ha pasado como una biografía de Fernández de Oviedo. Amador de los Ríos hizo en su prólogo una labor de historiador de la literatura. Entresacó de la propia historia esos datos que nos permiten tener la imagen de lo que os he hablado, producto de la habilidad de Fernández de Oviedo.

A veces con ese símil tan romántico del manejo de la espada, de las armas y las letras, del soldado que dejaba la espada para tomar la pluma, que era lo que de sí mismo decía Fernández de Oviedo en sus obras, y de esta manera Amador de los Ríos nos daba un tipo del hombre que ha tomado parte en la conquista y que después, entusiasmado, la cuenta a la faz del mundo. Esta era la creencia de Amador de los Ríos y de todos los que lo han copiado.

Era la enorme habilidad de representarse como ingenuo y crédulo, para que lo que él decía con intención se tomara como cierto. Pero hoy la ciencia nos presenta una imagen nueva de Fernández de Oviedo. Más llena, más densa y más humana.

La búsqueda de los documentos que él mismo escribió —y Fernández de Oviedo escribió toneladas de papel—, pues no los mandaba escribir a los escribanos, porque él mismo lo era. Los pleitos en que se metió, pleitos, entre ellos, con una tal doña Leonor, por ciertas relaciones con una criada suya, y otros que tuvo con la Curia, y todos los trámites para que se le encargara de escribir sobre las cosas de las Indias.

Esta investigación nos ha presentado a un nuevo Fernández de Oviedo, y los vehículos de esta investigación son los hombres que lo han realizado: José de la Peña y Juan Pérez de Tudela, amén de otros.

Fernández de Oviedo fué autor de un libro de caballería, *El Claribalte*, y en su portada aparece una imagen de su nombre entregando un libro al que se suponía sea el Duque de Calabria, a quien va dedicado *El Claribalte*.

Nos encontramos con que él era un hombre humilde que toda su vida se esforzó por encontrar amigos; debió ser simpático y servicial. Lo vemos primero con Don Alonso, Duque de Villa Hermosa; después, con el Príncipe Don Juan, en una posición modesta, pero por su simpatía compañero muchas veces de él; después lo vemos en Italia y como secretario del Gran Capitán.

No era realmente un secretario hasta ese momento, sino que era un camarero

con cargo de las cosas de la casa. Probablemente su cargo de escribano se debe a la protección de don Fray Diego de Desá, y como tal tiene que recibir a los escribanos menores cuando pasa a Indias. De esta manera nos encontramos explicado por qué tiene esa enorme habilidad como pendorista, y que su destreza manual, como ha revelado Juan Pérez de Tudela, le hacía recortar finísimas figuritas de papel.

El se creía como escribano más enterado que los abogados, y dice que no es necesario que pasen a las Indias. De este modo nos queda que era él un hombre modesto, prototipo del pueblo, de la clase media que se forma en la época de los Reyes Católicos; y no un soldado que hace uso de las armas y las letras, como nos decía Amador de los Ríos.

José de la Peña ha probado que el cargo de Capitán lo consigue cuando se le entrega por capitulación el gobierno de unas tierras en Cartagena, que lleva anexo este título.

Tampoco es un verdadero colonizador español, un hombre que vaya a arar la tierra con sus hombres o esclavos, que establezca los primeros ingenios; uno de aquellos que llevaron tantas y tantas cosas de ese complejo que se llama cultura occidental. Aunque él tenía casa en Santa María la Antigua, que se ufana en decir que costó quince mil pesos, lo cierto es que nunca se ocupó de las labores de la colonización, con lo cual nos volvemos a quedar con este hombre que es escribano y funcionario; un hombre que de no haber existido las Indias hubiera sido uno de los tantos hombres intrigantes y ambiciosos de su tiempo,

amigo ya del antiguo, bullía en él el ánimo de escribir.

Anotador curioso, desde su juventud, de todos los sucesos, él nos va a brindar ese monumento que se llama *Historia natural de las Indias*. Pero más que historiador fué un historiógrafo. Recordaba el hoy Castellero ayer, que Oviedo había ignorado voluntariamente en la parte "Inundación de Panamá", y del mismo modo quien leía la obra de Oviedo relativa a la conquista del Perú, reconocería su animosidad contra Pizarro y su amistad por Almagro. Es que él hacía la historia que le era contemporánea. Por eso he dicho que es un historiógrafo.

Han sido injustos sus apologistas en no atribuir al nombre de Oviedo tantas cosas que él vió por primera vez, pero lo cierto es que a esta condición de naturalista va a añadir la de informador del proceso formativo de algo muy importante, que es el ambiente en que se movían las gentes. No es, pues, solamente un historiador, sino un naturalista, un etnólogo y un antropólogo. Ya que incorpora al nombre americano al concepto antiguo de las razas humanas.

Quisiera tener, por último, mejores palabras para preguntar dramáticamente si Fernández de Oviedo, nacido en Madrid, es español por nacimiento o americano por adopción, ya que fué de aquellos que se enamoraron de la tierra americana y por eso, por propia voluntad, entregó su cuerpo a esta tierra bendita, cuando por su edad —si hubiera querido morir en la "yema de España", como llama a Madrid— podría haber regresado a su patria originaria.

TRABAJO DE LAS COMISIONES

COMISIÓN I: *La Española, base de irradiación hispánica en América.*

Bajo la presidencia del dicitado Víctor Garrido (República Dominicana), siendo vicepresidente Vicente Tolentino (idem) y secretario Fernando Caro Molina (Colombia), se leyeron y estudiaron

comunicaciones y ponencias de don José de la Peña, Julio González y González, Fernando Caro Molina y José Llavador Mira. La primera ponencia del señor DE LA PEÑA se refirió a *Los libros de registro del Consejo de Indias referentes a la audiencia de Santo Domingo y a la época de Carlos I en el Archivo*

General de Indias, en la que afirmó que todos los historiadores de Indias conocen bien los libros de registro del Archivo General de Indias y su definitiva importancia. Esta serie de documentos no eran manuscritos; carecían de publicidad y servían para uso interno del Congreso; por lo demás, eran exactamente lo mismo que son hoy las gacetas o boletines oficiales. Allá están todas las disposiciones reales que emanaban del Consejo Real, que era el Supremo Consejo. En el siglo XVI sirvieron ya estos documentos para que Juan de Ovando realizara muchos trabajos de compilación legislativa, que encargó a López de Velasco. León Pinelo los utilizó, y gracias a la Real Academia de la Historia, de Madrid, conservamos impresos los utilísimos trabajos de Ovando y de Pinelo, porque, desgraciadamente, fallan de antiguo bastantes registros del siglo XVI; pero conocemos extractos de Velasco y Pinelo.

A partir de 1492 se llevó un registro para Indias, cuyos diversos libros o volúmenes forman la serie que llamamos hoy libros generalísimos; mucho más adelante se van abriendo registros especiales para cuestiones correctas.

Se inicia en mayo de 1513 un libro especial que se titula *Tierra Firme*, y parece que no es hasta 1528 cuando se empiezan a abrir registros especiales para las diferentes provincias, y así, en 1528 se da comienzo al libro de Santo Domingo, en el que se asientan todas las órdenes, provisiones, cédulas dirigidas a la Audiencia y otras autoridades de la isla Española. No ha llegado a nosotros este primer libro; pero según los asientos de León Pinelo, se ve que empieza en esa fecha, 1528, y que tenía por lo menos 219 folios. Hubo otro libro que cubrió de 1531 a 1532, y otro de 1533 a 1536, que tenía por lo menos 317 folios. Desgraciadamente, otros tres libros de la isla Española se han perdido; por tanto, el libro más antiguo conservado de la Española es el abierto en 1536, que llega hasta 1540, y tiene 267 folios. Hay otro de 1541 al 1547. Y entonces nueva laguna, pues falta también el libro sexto. Y el que

hacia el séptimo de la serie lo conservamos y comprende de 1556 al 1566.

Hay que tener presente que inmediatamente después que se abrió esta serie de libros especiales de la Española se iniciaron también sendos libros para diversos territorios y otras islas dependientes de la isla Española, que tienen su propio gobierno.

En 1529 se comenzó el libro de Cuba y Puerto Rico. En 1530, para la isla de Trinidad; en 1532, otro para Cartagena, dependiendo de la Audiencia de Santo Domingo. Cada territorio, grande o chico, tenía su propio libro; pero para la Española había uno que era como una especie de libro mayor para todos los territorios.

Estos libros han sido objeto de profundas investigaciones en los siglos XIX y XX. Los tres primeros libros de registro de la Española están catalogados por los funcionarios del Archivo General de Indias con una papeleta de cada uno, de las disposiciones que contienen, papeletas muy detalladas, porque fué preocupación, cuando se hizo este trabajo, el de atender no sólo a la parte dispositiva de la cédula, sino a la expositiva o "relación". Parece que con decir lo que la cédula disponía era lo esencial. Pero aquí no estudiamos un campo extremadamente jurídico, sino histórico, y me parece que la parte expositiva debe tenerse muy en cuenta por los muchos datos que contiene referentes a personas y sucesos. De ahí que el tipo de papeleta que hice para todas estas disposiciones es muy minuciosa, con referencia a todos los datos de hechos de la parte expositiva.

Se juzga interesante decir que estos libros han arrojado un total de más de 1,500 papeletas de este tipo minucioso, las cuales ocupan unas 375 páginas a máquina a un solo espacio. Es un catálogo muy completo que recoge en una forma sistemática todas las disposiciones para la Española y el ámbito jurisdiccional que ella representaba.

La Dirección General de Archivos y Bibliotecas pretende publicar en breve estos catálogos.

*

Seguidamente, el señor DE LA PEÑA

dió lectura a su segunda comunicación sobre el Archivo General de Indias, bajo el título *La serie de mapas y planos de la Audiencia de Santo Domingo, del Archivo General de Indias*, y a otra del jefe de la Sección, don Julio González y González. El primero expresó que ambas comunicaciones reflejan la preocupación del Archivo General de Indias, dentro de sus posibilidades, para catalogar fondos referentes a Santo Domingo. Porque, en definitiva, afectan a toda la historia de América, ya que la Española es la base de toda la irradiación española en las Indias. Para terminar, presentó el siguiente proyecto de resolución:

El II Congreso Hispanoamericano de Historia, reunido en Ciudad Trujillo, expresa su satisfacción y gratitud por los desvelos y aciertos ejemplares del Gobierno de la República Dominicana en el cuidado de sus archivos y mejor conocimiento y estudio de sus fuentes documentales con actos tan eficaces como el nuevo edificio del Archivo General de la Nación y el nombramiento de una misión en el Archivo General de Indias para una sistemática y minuciosa catalogación y publicación de los fondos referentes a la historia dominicana, esenciales para escribir la verdadera historia patria.

Finalmente se dió lectura a las ponencias "Santo Domingo y su influencia en la cultura del Nuevo Reino de Granada", original de Fernando Caro Molina (Colombia), y "La Audiencia de Santo Domingo y la Gobernación de Venezuela", del licenciado José Llavador Mira.

II COMISIÓN: *La expansión hispánica por las Indias.*

Actuó como presidente de esta Comisión el delegado guatemalteco Adrián Recinos, auxiliado en la Secretaría por José Luis de Cossío (Perú), dándose lectura y comentario a ponencias de Edwin Enrique del Cid Fernández, Alberto María Carreño, Gabriel Porras, Alejandro Coiranesu, Adrián Recinos y Manuel Luengo Muñoz.

La aportación de CID FERNÁNDEZ so-

bre *Algunos aspectos del antiguo reino de Guatemala por la época del Emperador Don Carlos I de España* es un extenso trabajo, en el que el autor presenta el cuadro de la fundación de la ciudad de Santiago de Guatemala, del sistema de colonización, la esclavitud de los indios, el régimen de las encomiendas que se practicó en todas las posesiones americanas, la cooperación de la iglesia en la pacificación y organización social, etc.

Cid Fernández ha hecho acopio de datos y documentos que apoyan su exposición y permiten contemplar los aspectos de aquella primera etapa del desarrollo de lo que se llamó el Reino de Guatemala.

*

A continuación, la Comisión estudió la ponencia *Cortés y los mares del Sur*, por ALBERTO MARÍA CARREÑO (Méjico). Para su autor, el trabajo presentado es un "fragmento de mis apuntes sobre Geografía histórica de México". Hernán Cortés manda a Cristóbal de Olid a Michocacán con el intento de conquistar los mares del Sur, buscando "especies, piedras, e ir a los Molucos por perlas", para lo cual se hizo preparativos. Cortés hace ver al Monarca que había que recorrer doscientas leguas y le dice a Carlos V: "pues creo que con hacer yo esto no le quedará a vuestra excelsitud más que hacer para ser marca del mundo..."

Con dos naves bien provistas, "Florida" y "Santiago", y un bergantín al mando de Alvaro de Saavedra Cerón, partieron el 10 de noviembre de 1527 de Zihuatanejo; dos mil leguas navegaron antes de tocar Tidoro en el archipiélago Malayo, y una de las embarcaciones que el viento dispersó llegó a Hawái, que dos siglos más tarde pretendería el capitán Cook haber descubierto. Saavedra, que seguramente tocó Australia y llegó a Filipinas, murió navegando el 19 de octubre de 1529. Exhibe el distinguido académico recibos, notas y referencias, hechas algunas por el mismo Cortés. Habla del primer viaje de Cortés a España, su matrimonio y regreso. Se refiere a la demanda de Andrés Núñez, quien exige pago a Cortés por va-

rios trabajos, entre otros, un año en "la mar del Sur" a buscar perlas; el procurador de Cortés niega la demanda, y muerto Núñez su mujer e hija Margarita siguen el juicio. Dice el autor que el primer esfuerzo en los mares del Sur fué un gran fracaso, precursor de otros.

El marqués del Valle construyó nuevas naves en Acapulco, de donde salieron el día del Corpus de 1532; siguiendo al Poniente llegaron a Xalisco, región gobernada por Nuño de Guzmán, enemigo de Cortés, quien no les permitió proveerse de agua y otros elementos, lo que provocó un motín que obligó a Hurtado de Mendoza a regresar en una nave a los amotinados. Al tener noticia Cortés de aquel desastre se encaminó a Tehuantepec, donde estaban construyendo otras dos embarcaciones, una de las cuales puso al mando de Diego de Becerra de Mendoza y la otra de Hernando de Grijalva. La expedición partió a fines de 1533 ó 1534; las naves se separaron y Fortún Jiménez, piloto de Becerra, lo asesinó y siguió por su cuenta la travesía, sólo para que él y los suyos fueran muertos por los indios; los pocos que se salvaron informaron a Nuño de Guzmán que habían encontrado un gran criadero de perlas. Guzmán se apoderó de la embarcación; esto provocó un juicio de Cortés contra el gobernador de Nueva Galicia.

Cortés, por su lado, viendo que sus propósitos fracasaban uno a uno, decidió emprender personalmente la aventura, y con las naves "Santa Agueda", "San Lázaro" y "Santo Tomás", embarcó en Chiametla, y el 1 de mayo de 1535 llegó a San Felipe; el 3, a la bahía de Santa Cruz; recorrió el mar que después llevó su nombre y regresó a Méjico, después de descubrir el puerto que él llamó California, hoy San Lucas.

Todavía, por orden de Cortés, Francisco de Ulloa salió del puerto de la Natividad en junio de 1537 y avistó California, pero como no halló puerto "ni comodidad para reforzarse, se volvió desconsolado a Nueva España". Gastó Cortés inútilmente más de trescientos mil pesos.

Los hechos expuestos por Carrero están amparados en la Cuarta Carta de

Relación a la Corona, documentos del Archivo de Cortés, y en las obras *Historiadores primitivos de Indias y Conquistista de México*.

*

Seguidamente se lee *Cartagena de Indias, antemural de la hispanidad*, por GABRIEL PORRAS TROCONIS, interesante ensayo histórico donde se hace recuento cronológico y detallado de los ataques y saqueos sufridos por la ciudad de Cartagena de Indias desde el principio de su colonización. En él se toma como base para su desarrollo las publicaciones de los autores siguientes: Haring, Castellanos, Marco Dorta, De Pointis, Groot, Oncken, Cuervo, Díaz Pimienta, Benett y Erdmanns. Poco más o menos el 80 por 100 del trabajo estudia hechos posteriores a la época del Emperador Don Carlos V, llegando en ciertas ocasiones a hacer mención de hechos ocurridos durante la primera parte del siglo XVIII. Analiza los intentos de la primera colonización escocesa, iniciada en el año de 1698, al comando de Williams Patterson, en costa del Darién. Dice del interés disimulado de las compañías inglesas que financiaron las expediciones siguientes: La de Hamilton, en 1699; la de Drummond, en 1698, y la de Campbell, en 1700. Hasta el final desalojo de estos intrusos, que logró llevar a cabo el señor gobernador don Francisco Díaz Pimienta.

Se hace notar el hecho que en todo el desarrollo del trabajo el autor no hace mención de documentos, legajos o expedientes que hubieran sido consultados directamente por él, en las fuentes originales de los Archivos Colombianos.

*

Portugal y las cartas de Toscanelli, por ALEJANDRO GIORANESCU. Este interesante estudio comienza planteando la importancia que tiene la correspondencia entre Colón y Toscanelli, como base para la investigación del descubrimiento del Nuevo Mundo, y se refiere a la larga polémica surgida en base a la autenticidad o falsedad de los citados documentos.

Las cartas han sido citadas exclusivamente por Fernando Colón y Las Casas, y en ellas se expone el proyecto de

llegar a las Indias por el Oeste, haciéndose alusión a mapas y aspectos técnicos a seguir. Tanto de parte de los sostenedores de la autenticidad como de sus contrarios, no les ha sido posible encontrar pruebas irrefutables en uno o en otro sentido.

El hecho concreto es que los historiadores citados reproducen en traducción el texto de dos cartas, sin fecha, dirigidas por Toscanelli a Cristóbal Colón, y en la primera de las cuales se halla incluida otra carta anterior del mismo Toscanelli a Fernán Martins, canónigo de Lisboa.

En pro de la autenticidad, entre otros, se argumenta: La reputación de Toscanelli como cosmógrafo; la autoridad de Las Casas y la circunstancia de hallarse copiada de mano de Cristóbal Colón o de Bartolomé Colón la carta dirigida al canónigo Martins. Entre los sostenedores de la tesis contraria destaca a Vignaud, quien presenta fundadas observaciones. El hecho es que ningún historiador, ni antiguo ni moderno, ha podido encontrar las cartas originales. Las dudas existentes alrededor de la existencia del canónigo Martins. La alusión a descubrimientos y a conocimientos geográficos en la fecha de la carta desconocidos.

Esta larga discusión ha llegado a algunos puntos en los cuales existe pleno acuerdo; por ejemplo, la segunda carta dirigida a Cristóbal Colón no puede ser auténtica y existen fuertes sospechas en el mismo sentido respecto a la primera. Concentrándose de este modo la controversia en torno a la carta dirigida a Fernán Martins, diversos e inteligentes argumentos expresados por el profesor Cioranescu nos llevan a pensar fundamentalmente en la no autenticidad de esta carta, y entonces debemos seguir a nuestro investigador y preguntarnos si la correspondencia es falsa, quién es el autor y cuáles fueron los motivos que le impulsaron a una labor de esta índole.

Y este interrogante lo va contestando Cioranescu usando un prolijo método. Empieza preguntándose: ¿A quién aprovecha? Y luego de desechar a Cristóbal Colón y sus herederos como beneficiarios para ir dejando en claro que

de existir una intención utilitaria ésta sólo podría atribuirse a los reyes de Portugal, cuyos intereses hirió con fuerza la empresa española de Colón; y que deseando restar méritos a la obra de Colón y, por otra parte, hacerse de documentos que afirmaran sus pretensiones internacionales, no tuvo escrúpulos en crear esta documentación. Es interesante la idea consignada en el sentido de que dichos documentos pesaron en el ánimo de los Reyes Católicos y redundaron en beneficios territoriales para Portugal. La circunstancia de que Colón se encontraba ausente durante las conversaciones podría explicar el hecho de copiar la carta, pensando refutarla en una oportunidad que nunca se produjo; conseguido el objetivo no se vuelven a mencionar las cartas hasta que Las Casas, investigador de la obra colombina, la saca a luz.

Finaliza el investigador que nos ocupa manifestando que los antecedentes anotados nos llevarían a afirmar que las cartas son obra de hábiles artífices al servicio de los intereses de Portugal, y consiguieron engañar a Las Casas y éste ha arrastrado una gran cantidad de historiadores modernos.

El trabajo del profesor Cioranescu indica una inteligente acuciosidad y un sentido lógico al servicio de la verdad histórica. Y es tal su importancia que nos parece que dice cosas más o menos definitivas en una controversia que se ha arrastrado a lo largo de algunos siglos.

Leído el anterior documento se suscitó un pequeño debate entre los delegados Del Cid Fernández, José Clemente Bognoli y el doctor Recinos, a consecuencia del cual se dictó la siguiente resolución:

Que el Instituto Hispanoamericano de Historia promueva un seminario para poder dilucidar el hecho histórico, tantas veces discutido, sobre si en realidad el Almirante don Cristóbal Colón Fontanarrosa realizó el maravilloso descubrimiento del Nuevo Mundo en un aspecto lleno de valor y audacia de este hombre, o la opinión sustentada por los adversarios a la figura histórica del Almirante que se atribuyeron el éxito del

descubrimiento a la seguridad de que Colón portaba copias interesantes de los planos dados por el científico italiano Paolo del Pozzo Toscanelli al rey Don Juan de Portugal, y le sirvieron de base segura al descubrimiento.

*

La expansión hispánica en la América Central durante la primera mitad del siglo XVI, por ADRIÁN RECINOS (Guatemala). Este trabajo puede resumirse en los nueve puntos siguientes:

1. La conquista, iniciada bajo los Reyes Católicos, se concluye en tiempos de Carlos V, irradiando desde la Española, desde que Colón tocó en el Continente en Centroamérica, en el cuarto viaje.

2. La dominación de Centroamérica tiene dos polos: Panamá (acción de Pedrarias y sus tenientes) y Méjico (Hernán Cortés y sus capitanes), siendo Alvarado, desde 1524, el dominador de Guatemala.

3. Inicialmente progresaron Guatemala, Honduras y El Salvador actuales, pero las expediciones de Alvarado (Perú y Méjico), así como la destrucción de la ciudad de Guatemala (1541) y la despoblación de indios, retrasaron su progreso. Hubo en un comienzo abusos sin cuento.

4. Las Leyes Nuevas (1542) señalan el comienzo del gobierno ordenado, supresión del abuso, esclavitud de los indios y supremacía de la Audiencia, que para Centroamérica se llamó de Los Confines, y tuvo finalmente su sede en la Ciudad de Guatemala. El licenciado Cerrato y sus colaboradores reunieron a los indios en poblados y nombraron corregidores para ellos (1550).

5. Con la sola excepción de tribus alejadas, puede decirse que la sección centroamericana del Nuevo Mundo estaba pacificada y organizada para el trabajo cuando ocurrió la muerte del Emperador Carlos V.

6. Los cultivos enriquecieron al país, ya fueran los antiguos (maíz) o los importados (trigo, banano, azúcar), continuándose con el tabaco, cacao y algodón. Hubo igualmente incremento del ganado (vacuno, lanar y caballar) y la-

boreo de minas, y construcción de barcos, así como apertura de caminos.

7. Educación y enseñanza estaban en manos de los religiosos, movidos por el celo del obispo Marroquín.

8. Sociológicamente, había españoles (reducidos grupos), indios (aún muy numerosos) y comenzaban a aparecer los mestizos y criollos. Los primeros y últimos ocupaban las ciudades, que no eran muchas, aunque en 1553 el diezmo que pagaban deja entrever un aumento; y

9. En el período, pues, de Carlos V Centroamérica estaba ya constituida y era base del orgánico desarrollo posterior.

*

La explotación de las perlas en la dinámica descubridora en las Indias, por MANUEL LUENGO MUÑOZ (España).

El autor presenta en este ensayo histórico una relación cronológica interesante, donde proporciona detalles, que afirma "inéditos", aunque no proporciona las fuentes de origen, que deben ser por demás interesantes. Cita la riqueza de perlas, que constituyeron un aporte considerable a la Corona de Castilla, nombra las islas principales que fueron fuente de tal riqueza (Margarita, Urupaina, Caracol grande, Coche, Rica y Cabagua). Menciona las distintas clases de madreperlas y sus nombres científicos; toma como fuentes documentales los interesantes trabajos históricos de Antonio de Herrera, Francisco Fernández de Oviedo y Valdés, Reales Cédulas del Emperador Don Carlos V (5-IV-1538), Fray Bartolomé de Las Casas, Fray Pedro Simón y el profesor Juan Manzano.

Los detalles históricos que sirven de base a su trabajo le llevan a realizar conclusiones de carácter personal, siendo las más importantes:

1.^a Fué la ambición la que guió a los conquistadores, estimulados por la riqueza que descubren constantemente.

2.^a Coadyuvan la inclinación del pueblo español, al que juzga de "inconstante, novelero y amante de lo desconocido.

3.^a Deja constancia de su inconformidad con la tesis historial sustentada por el doctor Ladislao Gil Munilla...

III COMISIÓN: *La obra hispánica en América.*

Bajo la presidencia del profesor Gabriel Porras Troconis (Colombia), actuando como secretario el profesor Raúl Alejandro Molina (Argentina), y el profesor José María Vargas (Ecuador) como relator, la III Comisión estudió el tema de la obra hispánica en América, abordado por diversos congresistas. La Comisión aprobó en primer término dos ponencias de la Delegación argentina:

1) aconsejar la creación de cátedras de Paleografía española, con cursos de Seminario y especialización en todas las universidades americanas. Y, además, que estas cátedras incluyan también los estudios de las primeras letras en los siglos XVI y XVII.

2) Que para la publicación de colecciones documentales oficiales se adopten las normas y conclusiones acordadas por la Primera Reunión de Paleografía y Neografía, realizada en la ciudad de Córdoba (República Argentina) en noviembre de 1953. Y que para las publicaciones de difusión en libros y revistas la publicación sea modernizada.

A continuación, el P. Granados propuso que se recomiende a los historiadores hispanoamericanos el uso de los términos hispanoamericano para la designación a los habitantes que tengan este origen, por necesidad que existe en distinguir a los distintos pobladores del Continente por la extensión que se ha dado al término de americanos, especialmente dado a los pobladores del territorio de los Estados Unidos de América, que induce a la confusión. Esta ponencia fué aprobada tras la intervención del señor presidente y de los profesores Miguel A. Carbonelli, Guillermo Izquierdo Araya, Benito Reyes Testa, Raúl Alejandro Molina y el Padre José María Vargas.

Por último, el secretario de la Comisión, Raúl A. Molina, presentó otra recomendación dirigida a los historiadores hispanoamericanos para que eliminen, siempre que lo crean necesario, los términos 'colonia', 'coloniaje' y 'colonialismo', ya que, a su juicio, las Indias nunca fueron colonias. Debe considerarse

—continuó diciendo— que este asunto ha sido ya discutido y resuelto en varias oportunidades; en particular, por el Instituto Fernández Oviedo, de España.

Abierto el debate, el presidente manifestó su aprobación por haber eliminado de sus textos publicados esos términos y haberlo enseñado en sus cátedras. El delegado Guillermo Izquierdo agregó que la Academia Nacional de la Historia, de Buenos Aires, había tratado el tema y aprobado esta determinación, que comparte en todas sus proyecciones.

El secretario pidió que se analizara la cuestión con mayor extensión este tema de verdadero interés práctico e ideológico, a fin de dar mayor difusión entre los miembros a la lectura de las resoluciones de la Academia de Buenos Aires y del Instituto Fernández de Oviedo, publicado hace algunos años.

*

La Comisión rechazó los trabajos de ADOLFO HOSTOS: *El complejo político-religioso actuante en la formación de la sociedad puertorriqueña*, y de JOSÉ DOMINGO ARNAU y ROVIRA: *La primera representación heráldica de América*, por considerar que no reúnen los requisitos exigidos por el Congreso.

Luego fueron aprobados los trabajos enumerados a continuación, recomendándose su publicación: *La ciudad hispanoamericana*, de RAÚL ALEJANDRO MOLINA; *Carlos V y el criticismo colonial*, de JOSÉ MARÍA CHACÓN y CALVO; *Antecedentes históricos de los Tarascos*, por LEONCIO CARRERO FERNÁNDEZ; *Actuación desconocida del Consejo de Hacienda en el Virreinato peruano*, de ISMAEL SÁNCHEZ BELLA; *La economía política del Ecuador durante la colonia*, del R. P. JOSÉ MARÍA VARGAS; *La compañía de lanzas y arcabuces del Virreinato del Perú*, de GUILLERMO LOHMANN VILLEN, y *Recuerdos familiares y recuerdos históricos hispanoamericanos; La orden Dominica y la isla Española o Dominicana*, por el P. NEMENCIO CARO.

*

Más tarde interviene el delegado cubano JOSÉ MARÍA CHACÓN y CALVO, dándose lectura a su ponencia: *Carlos V y el criticismo colonial*, en síntesis escrita por Hilda P. de Carbonell. El autor ob-

serva tres grandes etapas en el proceso del criticismo colonial, tesis reiterada en su extensa bibliografía.

1.ª El momento de iniciación, caracterizado por los sermones de Montesinos (1511) y compartidos por los dominicos de la Española.

2.ª El momento de lucha y controversia, encarnado en Las Casas.

3.ª El momento de madurez, de reflexión, representado por Fray Francisco de Vitoria con su "Relección de Indias".

Recuerda que cuando, en 1531, el Padre Betanzos, con cédula de Carlos V, recluta misioneros para Nueva España, de los 30 escogidos uno es Fray Luis de Granados; no vino Granados, pero su elección es elocuente. Esboza las penalidades sufridas por la Orden. Transcribe las palabras de Montesinos y la respuesta del Rey a Diego Colón en relación con ella. Transcribe las palabras de Fray Pedro de Córdoba a Diego Colón, respaldando a Montesinos. No estaba su voz aislada. Era la colectiva de los dominicos de la Española.

Diego Colón tenía de su parte la fuerza y el respaldo del Emperador mortificado con la prédica de Montesinos; pero su amenaza de expulsar a los dominicos no se cumplió. En aquellos momentos, en la humilde residencia de los dominicos surgía un nuevo derecho. Un derecho de profunda raíz teológica. La servidumbre de los indios (era legítima) no lo era para Montesinos, ni para Córdoba, ni para Las Casas. En 1539, en su cátedra de la Universidad de Salamanca, Fray Francisco de Vitoria, en su "Reflexión de Indias", no sólo condenaba la servidumbre, sino la conquista misma. Es un español representativo de su patria y de su época quien así reaccionaba interpretando un estado de conciencia de muchos de sus contemporáneos.

Ve luchando dos fuerzas en el Nuevo Mundo al comenzar la colonización: la teológica moral y la legalista. Como caso típico de legalismo tiene el requerimiento del licenciado Polanco Rubio, hábil escamoteo de la idea moral por el procedimiento jurídico; de la teología infiltrándose en el derecho indiano. Se observa en una serie de Cédulas Reales.

El criticismo colonial llega al gobierno. El licenciado Castañeda, desde Nicaragua, en carta al Emperador, en 1533, verá la obra colonizadora con sentido criticista. La tesis de Montesinos triunfaba en la vida real con las primeras ordenanzas para el tratamiento de los indios, donde se afirmaba la libertad del aborigen americano. El estado imperialista rectifica, y Carlos V aparecerá consultando con Vitoria problemas del Nuevo Mundo. Luego solicitará el consejo de otros dominicos eminentes, a los que encargará la conversión de los indios. El Emperador, al obtemperarse a la colaboración de los que representaban la conciencia crítica frente a la guerra de conquista, observaba, al fin, una actitud anteimperialista. El Soberano, implícitamente de asesorarse de Vitoria, se adhería al criticismo colonial.

La comunicación termina con un apéndice sobre "Documentos del criticismo colonial".

Por último, el presidente presentó un estudio sobre un trabajo del profesor Tomás Thayer Ojeda (chileno), titulado "El origen del hombre americano", destacando sus ideas sobre la población de Chile al través de un documento desconocido por la identidad de ritos. El secretario, señor Molina, manifestó que el señor Imbelloni había tratado este mismo tema en el libro titulado *Esfinge indiana*.

IV COMISIÓN: *Fernández de Oviedo y los cronistas de Indias.*

La IV Comisión tuvo por presidente a don Ernesto J. Castillero y a don Manuel Ballesteros Gairois por secretario. Al comienzo se acordó dividir la Comisión en dos grupos: uno, *Fernández de Oviedo*, y otro, *Los cronistas de Indias*.

El señor BALLESTEROS GAIROIS comenzó seguidamente su trabajo "Fernández de Oviedo, etnólogo", destacando en el mismo que Fernández de Oviedo fué un extraordinario observador, sobre todo en lo relativo a las costumbres indígenas. Puede considerársele como etnógrafo, ya que era un visitador inteligente para ver y estudiar las novedades del Nuevo Mundo. Pero a más

de etnógrafo era etnólogo, ya que no era únicamente un observador como, por ejemplo, Pedro Mártir, sino hombre que en sus años españoles había tenido formación humanística.

*

El señor JUAN PÉREZ DE TUDELA BUESO comentó, asimismo, su ponencia *Rasgos del semblante espiritual de Gonzalo Fernández de Oviedo: la hidalguía caballeresca ante el Nuevo Mundo*, y dijo que había descubierto algunos aspectos de la persona de Oviedo y el desenvolvimiento de su personalidad; que para él, Oviedo fué un hombre que prétendió ser un modelo de caballero, pero que frente al Nuevo Mundo esa concepción suya era difícil de mantenerse.

Al comentar lo afirmado por el señor Tudela, el secretario de la Comisión manifestó que, para su concepto, Oviedo no era caballero, pero que sí vivió entre caballeros; que era escribano, lo que siempre ocultó hasta donde pudo. Que era un hombre de experiencia de caballerías, y al que, a su vez, admiraba.

*

El presidente, señor ERNESTO J. CASTILLERO, hizo un resumen de su ponencia, titulada *Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, veedor de la Tierra Firme*. Dijo que su trabajo se concretaba a la actuación de Oviedo, quien mantuvo una lucha constante con el comendador Pedrarias, ya que eran enemigos. Que Oviedo nos dejó en su *Historia natural* y en sus libros la más completa, interesante y original información de la tierra. Que sus obras nos hablan de los indios, de las costumbres de éstos y de la geografía, que nos da un concepto claro. Dijo, además, que Oviedo cruzó el istmo a pie y a caballo, conociendo así las diferentes rutas. Que su trabajo comienza por conocer el panorama del Darién, cuando Oviedo llegó. Dice que aun cuando Pedrarias tiene muchos puntos criticables en su actuación, sobre su gran crueldad, organizó el territorio y puso los fundamentos de una nacionalidad, que se fué desarrollando por excursiones entre americanos, y que en todas partes fué dejando su punto básico. Que Pedrarias organizó un gobier-

no serio en América en el istmo de Panamá, pero que su labor se ignora en la obra de Oviedo, a pesar de que fué un punto básico del descubrimiento del Perú, América Central, América del Sur, y no menciona siquiera la fundación de Panamá. Que Oviedo llegó en su guerra con Pedrarias a tal punto que no quiso trasladarse a Panamá como los otros conquistadores; que construyó una casa que dice le costó 15.000 pesos, y que aceptó el cargo de gobernador ofrecídole por Pedrarias porque éste consideró que era preferible tener al enemigo distante. Que Oviedo tuvo que plegarse y se fué a la población de Santa María la Antigua, abandonando su residencia, y después vino para Santo Domingo. Manifestó que Oviedo fué un viajero constante, que atravesó el mar doce veces. Que lo interesante de la historia de Oviedo estriba en dos hechos fundamentales, el conocimiento que nos dejó de la naturaleza, la descripción de los animales, la maravilla de las plantas, etcétera, y que fué un profeta del futuro de Panamá en relación con la comunicación interoceánica. Que su trabajo se concretó en los siguientes capítulos: La brillante expedición de Pedrarias, En Santa María la Antigua, Los trágicos sucesos de Castilla del Oro, Gobierno de Oviedo en el Darién, Pugna legal de dos funcionarios hasta su reconciliación y la indemnización que le exigió a Pedrarias, Oviedo y el paso entre los dos mares, que le parecía el más interesante. El último capítulo es un comentario de Oviedo como historiador del Nuevo Mundo, donde da en forma somera una explicación acerca de las observaciones de Oviedo para conocer el istmo de Panamá en aquellos tiempos de la época de Castilla.

*

El secretario dió lectura a un resumen del trabajo presentado por el señor ROBERTO FERRANDO PÉREZ, titulado *Fernández de Oviedo y el mar del Sur*. El presidente de la Comisión observó que ese trabajo se relacionaba con el viaje de Balboa, del cual regresó en enero de 1514, y que la expedición de Pedrarias fué en julio. Afirma el autor en su ponencia que otros autores relatan

el viaje de Balboa en forma supuesta; que Oviedo había hecho la misma ruta, pero que siempre que se habla del descubrimiento del Pacífico, él consulta más a Oviedo, por ser un testigo ocular más bien que de segunda mano.

El licenciado RODRÍGUEZ DEMORIZI presentó a continuación la siguiente proposición: 1) Que el Congreso se dirija a las Academias de Historia de España e Hispanoamérica para que contribuyan, en la proporción que se estime conveniente, a la publicación de las obras inéditas de Fernández de Oviedo; y 2) Que para que ésa no fuera una de las tantas proposiciones que figuran para ser conocidas en las plenarias, se constituya una comisión inicial, con representación en cada Academia, para llevar a cabo lo que se persigue, a lo que observó el señor Rodríguez Demorizi que esa comisión podría formarse en una plenaria. El secretario observó que había que pensar en que tenía que ser una comisión hispanoamericana, de América y de España, y que para la presidencia él proponía al señor Rodríguez Demorizi para ostentarla.

*

El señor JOSÉ DE LA PEÑA comentó su trabajo *Gonzalo Fernández de Oviedo y el cargo de cronista de Indias*. Dijo que en los momentos actuales no se sabe nada o casi nada de la vida de Oviedo. Hay dos trabajos, uno de Barros Arana y otro de Carbia. Que el de Arana es un buen trabajo y que se limita a dar una nómina de cronistas y a decir un poco de cada uno. Dice que Fernández de Oviedo fué el primero, y que después le siguió Calvete. Carbia, en su monografía, dice una serie de cosas peregrinas. Carbia niega, con razón, que Calvete fuera jamás cronista de Indias, y que el primer cronista de Indias fué Fray Antonio de Guevara. Niega también que fuera cronista de Indias Pedro Mártir, y que luego argumenta que fué Calvete el primer cronista de Indias, porque hay un documento que dice algo al respecto.

En cuanto al nombramiento de cronista de Indias de Fernández de Oviedo, fué en el 1532. Nadie repara ya en

el extracto del documento de nombramiento de León Pinelo, quien respecto al año 1532 publicó un extracto que dice así: "Española, 1532, a Gonzalo Fernández de Oviedo se le pagarán 30.000 maravedís cada año para que escribiese las cosas de las Indias, 18 de agosto de 1532."

Después de Carbia, el autor sigue hablando de los cronistas de Indias. Dijo que él tuvo la fortuna de dar a conocer un cronista de Carlos I, Fray Bernardo Gentile, siciliano, humanista. Gonzalo Fernández de Oviedo presentó al Emperador un *Sumario de la Historia Natural*, comenzando a poner los puntos a la plaza, aportando todos sus recursos, simpatía y demás, protegido por el duque de Calabria o por don Fernando, y con el sumario presentaba sus méritos. Sucedió que Oviedo quería ser cronista porque él era el hombre indicado, pues Fernández de Oviedo en todos los casos decía lo que le convenía, de acuerdo con la realidad. Existe una carta inédita del Cabildo de Santo Domingo, de marzo de 1530, donde se dirige al Emperador y le presenta la candidatura de Fernández de Oviedo para el cargo de cronista.

Existe además otro argumento: la tesis de los Reyes de España sobre las islas descubiertas, conocida después del nombramiento de Oviedo como cronista. Se dispone también otra pieza muy importante, del 27 de mayo del 1532. Y que el Consejo propone que se le mandase todo lo escrito y discurriese por aquellas tierras donde no ha andado para ver lo que no tiene visto y que de todo se hiciese un memorial y se enviase al Consejo, y que se hiciese merced a Oviedo por el trabajo que realizara.

*

Propuesta de las delegadas cubanas Isis Bermúdez y Berta Becerra:

1) "Proponer a la Comisión I que los representantes de cada nación gestionen en sus respectivos países que los grupos bibliográficos, Asociaciones de Bibliotecarios, o, en su defecto, personas con capacidad técnica bibliotecaria, en cooperación con las Academias Hispa-

no-Americana de Historia, vinculen sus servicios con la Secretaría de la Asociación en su labor de información bibliográfica; y

2) Que su función consista en informar regularmente a dicha Secretaría de las novedades bibliográficas en el campo histórico, con el fin de que ésta le brinde a los diversos países."

SE RESOLVIÓ que dicha proposición se publique en un boletín bibliográfico con la periodicidad que se juzgue oportuno.

A continuación se dió lectura, a manera de comunicaciones recibidas, a los siguientes trabajos:

a) Proposición del licenciado *Emilio Rodríguez Demorizi*, en el sentido de que se construya una lápida a la memoria del historiador Gonzalo Fernández de Oviedo, cuyos restos se hallan perdidos en el suelo de la Catedral de Santo Domingo, y que los gastos de la misma sean cubiertos por la Academia Dominicana de la Historia.

b) Trabajo presentado por Daniel Barcárcel, del Perú, intitulado "Histo-

ria del Cusco, escrita y publicada en el siglo XVIII".

c) Trabajo de Ernesto Chinchilla Aguilar, intitulado "La obra de Gonzalo Fernández de Oviedo, primer historiador general de las Indias". Sobre esta obra observó el secretario que la misma adolece de ciertas equivocaciones. Por ejemplo, apunta el autor que Fernández de Oviedo murió en Valladolid en 1579, cuando lo cierto es que su fallecimiento ocurrió en 1557 en Santo Domingo, como lo demuestra el hecho de que sus restos se hallan en la Catedral de esta capital.

d) Un ejemplar de la obra intitulada "Colón, sus cronistas e historiadores en Menéndez Pelayo", por José Antonio Calderón Quijano, catedrático de la Universidad de Sevilla.

e) Un libro de la señorita Zoraida Vázquez, intitulado "La India y sus circunstancias en la obra de Fernández de Oviedo; y

f) Un trabajo intitulado "El valor de la historia del Perú", de Fray Martín de Murun, por Manuel Ballesteros Gaibrois, de la Universidad de Madrid.

LISTA DE PARTICIPANTES

ARGENTINA:

Filgueira, Luis A.—Embajada Argentina en CIUDAD TRUJILLO (República Dominicana).

Molina, Raúl.—Calle La valle, 1226, BUENOS AIRES.

AUSTRIA:

Austria-Hungría, Otto de.—Hindenburgstrasse, 15, POECKING (Alemania).

Randa, Alexander von. — Schmidlach-Strasse, 9, INSRUCK (Austria).

COLOMBIA:

Granados, S. J., Rafael M.—Carretera 5.ª 34-00, BOGOTÁ.

Porras Troconis, Gabriel. — Manga, Real 25-01, CARTAGENA.

Caro Molina, Fernando. — Biblioteca Nacional, Inst., BOCOTÁ.

Gómez Mejía, Gustavo.—35 // 12-40, BUCARAMANGA.

COSTA RICA:

Castillero, Ernesto J.—Academia Costarricense de Historia, SAN JOSÉ.

CUBA:

Carbonell, Miguel Angel.—Paseo número 510, Vedado, LA HABANA.

Sánchez Pessino, Pedro.—Línea Y N Vedado, 10, LA HABANA.

Valdivia, Guillermo.—Santi Spiritus, SANTA CLARA.

Pérez de la Riva, Francisco.—Calle N, 408, Vedado, LA HABANA.

Bermúdez López, Isis.—Av. del Bosque No. 8, Casilla de Correo 4008, Nuevo Vedado, LA HABANA.

Becerra Bonet, Berta.—Calle 24, No.

646, Apt. 4 entre 35 y San Antonio, Nuevo Vedado, LA HABANA.

CHILE:

Izquierdo Araya, Guillermo.—Terranova, 264, 3r piso, Dep. E. SANTIAGO DE CHILE.

Morand Dumas, Luis.—Embajada de Chile, CIUDAD TRUJILLO.

Vivaldi Fichero, Augusto.—Las Carreras, 629, CONCEPCIÓN.

ECUADOR:

Vargas, A. O. P., José M.—Casilla de Correo 246, CONCEPCIÓN.

Clemente Bognoli, José.—Casilla Postal 2304, QUITO (Ecuador).

ESPAÑA:

Contreras López de Ayala, Juan de, Marqués de Lozoya.—General Oraa, 9, MADRID.

Sánchez Bella, Alfredo.—Embajada de España, CIUDAD TRUJILLO.

Carro, O. P., Venancio.—General Oraa, 14, MADRID.

Delgado, Juan.—Benedicto Mateu, 55, BARCELONA.

Ballesteros Gaibrois, Manuel.—Isaac Peral, 3, MADRID.

Morales Padrón, Francisco.—Alfonso XII, 12, SEVILLA.

Pérez de Tudela Bueso, Juan.—Menéndez Pelayo, 41, MADRID.

Alvarez Romero, José María.—Serrano, 20, MADRID.

Herrero, Jose Luis.—Embajada de España, CIUDAD TRUJILLO.

GUATEMALA:

Recinos, Adrián.—5.^a Avenida, 2-43, Zona I, GUATEMALA.

Enrique del Cid F., Edwin.—II Avenida, 3-49, Zona I, GUATEMALA.

PERU:

Valera González, Carlos.—Embajada del Perú, CIUDAD TRUJILLO.

Cossío, José Luis de.—Embajada del Perú, CIUDAD TRUJILLO.

Miró Quesada, Aurelio.—Av. Eucaliptus 339, San Isidro, LIMA (Perú).

PANAMA:

Reyes Testa, Benito.—Calle 95, Casa 62, San Francisco de la Caleta, PANAMÁ.

Castillero, Ernesto J.—Calle 31, número 4-23, PANAMÁ.

Aued, Dora S. de.—Embajada de Panamá, CIUDAD TRUJILLO.

REPUBLICA DOMINICANA:

Rodríguez Demorizi, Emilio.—Mercedes, núm. 81, CIUDAD TRUJILLO.

Jiménez, Ramón Emilio.—José J. Pérez, 12, CIUDAD TRUJILLO.

Díaz Ordóñez, Virgilio.—Av. Pasteur, 9-A, CIUDAD TRUJILLO.

Amiama, Manuel A.—Padre Billini, 44, CIUDAD TRUJILLO.

Garrido, Víctor.—Lea de Castro, 14, CIUDAD TRUJILLO.

Elpidio Beras, Francisco.—César N. Penson, 17, CIUDAD TRUJILLO.

Alfau Durán, Vetilio.—Salomé Ureña, 7, CIUDAD TRUJILLO.

Boyre de Moya, Emile.—Av. Bolívar 200, CIUDAD TRUJILLO.

Prats Ramírez, Francisco.—Av. Bolívar, 104, CIUDAD TRUJILLO.

Herrera, César A.—Av. Bolívar, 43, CIUDAD TRUJILLO.

Tolentino Rojas, Vicente.—J. E. Salk, número 11, CIUDAD TRUJILLO.

Fernández, Salvador A.—Macoris, número 2, CIUDAD TRUJILLO.

Polanco Brito, Hugo.—Santiago, R. D. Ashton, Enrique A.—Puerto Plata, R. D.

Gómez, Francisco.—La Vega, R. D.

